

LO QUE NO FUE

KIKE FERRARI

© Kike Ferrari
Marzo 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Ezra Alcázar y
Óscar de Pablo.

Diseño de interiores: Daniela Campero.

Portada: Diego Trípodi.

@BRIGADACULTURAL

*Para el Capitán Paco Ignacio, educador sentimental
y salgariano de extrema izquierda.*

Los otros (los que fuimos hasta ayer) están en éste que somos hoy
E. Wernicke

Hay que hacer la historia de las derrotas
R. Piglia

Porque la revolución es una patria y una familia
J. Amado

*No siempre es posible establecer quién dispara contra quién.
Lo único que puede afirmarse es que se tirotean el pasado y el futuro*
León Trotsky

I. Y no haya más

Querrías, ahora, poder contar tu historia. Ahora, sobre el hedor del caballo muerto que les sirve de trinchera, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, entre el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallas, entre los gritos y el golpear de tus dientes.

Ahora, que a través de tus ojos llorosos e irritados estás viendo a la muerte a la cara, sintiendo en el cuerpo, el miedo, el deseo y el odio que cualquiera de esos balazos puede llevar escrito tu nombre y que entonces ya no habrá más.

Y en medio del miedo, de tus dientes que castañetean por el miedo y la bronca, entre el hedor del caballo muerto que les sirve de trinchera, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, sentís que tu breve vida feliz se va diluyendo, esfumándose a negro. Que algo crece dentro tuyo como un animal herido y agonizante, como un río desbordando el dique de tu espíritu.

¿Cómo desaparece la felicidad? ¿Cuándo? ¿De un momento a otro? ¿Progresivamente?

¿De qué material está hecha la feroz felicidad de estos meses? ¿De cuál este miedo?

Feliz, te repetís. Feroz.

Quizá para buscar algunas respuestas es que te gustaría contar tu historia, desde el principio.

Desde antes del principio.

¿Cuál historia, Nene, te gustaría contar? ¿La de tu padre, la de tu tío, la del Chueco Bazán, la de Hipólito? ¿Tu historia entrelazada con todas éstas? ¿Cuál? ¿O cuáles? ¿La de estos últimos días tuyos en la Barcelona amputada? ¿La de los vaivenes y las desmemorias? ¿La de la muchacha perdida? ¿La de Miguel Di Liborio? ¿El guitarrista mediocre, el rebelde desencantado, el boxeador amateur? ¿La del fotógrafo, el periodista, el viajero? ¿O la del Nene Echeverría, la de tu vida última, esa vida breve y feroz? ¿O la de todos ellos, todos ustedes, todos los vos posibles, los que fuiste y los que sos?

Porque si aprendiste que uno no es, que no puede ser igual a sí mismo; entonces sabés y — ay, carajo — no podés olvidar, que sos este tipo, éste que mantiene el Winchester cuyo caño está un poco desviado a la izquierda afirmado sobre el anca muerta del caballo, del cadáver hediondo ya del caballo que les sirve de trinchera, entre el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metralas, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, éste al que le golpean los dientes de abajo contra los de arriba; que sos éste, decía, porque fuiste los otros, los que ya no sos, los que ya no vas a poder volver a ser.

Y que mientras sigas escuchando los ruidos de los balazos — el golpe de los percutores, el estallido que produce la explosión del disparo, el silbido de las balas —, mientras el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre todavía se metan en tu nariz, sobre tus dientes que

castañetean de miedo y de bronca; mientras, con el Winchester cuyo caño está un poco desviado a la izquierda afirmado entre el anca del caballo muerto que les sirve de trinchera y tu hombro, sigas disparando, o sea, mientras todavía haya vida —y miedo, deseo, odio— en tu cuerpo y sientas con entusiasmo y con rabia, con resignación y bronca todo lo que no sucedió, lo que pudo haber sido, pese a que la muerte en forma de balas silba a tu alrededor, vas a seguir transformándote, siendo otro y el mismo.

Te gustaría, entonces, como en una película, ver las imágenes de tu vida pasar por delante de tus ojos. Pero tu memoria es débil y fragmentaria, tus ojos están llorosos e irritados y apenas si podés ver algo más que figuras difusas más allá de la punta del Winchester cuyo caño está un poco desviado a la izquierda que, afirmado entre el anca muerta del caballo que les sirve de trinchera y tu hombro, sigue disparando, como si no fuese tu mano, tu dedo el ejecutor, como si acostumbrado a la guerra y sus extraños vaivenes de los últimos meses, supiera, él solo, por sí mismo, lo que vos ya no sabés del todo: quién es el enemigo. Y disparara.

Bang.

Bang.

Tac-tac-tac.

Que la historia creciera, delante de tus ojos nublados por el miedo y la pólvora —el olor, Nene, el olor seco de la pólvora mezclado con el nauseabundo aroma dulzón de la sangre—, que se fuera expandiendo y replegando, mostrando los rostros que tuviste, los rostros que tuvo.

Y no empezar por el principio, empezar por cualquier otra parte como en una conversación de borrachos o de amigos que hace mucho tiempo que no se ven.

Elegir.

Elegir el principio como por azar, dejarle la elección a la fortuna o a eso que cualquier porteño con más de dos meses de psicoanálisis gustan llamar subconsciente y arrancar desde allí, desde cualquier parte, como si tu improbable interlocutor ya conociera más o menos la historia y únicamente le interesaran esos pequeños detalles que sólo vos podés contar. Optar por un momento cualquiera y desde ese punto construir la historia, hacia delante pero también hacia atrás, estirar o comprimir los hechos en el tiempo y la distancia para abandonar la mentirosa monotonía de la linealidad narrativa y tratar de que la historia se teja como lo va haciendo cuando pensás: ideas, sensaciones, recuerdos e imágenes que se superponen, se entrelazan, se modifican y que no operan en una prolija continuidad sino como un destello que se cuela entre los intersticios de tu cerebro y que fija ahí el plano que te guía: un pergamino amarilleado por el tiempo, gastado y lleno de dobleces, un mapa con quemaduras de cigarrillo en los bordes y manchas de vino; la cartografía fragmentaria y caótica de aquello que recordás.

Quiero decir, contar esta historia en más de un plano, como cuando estás conversando con alguien.

O contarla como si pudieras mostrar lo que sucede en una casa de tres habitaciones, en cada una de las cuales hay un grupo de gente conversando: las distintas charlas y, a un tiempo, de cada habitación las miradas, la música, los olores y lo que se escucha de lo que sucede en la habitación de a lado. Y también aquello que no sucede, lo imperceptible.

Contar la tensión entre la Historia y la historia, entre lo que te sucede y lo que simplemente sucede, más los rastros

de lo que no sucede y de todo aquello que sucedió y que resuena en la trastienda de lo que tratás de contar.

O contarla como si fuera la historia de otro. Como si ni siquiera vos la conocieras, como si la sospecharas, la intuyeses apenas, como si la hubieras leído hace mucho tiempo en el diario íntimo de alguien más. El diario íntimo de un desconocido que hubiera pasado años olvidado en un sótano húmedo y entonces las letras, una caligrafía extraña y ajena, se vieran borroneadas por la humedad y el paso de los años, palabras sólo parcialmente descifrables y entre las cuales quedarán intercaladas fotografías viejas y descoloridas, anotaciones musicales —partituras, acordes, cifrado—, cartas de amigos lejanos y novias olvidadas, frases copiadas de libros, recortes de periódicos, flores secas.

Tiempo, pensás, tiempo para contar mi historia, al menos una vez. Contarla aunque sepa que no soy, que no puedo ser el mismo de ayer, de ninguno de los ayeres posibles.

Contarla para entender el sinuoso camino que me trajo hasta esa feroz forma de felicidad de los últimos meses y luego hasta acá, pensás, hasta el olor seco de la pólvora, el nauseabundo aroma dulzón de la sangre y el hedor que despiden el caballo muerto que nos sirve de trinchera, hasta este río que me crece dentro del cuerpo como un animal herido y agonizante; antes que, en medio del eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metralhas, la bala que lleva mi nombre me encuentre y no haya más.

II. La vida breve y feroz del Nene Echeverría

Blair llegó con el paso largo y lento. Apoyó una pierna en la punta del escritorio en el que yo seleccionaba fotos de la tira de prueba, le dio una pitada al cigarrillo que había olvidado en el cenicero a medio fumar y, sonriente, volvió a la carga:

So, Nene, Are we going to Spain?

La redacción del *Birmingham News* era como todas las otras redacciones del mundo: mucho humo de cigarrillos y mucho café enfriándose en tazas que nadie tocaba, el campanileo esporádico de la teletipo, el ruido arrítmico de varias máquinas de escribir repiqueteando al mismo tiempo y una electricidad en el aire, una suerte de tensión que es el aura misma del oficio de la noticia.

España era la obsesión de Blair. Él escribiría las notas y yo sacaría las fotos. Tenía vendidos los artículos, decía, no teníamos más que ir. Yo le decía que era demasiado alto y tenía el pelo demasiado enmarañado y claro como para ir a la guerra:

You will be a an easy target, Blair, bromeaba.

Por un lado el plan me entusiasmaba. Iba a estar bueno ser fotógrafo de guerra y podría reencontrarme con Hipólito y Mika, a quienes no veía desde New York, y que me habían escrito desde España, no hacía mucho:

En la tarde del 18 de julio, Nene, empezó nuestro andar en busca de armas y de alistamiento, de un sindicato de la UGT a otro de la CNT, entre grupos de jóvenes casi niños y hombres casi

ancianos, entre rumores y discursos, entre canciones y consignas, mezcladas a la marea que subía de todos los barrios y se echaba sobre la Puerta del Sol. A todos nos temblaban las manos ansiosas de un arma. Nadie preguntaba a nadie a qué partido pertenecía. La voluntad de luchar había roto las barreras que todavía ayer separaban a los trabajadores. Los que aún marchábamos con las manos vacías mirábamos con ojos de mendigo a quienes ya llevaban un fusil, una escopeta, una pistola, un cinturón de cartuchos.

Finalmente nos reclutamos en el POUM, te desternillarías de risa si vieras lo que fue la capacitación militar, Nene. Baste decir que con mis básicos rudimentos autodidactas, ganados en tierras patagónicas dirijo una milicia en el frente de Atienza. Eso sí: acá el que manda no debe agacharse cuando silban las balas, el valor físico es la cualidad máxima en España. Para que los demás avancen, el jefe debe marchar el primero, aunque sepa que puede morir. Así que así andamos, che, a los tiros, y no importa lo que te digan: siempre se siente miedo, no en la cabeza ni en las piernas, sino en el estómago, sobre todo al comienzo de un combate, cuando estallan los primeros obuses, pero es un miedo que prefiero sentir, es el miedo de la dignidad humana.

Pero tampoco estaba seguro de dejar Inglaterra. En realidad, lo que realmente me hubiese gustado, hubiese sido volver a Buenos Aires, estar todos juntos allá, en la casa de la calle Gascón, como en los viejos tiempos, pero sabía que eso era bastante improbable. Volví a mirar las fotos que había sacado esa mañana en una gran cola para comprar azúcar, que estaba escaseando, en las afueras de la ciudad. Decidí que la tercera era la mejor: se podía ver, antes de que las figuras se hicieran difusas por la niebla matinal y la pérdida del foco, a una señora bastante vieja de piel arrugada — la

mirada cansada fija en la lente — que sostenía en sus brazos a una criatura rechoncha y llorosa. Le pregunté a Blair, por cambiar de tema, qué le parecía la toma.

Not bad, me contestó.

Leats go to Spain, Nene. I will need a good photographer and you are a comrade, at last, volvió con entusiasmo a su tema favorito. Era raro verlo tan entusiasmado: alto, flaco, cansino, británico como es, no se le da muy bien el entusiasmo excesivo.

I'm not your comrade. I have no comrades, I just have friends, and very few, intenté desilusionarlo.

Ok, Nene. But let's go to Barcelona or Madrid, anyway. I still need a good photographer and some kind of friend is always welcome. Besides, you speak a fluent Spanish; this will help, too.

Y así un día y otro.

Y otro.

Y otro.

Semanas.

Hasta que llegó la carta de Mika.

La mañana era fría y cuando llegué a la redacción y encontré el sobre arriba de mi escritorio y de inmediato me extrañó que fuera la letra de Mika y no la de Hipólito.

El papel era, como siempre amarillento, la letra — cursiva, apretada y un poco ladeada a la izquierda, con unos raros firuletes en la cola de las eles, las des, y las be largas — ocupaba menos de una carilla.

La engañosa brevedad de lo terrible.

Tuve que leerla varias veces hasta convencerme de que lo que yo estaba leyendo era lo que había sido escrito por la letra apretada y un poco ladeada de Mika y no algún juego macabro de mis amaneceres borrachos.

Así Blair y yo iniciamos el viaje cuando, al menos en parte, ya era inútil.

Por razones difíciles de entender y más aún de explicar, tuve que viajar con un pasaporte falso. El compañero de Blair que me lo hizo, trabajó en él casi una semana. Cuando estuvo listo me preguntó qué nombre quería que pusiera en mi nuevo, reluciente, absolutamente falso nuevo documento.

Pensé un poco.

Recordé.

¿Quién me gustaría ser, pensé, si pudiera ser otro? Si pudiera darle vida a un nombre, ¿cuál sería?

Dije el nombre y recordé a Hipólito. O recordé a Hipólito y dije el nombre.

También *El Matadero* de don Esteban.

Documento nuevo, pensé, vida nueva.

Así que esa noche, después de preparar mi valija, un poco de ropa, los rollos de fotos y la Leika que fue de Tina, prendí fuego a mis viejos documentos.

Ya no era Miguel Di Liborio, no.

Empezaba una nueva vida. La vida breve y feroz de Miguel Echeverría.

III. Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre.

Corría el mes de abril de 1904. La familia Di Liborio vivía en una casa de la calle Gascón, en el barrio de Almagro, cerca, muy cerca, del centro geográfico de la Ciudad.

Una casa de clase media: padre, madre, hija, tío.

El padre y el tío eran panaderos y anarquistas, tenían en sociedad una pequeña panadería a pocas cuadras, sobre la calle Pringles, que también era la vivienda del tío.

Temprano, cada día, de martes a domingo, tempranísimo a la madrugada, preparaban el pan y cerca de las siete, tanto en las grises mañanas de otoño como en las frías de invierno, las anaranjadas de primavera o las calurosas de los meses de verano, abrían la cortina para atender al público. El aroma del pan recién hecho, pan de corteza crujiente y dorada, se mezclaba entonces con el otro, azucarado y esponjoso, de las medialunas, los vigilantes, las berlinesas, los churros.

A un costado del mostrador, los dos hermanos —el padre y el tío— dejaban cada día 100 ejemplares de *Pan y Libertad*, una página que ellos mismos componían en la pequeña imprenta montada en el desván de la casa de la calle Gascón y con la que, entre facturas y panes, propagaban las ideas de Reclus, Kropotkin, Proudhon, Malatesta y Bakunin entre los vecinos de Almagro.

La madre, que era violinista y enseñó a su hija los rudimentos básicos de la música incluso antes de enseñarle a hablar, a la mañana cuidaba de la casa junto a la hija ya

adolescente, y durante las tardes, mientras aquella iba al liceo y padre y tío componían la página de *Pan y Libertad* del día siguiente, atendía el negocio.

En las noches el tío se perdía por los cafetines del Bajo o quién sabe por dónde, la hija dormía en la habitación del fondo, mientras el padre y la madre — *unidos en libre unión de iguales*, piensa el Nene todavía en una tarde calurosa de Barcelona, con su Winchester apoyado en el anca muerta de un caballo que le sirve de trinchera— refrendaban el vínculo que habían establecido veintitantos años antes, recién llegados a Buenos Aires. Y lo refrendaban con las pieles transpiradas, las tensiones de las carnes que ya no eran jóvenes pero aún ardían por el otro, repitiéndose frases soeces y tiernas.

Aquella noche de abril ella dijo: *más, más, salvaje; así, mi bestia.*

Y él: *como sei bella.*

Fue esa noche, la noche de la Bella y la Bestia, aunque ellos nunca estarían seguros y ni siquiera se lo preguntaron demasiado. Lo cierto es que algunos meses después las señales de la naturaleza, inequívocas e insistentes, ya no dejaban dudas.

El padre y el tío trabajaban las letras de molde y preparaban las máquinas, que construirían, en la imprenta del desván de la casa de la calle Gascón, una frase de Bakunin: *Haced la revolución social. Haced que todas las necesidades sean realmente solidarias, que los intereses materiales y sociales de cada uno estén de acuerdo con los deberes humanos de cada uno. Y para eso no hay más que un medio: destruid todas las instituciones de la desigualdad; fundad la igualdad económica y*

social de todos y sobre esa base se levantará la libertad, la moralidad, la humanidad solidaria de todo el mundo.

Con voz clara y firme, conmovida apenas por este suceso impensado la madre, bella de una otoñal belleza algo ajada, dijo *estamos embarazados*. Cesaron los ruidos ásperos del trabajo de los dos hombres en la imprenta y se produjo un silencio estruendoso.

Embarazados, repitió el padre.

Sonrieron. Después la madre sacó el violín del estuche y estuvo tocando mientras el padre y el tío cantaban aquello de hijo del pueblo, rompe cadenas.

Así, en los primeros días de 1905 ella cargaba los pesos del noveno mes de embarazo. Los pies hinchados, las venitas rojas manchando su piel blanquísima de judía polaca. Había paz en los ojos azules y el cobrizo pelo entrecano.

El tercer día del año, en la soledad de la pieza, le dijo al padre *creo que llega*.

Pero no llegó, aún, hasta dos días después. Era 5 de enero cuando el niño lloró por primera vez y fue el tío quien cortó el cordón umbilical.

La unión libre, era título del texto de Elías Reclus de *Pan y Libertad* de aquel día.

Allí se leía: *El niño ha sido la causa primera y directa de nuestros progresos sociales. Teniendo en cuenta al niño se establecieron las instituciones matriarcales, las que, políticas y religiosas, sociales y civiles, tenían al niño por objeto declarado o sobreentendido. No había entonces más filiación que la filiación maternal. Esto se explica. La paternidad es un acto misterioso, un hecho incierto; pero, ¿qué hay de más conmovedor que el drama*

del parto con los dolores y los gritos de la mujer angustiada, con la explosión de alegría que saluda al nuevo conciudadano? Todo niño conocía una madre, pero padre, en modo alguno; la paternidad colectiva de los hombres de la tribu bastaba; poco importaba el uno más bien que el otro. Durante mucho tiempo no hubo hijos sino de su madre, no hubo más clanes, no hubo más "gentes" que los matronímicos; se tuvo la "matria" antes que la patria. ¡Cosa singular! En el transcurso de esta fase histórica, las nociones de estabilidad, de duración, de perpetuidad se agrupaban en torno a la maternidad y al principio femenino. El masculino no representaba entonces sino fragilidad e inconstancia; pero la justicia y la equidad, la necesidad de orden en el progreso y de progreso en el orden, las ideas de paz, de conciliación y de arbitraje, se relacionan a la madre de la que, como de un centro, irradiaban las principales manifestaciones de la vida moral.

Sin embargo, a la noche, en la cuadra de la panadería de la calle Pringles, el tío y la madre y el padre y la hija adolescente, ahora hermana, brindaron con sidra fresca a la salud del recién nacido: Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre.

IV. Y no haya más

¿Cuánto hace que llegaste a España? ¿Nueve meses, menos de nueve meses para llegar hasta esta mañana calurosa y húmeda, hasta este caballo muerto, hasta el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallas, hasta el nauseabundo aroma dulzón de la sangre?

¿Sabías, cuando llegaste, hace menos de un año, que ibas a cambiar la Leika que traías de Birmingham por los Mauser, los Winchester y las granadas FM? ¿O viniste, realmente, junto a ese inglés altísimo que tanto insistió *lets go to Spain, I will need a good photographer who be a compañero too, over there* y que todavía no era el Inglés o el camarada Eric sino tan sólo Blair, periodista del *Birmingham News*, con el que habías trabajado tantas veces, a hacer una serie de reportajes y artículos sobre la guerra de España? ¿O viniste a ser espalda y hombro para Mika cuando supiste que Hipólito había muerto? ¿Recordás ahora — con la culata del Winchester apoyada en el hombro derecho, el ojo izquierdo cerrado, la gorra calzada sobre las cejas, sumergido en el calor del mes de mayo en Barcelona — el calor del mes de mayo se arrastra por tu camisa transpirada y pegada al cuerpo, la bota de vino rojo en tu cinturón muy cerca de la Beretta sin balas que te regaló hace años un ladrón en una cantina de la Boca y la fría calidez del cuchillo de caza, mientras corren los minutos (cada uno puede ser el último, Nene) — los primeros meses de la breve, feliz y feroz vida

que parece ahora tapada por el río que te crece dentro como un animal herido y agonizante?

¿Y las anteriores: Birmingham, Londres, New York, Buenos Aires?

¿Recordás el momento en que en el despacho del *News* recibiste el sobre? ¿Fue temor lo que sentiste inmediatamente después de la alegría, al reconocer la letra de Mika en el sobre en lugar de la de Hipólito? ¿Un pequeño sobresalto? ¿Pensaste que algo andaba mal? ¿Intuiste acaso una ráfaga de metralla y el cuerpo de tu mejor amigo en el mundo partido al medio, los huesos astillados, la sangre y las vísceras saliendo del cuerpo? ¿O solo sentiste curiosidad por saber por qué había escrito Mika en su lugar?

¿Recordás temor?

Acá, Nene, zumban las balas y cualquiera puede tener tu nombre. Ahora, entre el hedor del caballo muerto que les sirve de trinchera, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, ¿recordás la carta?

Nene, no pasó aún un mes desde el comienzo de la guerra y ya, el 16 de agosto, en los alrededores de Atienza, un proyectil de ametralladora fascista terminó con la vida de nuestro Hipólito. Ha hallado la muerte peleando al lado de esos hombres recelosos cuyo respeto se obtiene desafiando locamente el peligro.

Y ahora, acá, después de los avatares que te trajeron a Cataluña a vivir una vida breve, feliz y feroz, a mirar a los ojos aquello por lo que empezaron a luchar Hipólito y vos hace tantos años, después las calles de la Barcelona socializada, del trato igualitario y fraternal, de los meses en

el frente de Lérida y las zonas liberadas, volvés a afirmar el fusil Winchester, cuyo caño está un poco desviado a la izquierda, sobre el anca del caballo muerto que te está sirviendo de trinchera y, con la camisa transpirada y pegada al cuerpo, entre el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, disparás de nuevo y pensás.

Del otro lado del caballo muerto, pensás, no son fascistas lo que hay.

Pensás: es ridículo.

¿Te preguntás si hace unos meses, en el frente de Lérida, donde eran la retaguardia de las tropas de las FAI que atacaban Huesca, alguno de los que ahora, pasada tu vida breve y feroz, espera tus balas y dispara las tuyas contra tu posición, contra el hediondo cadáver de caballo que, a vos y tus dos compañeros, les sirve de trinchera, no peleó al lado tuyo, separados apenas por unos pocos metros y porque su bandera, roja como la tuya, decía PSUC en lugar de POUM?

¿Te preguntás, Nene, si será una bala roja, la que lleve tu nombre?

Bang.

Tac-tac-tac.

Ríndanse, cojones.

El grito que llega desde más allá del olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, entre el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallass.

Que aquí no se rinde nadie, me cago en tus muertos, responde en su español forzado el tipo altísimo, a quién todos llaman el Inglés o camarada Eric y que solía llamarse,

allá en Birmingham, no hace tanto, simplemente Blair, que dispara a tu lado, resguardado también por el cadáver del caballo que hiede y les sirve de trinchera.

Son tres, en total, atrincherados tras el cadáver equino, camaradas iguales y distintos. El otro miliciano a tu lado se llama, al menos acá en España, en esta calurosa mañana de mayo frente al edificio de la Telefónica, entre el ruido de las balas y el olor seco de la pólvora, Casanova. Es pelirrojo y lleva un pantalón viejo y una gruesa camisa verde, sin ningún botón, un par de borceguíes vencidos y mal atados y tiene amarrado sobre la frente un trapo rojinegro; aunque es uno de los fundadores del Grupo Bolchevique-Leninista Español, milita dentro de la CNT desde que, a fines del año pasado, lo echaron del POUM.

Bang. Bang.

Tac-tac-tac.

Acá no se rinde nadie.

Nadie.

No circula ningún vehículo y del otro lado de la calle hay un tranvía, abandonado allí por el conductor no bien empezaron los tiros. El estrépito de los tiros sigue y se multiplica en el eco que producen los miles de edificios de la ciudad.

Tac-tac-tac.

Casanova dispara nuevamente, al grito, ahora, como si eso fuera a cambiar las cosas, de *arriba los pobres del mundo*.

Sonreís y antes de disparar tu fusil te unís a su canto, a su grito.

De pie los esclavos sin pan.

Pronto, desde otras posiciones, entre las balas que acaso lleven su nombre, se suman las voces

Y gritemos todos unidos

Viva La Internacional.

El canto es contagioso, la música es un virus en la Barcelona revolucionaria. A unos pocos metros, tras una pila de adoquines, dos camaradas, militantes del grupo los Amigos de Durruti, canta, con la misma melodía, su propia versión

Alcémonos todos que llega

La Revolución Social.

¿Cómo, al menos por un momento, pese a las derrotas y las pérdidas, pese a Hipólito muerto y tus dedos del pie amputados y la pelea con Mika, no volver a vivir con felicidad y ferocidad, esta vida breve, junto a estos hombres que desafían locamente el peligro y cantan, entre el zumbido de las balas, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, *que la tierra será un paraíso, patria de la Humanidad?*

¿No debiera ser esto la revolución? ¿Tipos con algunas certezas y llenos de dudas combatiendo hombro con hombro y cantando, sobre la misma melodía *el género humano es La Internacional*, otros *que se alcen los pueblos por La Internacional*, y unos terceros *con la FAI lograremos el éxito final?*

Y la canción suena en distintas versiones y también en distintas lenguas, vuelve a haber una feroz forma de felicidad en el aire, esa tensión que conociste en tus primeros días en las calles de Barcelona, en el discurso aquél de Andreu Nin, en tus meses en el frente de Lérida, como si esa canción pudiera devolverle el sentido a algo que lo fue perdiendo, en las voces que rompen el miedo y la bronca, el castañeteo de los dientes, el olor seco de la pólvora y el ca-

lor de esta mañana de mayo en Barcelona al son del himno guerrero de la Comuna.

Y del otro lado, más allá de las balas, también se canta, voz en cuello, en varias lenguas.

Dejad La Internacional, que no la merecéis, grita alguien. ¿De este lado de la trinchera, tras los adoquines que cubren a los Amigos de Durruti o el hediondo caballo muerto detrás del cual afirman, Casanova, Blair y vos, sus fusiles? ¿O del otro? ¿De quienes quieren tomar el edificio de la Telefónica o de quienes lo defienden?

Disparos.

Somos compañeros, carajo, ¿no se dan cuenta de lo que los están haciendo hacer? Vengan de este lado...

Pero más allá de la tierra que levantan las explosiones y el polvo que mezcla pólvora y restos de ladrillos nos llega una versión en ruso por toda respuesta.

Nikto ne dast nam izbaolenia:

Ni bog, ni tsar i ne geroj

Dobiomsia my osvobozhdenia

Svoeiu sobstvennoj rukoj.

Riendo, el camarada Eric, el altísimo periodista británico antes conocido como Blair, dispara su Mauser y se pregunta cuántos españoles habrá en esta guerra. Canta, él también, ahora en inglés:

So comrades, come rally

And the last fight let us face

The Internationale unites the human race

Las voces son roncadas, cansadas, de un lado y del otro.

Rendíos, sois peores que los fascistas, joder.

Bang.

Bang.

Bang.

Tac tac tac.

De acá nos sacan únicamente muertos.

Muertos.

Como Hipólito.

Murió, decía Mika en la carta, como deseaba morir: en el fragor del combate. “No te preocupes, ya me siento mejor,” me había dicho unos pocos días antes, en que había estado afiebrado, “vos sabés, por otra parte, que estoy decidido a no morir de enfermedad”. Y así fue, no murió de tuberculosis, sino en combate.

Para volver a pegar los trozos de su corazón, que quebró en seco esa maldita ráfaga de metralla, busqué sus cuadernos. Miré su letra enhiesta como su voluntad, clara como su mirada. Hay un sumario del libro que pensábamos escribir sobre la derrota de la clase obrera alemana en 1933; páginas y más páginas con los testimonios que recogimos en 1928, en el terreno mismo de los sucesos, acerca de la huelga de los obreros ganaderos de Santa Cruz, en la Patagonia argentina; notas de lectura, apuntes para artículos. Ahora no sé qué hacer, Nene, no tengo ganas de seguir porque no me parece concebible una vida sin él. Así que, no he aceptado sobrevivir a Hipólito sino con la condición de continuar nuestro combate.

Y ahora, Nene, el combate es tuyo: los gritos, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, el calor de esta mañana de mayo y estos hombres que desafían locamente al peligro y cantan. Esta confusión de voces, de gritos, de idiomas. Un aquelarre de ruidos y

olores diversos — el caballo muerto, la sangre, la pólvora, el sudor — que sirven de marco a los balazos.

Balazos: el estrépito de las detonaciones, el zumbido que hacen las balas al cortar el aire, el chasquido, que se transforma en crujido cuando en el recorrido encuentran un cuerpo.

Tac tac tac.

Tac tac tac.

¿Cuál será la bala que lleve mi nombre?, te preguntás. Una de metralla fascista terminó con la de Hipólito ¿De qué fusil será la bala que termine la mía? ¿Cómo serán los ojos del tipo que cargue el fusil que contenga la bala que lleva mi nombre? ¿Cuál su biblioteca, su canción favorita, sus primeros amores? ¿De qué lado llegará esa bala que detendrá este río que crece dentro de mi cuerpo como un animal herido y agonizante para que, finalmente, no haya más?

V. Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre

Cuando a Miguel se le declaró la enfermedad, en medio de la gran epidemia que asoló a la ciudad de Buenos Aires en 1909, su hermana se ocupó de cuidarlo, ya que su madre había muerto de fiebre amarilla dos años antes.

La joven, que ya había terminado el liceo, lo trasladó en sus propios brazos al Hospital ante los primeros síntomas y se quedó con él los treinta y siete días que duró la internación. El padre y el tío, que trabajaban doble turno en la panadería y todavía en las noches confeccionaban las páginas de *Pan y Libertad*, se turnaban para ir a reemplazarla un rato para que pudiera bañarse, comer algo, dormir una o dos horas en una cama.

No le dieron muchas esperanzas los médicos a la hermana, pero ella, acostumbrada a una casa de ateos militantes, con la experiencia de haber velado la agonía de su madre sólo dos años atrás no se dejó desanimar. Estaba poseída de eso que, años después, un pensador marxista italiano definiría como pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad.

Si no muere, si podemos salvarlo, las secuelas de daño cerebral serán, seguramente, graves, le dijeron, sin ternura, sin un gesto de piedad, sin consideración a sus jóvenes 18 años, ni al dolor.

En los horarios de visita se quedaba cerca de Miguelito, mojándole los labios, y le leyó, en aquellos intermina-

bles treinta y siete días, *Los Tigres de Mompracem*, libro que luego sería el preferido del niño. Cuando estuvo un poco mejor llevó la guitarra que había sido de su tío, con la cual, siguiendo el ejemplo de su madre, le estaba enseñando el ABC de la música. Allí conoció, la hermana, al que sería su novio, luego su concubino, heredero de la panadería de la calle Pringles y, por último, su marido. Todas las mañanas el futuro novio, un muchachote algo gordo de bigote espeso, llegaba con un carro tirado por un caballo blanquecino y sucio llamado Roque, llevando la leche al Hospital. El cuarto día que la vio le dijo un piropo suave como una brisa de primavera, pocos días después averiguó a quién cuidaba y le hizo llegar un vaso extra de leche y a ella una flor amarilla. Una o dos mañanas después la invitó a salir.

Cuando le den el alta a Miguelito, contestó la hermana, repentinamente sonrojada.

Cuando le dieron el alta, Miguel Di Liborio era uno de los escasos sobrevivientes de los más de doscientos casos.

Arritmia cerebral, dijeron los médicos.

Tendencia a la epilepsia, dijeron.

Nada de alcohol, ni café, ni tabaco, nunca; ni deportes violentos, ni trabajos pesados; dijeron.

Dijeron: controles anuales, medicación de por vida.

Su memoria será frágil y su cordura depende de cuánto se cuide, agregaron.

La hermana escuchó con atención y temor todo aquello, sin que nada importara, salvo que su hermano estaba de nuevo con ellos.

Lo llevó de regreso a la casa de la calle Gascón donde los esperaban el padre y el tío. Esa tarde salió con el lechero.

Volvió Miguelito, dijo el tío.
Viva la anarquía, el padre, brindando.
Puedo tocar la guitarra, preguntó Miguelito con voz dé-
bil.
Dame un beso, dijo el lechero más tarde.
La hermana no dijo nada.
Y lo besó.

VI. Y no haya más

¿Cuánto hace que tu cuerpo está apoyado sobre el anca del caballo muerto que les está sirviendo de trinchera? ¿Cuántas horas hace que están en la misma posición entre el zumbido de las balas, el estrépito de las detonaciones, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, disparando, temiendo y esperando —esperando que no llegue— la bala que lleve tu nombre? ¿O son minutos, apenas? ¿Horas, años?

Mirás el reloj de acero que tiene tu viejo nombre grabado en el dorso y que no recordás de dónde salió pero, los ojos llorosos e irritados, no distinguís lo que dicen las agujas.

El tiempo se arrastra con una lógica propia y distinta a la que conocías, como si se deslizara por encima, por debajo y por los lados, pero no allí donde ustedes, donde vos, atrincherado tras un caballo muerto, sentís el zumbar de las balas, los gritos de desafío, insulto, provocación y arenga, y, con el Winchester afirmado en tu hombro derecho y el ojo izquierdo cerrado, disparás.

De pronto hay un respiro.

Un cese.

Alto el fuego y silencio.

Silencio.

Todavía siguen en el aire el olor seco de la pólvora, el nauseabundo aroma dulzón de la sangre y el hedor del cadáver del caballo que les sirve de trinchera, pero se ha

diluido la tensión. Un alto en el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallass. Como si una cuerda se hubiese aflojado en el aire, en ese espacio impreciso que los separa de aquellos contra los que están combatiendo, como si tácita y sordamente, de un lado y del otro, hubiesen decidido que habían llegado al límite de las fuerzas y que todos necesitaban un descanso.

Se genera un silencio ruidoso, un escándalo de silencio después del zumbido, de las detonaciones, del chasquido de las balas. Un silencio quebrado apenas por las respiraciones agitadas, los roces de las manos por los cabellos empapados de sudor, sucios de restos de pólvora, de miedo. Pero esos sonidos son imperceptibles a los oídos cansados de horas — ¿minutos, siglos? — de tiroteado incesante y tensión.

Queda apenas, en el aire y en los oídos, el eco de los ruidos de la batalla. Y el silencio.

Te sentás, ahora, la espalda apoyada contra el anca del caballo muerto detrás del cual estás atrincherado. Sacás la bota de vino y, después de darle un trago, se la pasás a Casanova. Marcial, uno de los militantes de los Amigos de Durruti, que se acercó a la rastra desde sus adoquines-trinchera a tu caballo-trinchera, te da un cigarrillo. Blair, altísimo y con los ojos cerrados, descansa sobre la panza negra del hediondo cadáver de caballo que les sirve de trinchera, al lado de Casanova.

Das la primer bocanada y en tu paladar se unen y se resignifican el sabor del tabaco negro con el del vino rojo.

Tabaco negro.

Vino rojo.

Rojo y negro, pensás sonriendo.

Pensás, claro, en Stendhal.

Mirás el pañuelo en la frente de Casanova.

Con la segunda bocanada sentís el goteo tenso del tiempo.

Tiempo, te repetís, tiempo de contar mi historia, al menos una vez. Contarla, pensás una vez más, aunque sepa que no soy, que no puedo ser el mismo de ayer, de ninguno de los ayeres posibles. Pensás que sólo el pasado es modificable: ni el presente inasible ni el futuro que nunca llega. Por eso tengo que contar mi historia, pensás.

Entonces con paso titubeante, lento, con paso inseguro, tu memoria intenta recorrer el camino hacia atrás que la lleve al momento en que dejaron, Blair —que todavía no soñaba siquiera con que lo llamaran el Inglés o el camarada Eric— y vos, la Leika y la Remington y tomaron las Browning, los Winchester, los Mauser, el momento preciso en que supieron, Blair y vos, que no iban a enviar notas, artículos ni fotos al *Birmingham News*, el instante en que, por decirlo de alguna manera, el pañuelo rojo del POUM se ató a sus cuellos.

Como si tu memoria borracha de dos bocanadas de tabaco negro y tan sólo un trago de vino rojo, del eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallicas, del olor seco de la pólvora sobre todo, del nauseabundo aroma dulzón de la sangre y el hedor del cadáver del caballo detrás del cual están —ella, tu memoria, y vos— atrincherados, supiera que hay una historia por decir, la historia de los que fuiste y ya no sos, pero no encontrara la punta del ovillo desde donde empezar a contarla.

Cuando, después de pasar por los otros, la bota de vino vuelve a vos, y casi la mitad del cigarrillo es humo, tu memoria, con tropiezos, llega hasta una voz que viene a recomponer de alguna forma lo que en tu historia se había roto del otro lado del mundo y de tu vida, el impiadoso mes de enero de 1919, en Buenos Aires.

Es la voz profunda de Andreu Nin, entre el murmullo y las canciones en distintos idiomas, desde el tarimado, en un mitin conjunto de los anarquistas y los poumistas, en el Grand Price de Barcelona, el 6 de septiembre de 1936, cuando hacía apenas doce horas de tu llegada a España, usando por primera vez en el documento falso que te había conseguido antes de salir de Londres un tipo del ILP amigo de Blair, el pasaporte que dirá por primera vez Miguel Echeverría.

¿Está allí el comienzo de la historia, de tu parte de la historia? ¿De esa feroz forma de la felicidad? ¿De la nula capacitación militar, el asombroso y conmovedor intento de crear una versión en miniatura de la sociedad sin clases, los partidos de fútbol multitudinarios en los Cuarteles Lenin? ¿De los meses en el frente de Lérida? ¿Del barro y el frío y los aviones fascistas sobrevolando las barricadas, pegadas unas a las otras, separadas por pocos metros, con banderas del POUM, del PSUC, de la CNT? ¿De la granada FM explotando junto a tu pie y el hospital de Siétamo?

Y Andreu Nin, la voz profunda entre el murmullo y las canciones en distintas lenguas, repite en tu memoria maltrecha *tenemos con la CNT y la FAI profundas discrepancias ideológicas, pero afirmamos que en el momento presente estas organizaciones demuestran, además de un claro sentido revolu-*

cionario, una clara conciencia de la realidad proletaria coyuntural y que, compañeros, en las cuestiones fundamentales, en aquellas sobre las cuales antes existían discrepancias irreductibles con los compañeros anarquistas, hoy puede haber un acuerdo perfecto.

¿Es en la voz profunda de Nin donde se resumía eso que se veía en las calles de Barcelona, eso que los arrastró, a vos y a Blair — que pronto sería, para todos el camarada Eric o el Inglés — a los Cuarteles Lenin, a las semanas de ineficaz entrenamiento, al frente de Lérida donde eran retaguardia del ataque de la FAI en Huesca, a esa vida breve, a esa feroz forma de felicidad?

¿O habrá que buscar la punta del ovillo que tu débil memoria insiste en deshilvanar, en las calles de Barcelona, en eso que se respiraba en las calles de Barcelona y no era, aún, el nauseabundo aroma dulzón de la sangre?

Roja, la sangre, Nene, en las calles de Barcelona.

VII. La vida breve y feroz del Nene Echeverría

Seguramente fue en esa carta, la primera carta que no llevaba letra de Hipólito sino de Mika, en la que hay que buscar la punta del ovillo con que se tejió mi camino a España, a cambiar la Leika por el Winchester, que me llevó a dejar de ser el Nene Di Liborio —periodista, fotógrafo, pugilista aficionado, exiliado argentino en Londres— para transformarme una vez más y ser, entonces, el Nene Echeverría —miliciano, combatiente internacionalista, soldado argentino en la Cataluña revolucionaria—; para venir a encontrar en las palabras de Nin aquello que se había roto años atrás. Porque durante los últimos años las cartas fueron mi principal forma de comunicación con Hipólito y con el Chueco. Y es que de alguna manera todos nosotros nos habíamos transformado en una versión porteña y roja —rojo sangre, rojo Marx— de la generación perdida de la señora Stein: perdidos por el mundo, perdidos en el mundo.

Resulta rarísimo pensar que estuvimos tan cerca tantas veces y tan lejos de nuestra ciudad, y que ya no volvimos —ni volveremos— a encontrarnos, Hipólito y yo, que fuimos, desde una calurosa tarde de enero de 1919, casi hermanos.

¿Cuánto tiempo desaprovechamos de estar juntos?
¿Cuánto hace que, por andar paseando por el mundo, no veo a mi otro hermano, el Chueco Bazán?

¿Recuerdo todavía esa tarde de 1912, en la terraza de la casa de la calle Gascón, cuando con el Chueco Bazán,

nos hicimos un pequeño tajo en los pulgares y mezclamos sangres, en un pacto de hermanos, de cofrades, de socios, jurando ser para siempre, desde aquella tarde, cada uno Sandokán y Yáñez, en las buenas y en las malas, siempre? ¿O esa noche, un par de años después, cuando su viejo nos llevó a la Rural a ver pelear a Jack Johnson, el peso pesado más grande de la historia? ¿Dónde estará ahora el Chueco, del que nada sé desde hace meses? ¿Tomando Mekong y aprendiendo Muai Thai en Tailandia? ¿Cachaça y capoeira en Brasil? ¿Soo Bhak y og pong en Corea, vodka y Sambo en la Rusia de los Soviets?

¿Y por dónde andaba el Chueco — que si bien escribía mucho menos que nosotros terminaba todas sus cartas diciendo *nos vemos en Buenos Aires, pronto* — cuando recibí la primera carta de Hipólito desde Europa?

Contáanos más de Buenos Aires, Nene, de tu nuevo oficio, de esos laburos en El Heraldito y Nocaute, que siempre estamos ávidos de allá y de noticias tuyas. ¿Y el Chueco? ¿Cómo sigue su ojo? ¿Es cierto que se fue de Buenos Aires?

Nosotros por estos días estamos por volver a Francia, a encontrarnos con el grupo Que Faire? del camarada Rosmer y pensamos regresar aquí en seis meses o un año. Este lugar es un hervidero y puede pasar cualquier cosa, todo depende de la actitud que tomemos, de que elaboremos un plan, un programa correcto y de la relación de fuerzas que pueda establecer el proletariado en la lucha de clases.

Porque el Partido crece pero al mismo tiempo crece el Partido Nazi.

Thaelmann insiste en que el 14 de septiembre de 1930 fue el mejor día de Hitler y ahora sólo le esperan días peores, pero

nosotros no vemos porqué deba ser así. El marxismo nos enseña que cuanto más cerca está la posibilidad de la revolución tanto más cerca está la posibilidad de la reacción fascista. Como escribió Trotsky: "el fascismo no es un mero sistema de represalias y terror policial, sino un sistema particular de gobierno basado en el aniquilamiento de todos los elementos de democracia obrera que existen en la sociedad burguesa". Pero, claro, es mejor que ni nombremos al camarada Trotsky si queremos seguir trabajando dentro del KPD.

Bueno, Nene querido, no te retengo más, te abrazo desde tierra teutona.

Mika te manda besos y abrazos y más besos.

¿Nos vemos en París?

Auf wiedersehen.

Berlín, octubre de 1931.

Después, París para ellos (Hipólito y Mika), Inglaterra para mí, seguimos desencontrados. ¿Cuántas cartas intercambiamos en aquel tiempo? ¿De qué hablaba yo en esas cartas en las que Hipólito continuaba hablando, casi constantemente, de política?

Bueno, te cuento, primero lo primero: aquí somos Hippolyte y Micaela Merchant, un matrimonio argentino-belga, según los documentos que nos consiguió un camarada holandés.

Estamos instalados en un minúsculo alojamiento en la calle Claude Bernard, juntos y felices en la medida de lo posible. Pasamos la mayor parte del tiempo en la biblioteca Sainte Geneviève para formarnos lo mejor posible como revolucionarios. Estamos realmente entusiasmados. Empezamos a trabajar con

los compañeros franceses del grupo de Amis du Monde que tiene como tarea primordial sostener el semanario Monde que edita el compañero Barbusse.

Ahora bien, por suerte para nosotros el secretario de Amis du Monde, René Lefeuve, ha creado grupos de estudio de marxismo. Por lo tanto seguimos unos cursos del italiano Angelo Tasca y del economista francés Lucien Laurat, con lo cual el grupo nos mantiene doblemente activos: teórica y prácticamente.

El camarada Lefeuve y sus amigos están, como nosotros, muy a la izquierda de Barbusse, y el grupo va comprometiéndose cada vez más filosofía de la praxis, en fin, con un mayor rigor teórico y organizativo pero en la misma dirección que cuando hacíamos Insurrección (pero no se para qué te cuento esto a vos, que aunque te haya ganado el escepticismo hace algunos años, lo sabés desde hace más de diez) y al mismo tiempo seguimos ligados a los grupos de la Oposición de Izquierda trabajando dentro del Partido Comunista, estudiamos francés y alemán (que es en tierra teutona donde se juega la suerte de la revolución mundial) y te esperamos.

Te esperamos siempre, Nene.

Más besos de Mika. Dice que si venís te deja jugar con blancas y te saca en catorce movidas.

Un abrazo.

Cuidáte, Nene.

Au revoir.

París, marzo de 1932.

De alguna manera no podía compartir, aunque hubiera querido, el entusiasmo de Hipólito y de Mika (aunque después, durante los intensos y felices meses de mi vida

breve y feroz en la Cataluña revolucionaria, o incluso ahora, desilusionado nuevamente, en la confusión de esta calurosa y húmeda mañana de mayo no me cuesta entenderlo) y había llegado a la conclusión, cerca de dos años atrás, de que la revolución era un monólogo repetido por un idiota lleno de ruido y de furia.

Me gustaba recordar qué era lo que me entusiasmaba, qué me hacía dudar, qué me enojaba, recordar cómo éramos en el caluroso verano de 1919, en los años posteriores, el tiempo de la revista *Insurrección*, el ingreso al Partido, las divisiones y fracciones y divisiones, las múltiples células con nombres grandilocuentes que formábamos, Partido Comunista Concertación Obrera, por ejemplo. Pero algo se había perdido, algo que socavó mi fe en un futuro en el que pasáramos del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Había algo en la organización, sí, que de a poco había dejado de tener el modelo filo-libertario de los comienzos y tendía más y más a la bolchevización, a la estructura leninista del Partido que no generaba en mí más que desconfianza. Y sin embargo, pese a que hacía seis años que esa desconfianza no hacía más que crecer, cuando llegué a Barcelona en septiembre del año pasado, ingresé sin titubear al POUM, que reclama para sí esa tradición; aunque no la práctica, claro.

¡Si hubiese decidido venir a España antes! Tan sólo unos pocos meses y podría haber acompañado a Hipólito en sus últimas batallas.

Pero no lo hice, como no los acompañé en la derrota en Alemania.

Pienso ahora, que hubiese sido un final feliz para esa vida breve y feroz de mis primeros meses acá: morir bajo

las balas de una ametralladora fascista, junto a mi amigo Hipólito. O, al menos, poder darle un último abrazo, acompañarlo en su agonía, abrazar el cuerpo de Hipólito mientras se enfría, prácticamente partido al medio por la ráfaga de metralla que acaba de alcanzarlo, y la sangre, roja y brillante baña sus ropas y las mías. Una vida breve y feroz que resumiría el encuentro de la Historia y la historia. De nuestras vidas y las elecciones que hicimos para nuestras vidas y lo que el mundo eligió por nosotros.

¿Dónde estaba yo la tarde del 16 de agosto mientras Hipólito moría en Atienza? ¿Estaba en la casa de la bellísima muchacha de pelo lacio y labios generosos que tengo en varias fotografías y de la que nada puedo recordar? ¿Estaba fotografiando dos autos humeantes para ilustrar el artículo sobre un accidente de tránsito para la sección policial del *Herald Newstateman*? ¿Escuchando al Mago cantar —decir, frasear, sacar de la galera de su voz como si fuese un conejo— que *la guitarra en el ropero todavía está guardada*? ¿Estaba bebiendo un enorme vaso de *scotch* sin hielo y pensando en mi amigo el Chueco Bazán? ¿Estaba leyendo una carta suya?

Hipólito, Mika, Nene:

Les escribo a todos a la última dirección que tengo de cada uno, nunca se sabe dónde están viviendo ustedes tres, culos inquietos. Por qué no habremos hecho todos como Raquel, como Santiago, que se quedaron en Buenos Aires, eh. Qué ganas de verlos a los tres, tomar unas copas, jugar un rato al ajedrez y rajar a ver a Angelito Vargas. En fin, ya será.

Les cuento que yo sigo viajando por el mundo, ya anduve por China, Japón (de donde tuve que salir disparado por proble-

mas con la ley), Corea, Tailandia, Brasil, México, y ahora estoy en el sur de Estados Unidos (cerca de donde, en 1881, pelearon Sullivan y Flood, en una barcaza sobre el río Hudson) tomando bourbon y juntando información y materiales sobre los grandes campeones del boxeo sin guantes (Paddy Ryan, el legendario John Sullivan, Cocky Woods, Tommy Chandler, Joe Goss, John Donaldson, Jack Stewart o John Cowhead Flood) para, después escribir una historia de la época de oro de ese deporte. Ya que me robó un ojo (y no me vengan con eso de que el único robo es la propiedad, que el ojo era mío), algo voy a sacar de esa experiencia.

Mientras tanto ustedes dos seguirán, supongo, peleándole a la revolución social mundial como herederos de Ernest Everhard, para encontrar, probablemente, el mismo fin que éste. En cambio vos, Nene, seguís de periodista. Qué tal. Pensar que por unos meses no coincidimos los dos en New York.

Bueno, amigos, nos vemos en Buenos Aires, pronto.

Abrazos.

Chueco

¿Y antes? ¿Qué copas bebía, qué cigarros fumaba, qué fotografías sacaba mientras Hipólito me escribía una y otra vez que me esperaban, desde Berlín, París, de nuevo desde Berlín? ¿Qué hacía cuando sucedió la derrota en Alemania? ¿Había dejado New York? ¿Había llegado a Londres?

Te escribo en caliente. Y qué caliente.

Ayer por la tarde Hitler ha tomado el poder. Así, como suena.

Esta misma noche pudimos conocer, con la ansiedad que podés imaginarte, el estado de ánimo de la clase obrera, de los afiliados al Partido, y su capacidad de acción.

No olvidaremos nunca, Nene, el desaliento, la desorientación, la desconfianza total en sí mismos y en el Partido con que acogieron nuestras preguntas, nuestra ansiedad de compañeros doblemente extranjeros (latinoamericanos recién llegados de Francia) que querían saber qué se iba a hacer. Les contamos la esperanza enorme, la atención angustiada con que el movimiento revolucionario de afuera los esperaba. Eso los hundió más todavía.

Nene, estábamos muy, muy prevenidos. Sabíamos los estragos que la política y el régimen del Komintern causa en el proletariado. No es nuevo para nosotros pero no deja de ser doloroso, veníamos dando la pelea ante Thaelmann y Munzenberg, por la unidad con los socialdemócratas contra el nazismo y no recibíamos más que insultos. Munzenberg escribió, no hace mucho: “nada dañaría tanto a la clase obrera alemana y al comunismo ni promovería tanto al fascismo como la criminal unión con los socialistas; y cualquiera que promueva la formación de ese bloque sólo favorece a los social-fascistas y, de hecho, su papel es claramente fascista.”

Pero hay que sentir a los mejores elementos de la clase obrera, en la hora decisiva, y en el principal Partido del Komintern, un Partido que tiene 6'000,000 de votos; hay que sentir el desamparo, la impotencia, la amargura expresados cruda y rabiosamente, como lo hemos oído, para comprender la magnitud el crimen de los miserables que detentan el Komintern y, por extensión, del Partido alemán.

Y los que se mostraban optimistas, tenían ideas tan fantásticas, pero tan fantásticas... Viejos camaradas del Partido que sostenían cosas tan reñidas con el análisis marxista como “Hitler en el poder no dura ni un mes”, o “nos va a ser más fácil vencer a los obreros engañados por él, o nos favorece porque con

él la situación internacional se pondrá más aguda y acelerará la revolución” o “Hitler no se va a atrever a prohibir el Partido” o “el Partido no puede llamar a la huelga porque lo van a lanzar a la ilegalidad.”

Todas estas opiniones escuchadas la misma noche en boca de militantes obreros del Partido, que tan pronto sostenían una cosa como otra.

Nene, estamos vencidos. Y vencidos oprobiosamente. Se acabó, y por segunda vez en este siglo, nuestra esperanza en Alemania.

Habrá, sí, terribles batallas aisladas, un sangriento terror, una larga guerra civil – sabrás que el proletariado antifascista está organizado por calles; a veces por casas, en los grandes inquilinatos – en los próximos meses. Caerán los mejores. Junto a una abnegación y un valor individuales admirables, una enorme paralización y desorientación como clase. Es terrible.

Los más viejos entre los camaradas dicen que necesitaríamos aquí a Max Hölz, como en 1919. Yo no sé, Nene. Pero por primera vez desde que nos separamos, no nos gustaría que estuvieses junto a nosotros. Espero que estés bien. Nos vemos pronto en París.

Mika te besa en los ojos, yo te abrazo fuerte.

Aufwiedersehen.

Berlín, enero de 1933.

Cartas. Cartas.

Cartas.

Querido Nene, he nos aquí de vuelta, después de haber vivido verdaderos meses de plomo en Alemania.

Qué días, Nene.

Por ellos ando con los nervios hechos polvo. No puedo discutir con nadie sin excitarme fuera de toda medida. Verse reducido a acompañar una y otra vez al cementerio a los obreros volteados por los fascistas, sin tener por delante ninguna perspectiva de lucha, sin hallar la acción, el combate, la batalla donde desahogar tanta ira, tanto odio, tanta amargura cosechada es más de lo que mi temperamento puede tolerar.

Por suerte Mika, siempre Mika.

Junto a antiguos espartaquistas que guardan su arma como un relicario, nos hemos consumido, quemado de impotencia, viendo caer una a una las posiciones, sin combates; sintiendo el desprecio del enemigo, a quien tu falta de resistencia envalentona y vuelve cada vez más insolente.

“¿Dónde están los comunistas?

En los sótanos, en los sótanos”

Ése es el estribillo que te cantan los nazis en todas las calles de Alemania. De otro lado hacen limpiar los suelos de sus cuarteles a los militantes con las propias banderas rojas con la hoz y el martillo.

No sigo, porque reviento.

La tarea fundamental en esta coyuntura es buscar una unificación de las fuerzas de oposición en Alemania. Se está en camino de ello. Aquí en Francia la labor está muy avanzada; los tres grupos de la izquierda que había, aparte de la Liga Comunista que se muestra reacia aún, están en vísperas de quedar unidos. Se piensa luego en una especie de nuevo Zimmerwald, que sobre el desastre alemán y la huida sin combate del Komintern, busque un acercamiento y un terreno de acción común de las fuerzas de oposición. Y si bien las condiciones de clandestinidad bajo la dictadura fascista serán graves, la clase obrera comunista está más dispuesta hoy a escuchar a los opositoristas de izquierda que ayer.

Conseguimos, Mika y yo, trabajo de colaboradores en la revista de los exiliados latinoamericanos A/Z.

Te extrañamos, te esperamos.

Au revoir.

París, Mayo de 1933

Cartas.

Cartas.

Cartas.

Hasta la de Mika.

Nene, no pasó aún un mes desde el comienzo de la guerra y ya, el 16 de agosto, en los alrededores de Atienza, un proyectil de ametralladora fascista terminó con la vida de nuestro Hipólito.

La vida de nuestro Hipólito.

En mi memoria las horas de estudio, de juegos, de aventuras compartidas. Los tangos, las sinfonías, las discusiones.

Nuestro Hipólito.

Y entonces el Nene Echeverría.

Y luego esto: la vida breve y feroz.

Esto: los múltiples pasados.

Esto: una calurosa mañana de mayo, en la Avenida de Las Ramblas, frente al edificio de la Telefónica, atrincherao tras el cadáver de un caballo que fue negro y bello, entre el zumbido, las detonaciones y el chasquido que producen las balas al encontrar la carne muerta del anca del caballo tras el cual estoy atrincherao junto a Blair, Casanova y, ahora, Marcial.

Esto: el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallas.

Esto: dos barricadas de tipos que hasta hace unos meses peleaban juntos, separados apenas por un par de cientos de metros.

Esto: *La Internacional* en distintos idiomas, en distintas versiones y el olor seco de la pólvora.

Esto: el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, el hedor que despiden el cadáver que nos sirve de trinchera.

Esto: una revolución perdida que se niega a perderse.

Esto: una bota de vino tinto en mi cintura, al lado de la Beretta sin balas y el cuchillo de caza que me trajeron Mika e Hipólito de la Patagonia.

Esto: un río de terror y de asco que supera el dique de mi espíritu y me crece adentro como un animal herido y agonizante.

Esto: balas que cruzan el aire, que silban buscando cuerpos, alguna de las cuales acaso lleve mi nombre.

Esto: el silencio, la muerte.

Y ya no habrá más.

VIII. Y no haya más

La voz de Nin resuena en los rincones de tu memoria mientras das una larga pitada al pucho que te cuelga de los labios.

Tomás un trago de vino y como nunca aprendiste a dominar muy bien la bota unas gotas te caen sobre la mejilla sin afeitar. Te limpiás con el dorso de la mano y disfrutás del sabor del vino, del olor del vino.

Un tabaco y un poco de vino rojo, pensás, la bota que había estado colgando de tu cintura, bien cerca de la Beretta que te regaló un ladrón italiano en una cantina de la Boca y el cuchillo de caza que te regaló Hipólito, circulando entre los cuatro milicianos que comparten la trinchera improvisada tras este caballo muerto, cuyo cadáver hiede esta calurosa mañana de mayo.

La revolución es, puede ser, debiera ser, pensás, un hombre fumando tranquilamente y tomando un trago de vino.

Le pasás la bota a Blair. No lo habías visto desde su salida del frente aunque llegaste hace casi un mes. Pero necesitaste algunos días, pese a lo que él te había advertido en la carta que te hizo llegar al Hospital de Siétamo acerca de lo que ibas a encontrar, para acostumbrarte al nuevo aspecto, al nuevo espíritu de Barcelona, más parecida a cualquier ciudad europea de entre guerras que a la Barcelona revolucionaria que habías conocido hace tan sólo ocho o nueve meses.

Pero anoche, el tipo a quien todos menos vos llaman el Inglés o camarada Eric, el altísimo periodista británico que antes de esa breve y feroz vida que encontraron en Cataluña, donde cambiaron la Leika y la Remington por los Mauser y los Winchester, se llamaba Blair, apareció agitado en la puerta del café Moka, al que vos también habías llegado después de leer los diarios, después de escuchar lo que decía la calle, después de los primeros tiros y las primeras explosiones, y de allí corrieron juntos, vos y él una vez más, al cuartel general del POUM a buscar armas para defender el edificio de la Telefónica de los embates de la Generalitat.

Ya no era fascismo o revolución, era el Gobierno Popular contra el Poder Obrero.

Empezaste a sentir, entonces, un río creciendo dentro de las fronteras de tu cuerpo, como un animal herido y agonizante, un río que arrastraba los restos estropeados de tu vida breve y feroz de los últimos meses, pero allá fuiste, con el puñal de caza, la bota de vino y la pistola Beretta que te regaló hace años un ladrón italiano en una cantina de la Boca, en el cinturón.

Así pasó el tiempo y ahora, en un alto el fuego, después de pasar la bota, Blair, a quien todos menos vos llaman el Inglés o camarada Eric, suspira y te dice:

I would be foreigner sooner in Spain than in another countries, y agrega con gesto de quien no termina de comprender los sucesos en los que está envuelto, *how easy is waking friends here,* Nene.

O enemigos, Blair, tampoco hay nada más fácil que hacer enemigos en este país, pensás aunque no lo decís.

No decís eso, ni nada y volvés a beber de la bota.

Bang, bang.

Bang.

Vuelven el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallicas. Vuelven a zumbiar las balas, Nene, y alguna quizá lleve tu nombre.

Tac tac tac.

Todo es corridas, ruido de preparativos, armas cargándose y gritos.

Gritos.

Cuidado.

Se trabó esta mierda, ahora.

Marcial, vuelve, te cubro.

Cuerpos que se arrastran de nuevo a sus posiciones, los ojos y los nervios que se acostumbran de nuevo a la tensión, las manos que pelean consigo mismas por no temblar.

Los disparos aumentan su frecuencia.

Con la colilla del pucho colgando aún de la comisura de tus labios, el humo azul del tabaco que comienza a mezclarse con el gris de la pólvora, te ponés de pie y afirmás el Winchester entre el anca muerta del caballo que les sirve de trinchera y tu hombro, cerca la culata del fusil Winchester cuyo caño está ligeramente torcido hacia la izquierda y del pañuelo rojo que dice POUM que llevás atado al cuello.

Cerrás el ojo, apuntás y disparás.

Bang.

¿Éstas son las calles de Barcelona, las mismas calles de las que, a poco de llegar, Blair —en plena transformación, a punto de pasar a ser, por los siguientes meses, tan sólo el Inglés, o simplemente camarada Eric— escribió a unos

compañeros suyos del ILP: los anarquistas siguen teniendo el control virtual de Cataluña y la revolución está en su apogeo. Por primera vez en mi vida me encuentro en una ciudad donde la clase trabajadora lleva las riendas. Casi todos los edificios, no importa su tamaño, están en manos de los trabajadores y cubiertos con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas; las paredes ostentan la hoz y el martillo y las iniciales de los partidos revolucionarios; casi todos los templos han sido destruidos y sus imágenes, quemadas. Por todas partes, cuadrillas de obreros se dedican sistemáticamente a demoler iglesias. En toda tienda o café se ven letreros que proclamaba su nueva condición de servicios socializados; hasta los limpiabotas han sido colectivizados y sus cajas están pintadas de rojo y negro. Camareros y dependientes miran al cliente cara a cara y lo tratan como a un igual. Las formas serviles e incluso ceremoniosas del lenguaje desaparecieron por completo. Nadie dice señor, o don y tampoco usted; todos te tratan de camarada y dicen ¡salud! en lugar de buenos días. No quedan automóviles privados, pues fueron requisados, y los tranvías y taxis, además de buena parte del transporte restante, ostentan los colores rojo y negro. Hay por todas partes murales revolucionarios que lanzan sus llamaradas en límpidos rojos y azules, frente a los cuales los pocos carteles de propaganda restantes parecen manchas de barro. A lo largo de las Ramblas los altavoces hacen sonar canciones revolucionarias durante todo el día y hasta muy avanzada la noche. Y lo más extraño es que parece ser una ciudad en la que las clases adineradas han dejado de existir; casi todo el mundo lleva tosca ropa de trabajo, o bien mamelucos azules o alguna variante del uniforme miliciano.

¿Es ésta la Barcelona en la que, la tarde del 6 de septiembre de 1936, Andreu Nin dijo, la voz grave y profunda,

el sudor corriéndole por el rostro anguloso, *que nadie reclame, pues, esta revolución, porque ella nos pertenece a todos los trabajadores?*

Un tabaco y un trago de vino, pensás.

Y volvés a disparar.

IX. Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre

Hacía calor y pasó de todo.

El fin de año se arrastraba perezoso y caliente.

Miguel —catorce años recién cumplidos, de vacaciones del colegio— leía interminablemente, en la cama de la habitación que compartía con su hermana o en la terraza de la casa de la calle Gascón, fumando al sol sus primeros cigarrillos, libros de London, Conrad, Dostoievski, Melville, Chejov, Verne, Gogol, Poe, su amado Salgari, los clásicos anarquistas de la biblioteca de la casa y las novedades llegadas de la reciente Republica Soviética que, pese al desagrado que le producía a su padre, le acercaba su tío, uno de los tantos libertarios convertidos por el maximalismo ruso, mientras escuchaba las audiciones de tango en la radio e intentaba copiar las melodías con su guitarra.

Terminada la tortura que significaba para Miguel levantarse cada mañana e ir al colegio a llenar su cabeza de datos inútiles podía dedicarse por un par de meses a leer largamente todas las tardes las aventuras de *Colmillo Blanco* y *Billy Budd*, del *Corsario Negro* y *Raskolnikov*, de Malatesta y Lenin, y dejarse llevar por los tangos de Arolas, Bardi, Cobián y Filiberto.

Aunque todavía no lo sabía, ya nunca volvería al colegio.

Por las mañanas, mientras el padre trabajaba en la panadería, se dedicaba a aprender y aprehender —con la entretenida y cansadora fórmula de prueba y error— los

secretos de ese trabajo en la pequeña imprenta del desván. Y esperaba los fines de semana para escaparse, junto a su amigo, el Chueco Bazán al Almagro Boxing Club, en la calle Yatay, donde éste entrenaba, o la Federación Argentina de Box a ver las peleas de Casares, Firpo o el Tigre Rochita o a tratar de colarse en el Café La Chancha, en Godoy Cruz y Rivera, para escuchar al trío Arolas-Cobián-Roccataglia. Había dejado la medicación, empezado a fumar, y le gustaba trenzarse en una pelea de tanto en tanto, decidido a que la sombra amenazante de los daños colaterales de la enfermedad no le impidieran vivir una vida normal y plena.

La hermana, que estaba noviendo formalmente con el lechero pese a las negativas de los hombres de la casa (*tiene los peores vicios de la pequeña burguesía*, decían), casi nunca estaba, al igual que el tío, distanciado del padre por disputas ideológicas, coincidentes sólo en la necesidad de destruir el sistema capitalista y la oposición al noviazgo de la hermana. Así, Miguel sabía que, con su padre trabajando en la panadería o, ahora solo, en la confección de *Pan y Libertad*, la casa y la biblioteca y el tiempo eran suyos.

Pero, en aquel enero que hasta entonces se arrastraba perezoso y caliente todo cambió de golpe.

Miguel, recostado en su cama, fumaba sin apuro la colilla de un cigarrillo rubio, leía *Los tres mosqueteros* y escuchaba en la radio la voz inigualable de Gardel haciendo *Lo que fui*, cuando en los talleres metalúrgicos Vasena estalló una huelga. La más grande de las más de ochenta que llevaron en esos meses adelante los trabajadores de las dos ciudades más grandes de Argentina: Buenos Aires y Rosario.

Jornada de ocho horas, reclamaban.

El gobierno, la patronal y la temerosa clase media no hacían más que temblar ante el fantasma que después de recorrer Europa y asaltar el Poder en Rusia parecía querer pasearse a sus anchas por Buenos Aires.

En algún oscuro rincón, detrás de esta huelga, se esconde un dictador bolchevique de pelo desgreñado, maquinando el plan de la conjura, acusaban y asustaban, los patrones, los medios de comunicación, las voces oficiales.

No a la reducción de los salarios, insistían los huelguistas.

No actuaremos en los conflictos entre Capital y Trabajo, decía en un volante clandestino de la policía de Rosario.

Viva la huelga de Vasena, titulaban todos los periódicos de extracción obrera.

Viva la Patria, gritaban los fascistoides Niños Bien de los grupos rompehuelgas — A.N.T. (Asociación Nacional del Trabajo) o la Liga Patriótica, reclutados y armados por el Círculo Naval— mientras aporreaban a las familias de los obreros de los talleres Vasena o se tiroteaban con los piquetes de los huelguistas.

El día siete finalmente un destacamento del Ejército reprimió. El destacamento era comandado por un joven Teniente de sonrisa gardeliana que hará así su primera aparición en la vida pública nacional, un joven teniente que once años más tarde será el capitán que corra a lado del auto que lleve al fascista Uriburu a Casa de Gobierno después del primer golpe de Estado del siglo XX en Argentina, y luego, tras otro golpe de Estado, ya coronel, será ministro de Trabajo y vicepresidente, para desde allí fundar su propio grupo político y lanzarse a la Presidencia. Años después dirá, con su sonrisa gardeliana intacta, *soy un General herbívoro.*

Pero esta mañana de enero de 1919, curiosidades de la historia, aún no era General ni herbívoro; esta mañana era, sin dudas, un teniente sanguinario y carnívoro que no dudó en hacer que su destacamento ametrallara a los trabajadores de Vasena.

Y la intervención del Ejército era activamente apoyada por la A.N.T y la Liga Patriótica.

Uno de los militantes socialistas de entonces, acusado de ser el hipotético presidente de la futura República Soviética de Sudamérica, Pinne Wald, lo contó así:

El escuadrón abrió fuego sobre los huelguistas de la fábrica metalúrgica Vasena. Los adoquines del empedrado quedaron rociados con sangre.

El número de muertos y heridos es indefinido. Las calles se encuentran sitiadas, rodeadas por un cordón armado. No se puede llegar hasta el lugar de la matanza. Son muchos los caídos y en el estado de ánimo de los que quedan, se entremezclan y confunden la tristeza con el pánico, la venganza y el espíritu de lucha. Ese espíritu se expande, golpea en cada vivienda, en cada corazón; se convierte en efervescencia, en un elemento de la naturaleza. La ciudad arde este verano.

La matanza desató la reacción popular, las dos Federaciones Obreras —la conciliadora y unitaria FORA IX Congreso y la anarquista FORA V Congreso— declararon la huelga general para el 9 de enero, día del sepelio de los caídos. En el cortejo fúnebre, multitudinario y viril, caminaron por última vez juntos, codo a codo, el padre y el tío. Allí, por primera vez, Miguel, que los acompañaba, vio

romperse el silencio, los puños en alto, los ojos de hombres de curtida reciedumbre llenos de lágrimas, cantando *arriba los pobres del mundo*.

Pero cuando el cortejo llegaba al Cementerio de Chacarita un cerco policial inició la represión, una represión salvaje, desmedida, exagerada, que terminó dejando unos cuantos muertos y un tendal de heridos.

Y fue demasiado.

Unas pocas horas después la ciudad estaba en manos del Comité de Huelga. Había piquetes en cada esquina, un virtual estado de sitio proletario. Se asaltaron algunas comisarías, se expropiaron armas para el movimiento. La policía, aterrorizada, se autoacuarteló en el Departamento Central de la calle Moreno, donde se dedicaron a torturar a los detenidos. Esa noche, producto de la confusión y el pánico, los policías autoacuartelados se tirotearon entre ellos.

El gobierno —el tibio, populista, débil gobierno de Irigoyen— no se animó a sacar al Ejército a las calles por temor a que los soldados, hijos de familias de trabajadores, se unieran a los huelguistas.

Declarada la huelga general por tiempo indeterminado Buenos Aires quedó en manos del Comité Obrero. Sólo circulaban los vehículos que tuvieran su permiso y la bandera roja, los únicos periódicos que se vendían eran *La Protesta*, *La Vanguardia* y *La Internacional*.

Esa noche el padre y el tío, acompañados por Miguel, volvieron al desván de la casa de la calle Gascón para trabajar, pese a sus diferencias, en la composición de *Pan y Libertad*. Pero las diferencias se habían acentuado y llegó la ruptura definitiva.

Por la libertad de los presos políticos y la solución del petitorio de Vasena, propuso el padre.

Todo el poder al Comité de Huelga, exigió el tío.

Ambos comenzaron una ardua discusión que rápidamente se encaminaba al encono.

Ya floreció el jacobinismo marxista: revolucionarios que quieren tomar el poder y pretenden hacer la revolución por sobre el Pueblo, acusó el padre.

Qué querés decir cuando decís pueblo, la única clase que puede terminar con la sociedad de clases es la clase obrera, replicó el tío.

No me interesa una revolución que cambie la plutocracia por un puñado de burócratas que pregunten libertad para qué, el padre.

Para acabar con las clases sociales hay que arrancarles el poder, dijo el tío.

Para acabar con las clases sociales hay que terminar con el poder, el padre.

Reformista, dijo el tío, la burguesía no va a entregarse así nomás, es inevitable la dictadura del proletariado.

Ni dios, ni amo, contestó el padre, abajo el Estado, cualquier Estado.

Y la dictadura del proletariado en base al consejismo no es, acaso, preguntó el tío, el primer paso para la desaparición de las clases sociales y la autodisolución del Estado.

Ningún estado se autodisuelve, hay que construir la sociedad nueva con nuevos métodos, negó el padre.

Traición, dijeron ambos sobre el final.

Miguel no podía entender lo que los separaba y sin embargo la discusión, ahora en italiano, llena de epítetos

ofensivos para uno y otro, se acercaba peligrosamente a la violencia física.

No salió *Pan y Libertad* y los dos ganaron la calle, ofuscados, violentos, con la furia de la insurrección y el dolor de la pelea fraterna explotándoles en el pecho. El padre se fue al local de la FORA; el tío a la peluquería del Tano Mangieri, en Yatay y Rivera, donde se reunía una célula Centro de Estudios Carlos Marx, reciente fracción del Partido Socialista.

Miguel quedó solo en la imprenta y decidió pasar a la acción. Armó entonces su primer volante: *Unidad de los que luchan, decía, poder obrero y libertad. Viva la huelga de Vasena.* Y lo firmó Grupo Mompracem. Cuando tuvo unas cuantas copias los metió en un bolso y salió a la calle.

Dónde vas, preguntó la hermana, preocupada y autoritaria, harta de los afanes revolucionarios de su familia.

Dejálo, es igual que tu viejo, la acarició — gordo, paternal y perdonavidas — el novio lechero.

Miguel salió a la calle. Y entró en la vida militante.

Mientras tanto en las calles se sucedían los combates.

La Liga Patriótica recorría el barrio de Once, entre Paso y Junín, de Corrientes a Tucumán donde vivían los que, a los ojos de los grupos fascistas y las atemorizadas fuerzas de seguridad, eran los responsables de los hechos de Vasena, los que llenaban la cabeza de los obreros argentinos de ideas foráneas: la judería, los rusos, todos esos sastres y carpinteros de barba que comían arenques, pastrom, jrein, wurscht y pan de matze. Los judíos que mataron al hijo de dios e inventaron, para matar al dios padre, el ateísmo altanero de la filosofía que no se conforma con entender el mundo sino que pretende cambiarlo.

Detrás de la Liga Patriótica los cosacos del Escuadrón de Seguridad, golpeaban con sus sables desde los caballos a los judeo-bolcheviques.

Mientras la masacre continuaba, en la esquina de Corrientes y Pueyrredon, Miguel conoció a Hipólito Echeverría. Los dos jóvenes —Hipólito cinco años mayor— reparaban volantes.

Escucha la verdad, titulaba el de Hipólito.

Hipólito Echeverría había hecho sus primeras armas en la vida política el año anterior, al fragor de la Reforma Universitaria. Era un estudiante de Arquitectura de 19 años que, como lo definió años después Mika, su mujer, había entrado *en la revolución como otros entran en una orden religiosa: por siempre, hasta el último latido de su corazón, con un odio lúcido y razonado, alerta siempre, afilado cada día, tenso como la cuerda de un arco listo para disparar contra ese orden social absurdo, rapaz y asesino.*

Intercambiaron, los dos muchachos, sus trabajosos panfletos y siguieron camino juntos. Unas cuantas horas después compartían una celda por delito contra la seguridad del Estado. El futuro parecía ser la cárcel de Ushuaia. Golpeados y asustados los jóvenes charlaron afiebrados toda la noche: Miguel le contó lo que sabía de la Comuna de París, las andanzas de Ravachol, la rocambolesca vida de Bakunin; Hipólito, usando palabras muy parecidas a las de su tío, le habló del Tren Blindado del camarada Trotsky, los marinos de Kronstadt (*gloria y orgullo de la Revolución*, dijo, repitió), la Liga Espartaco de Liebknecht y Luxemburgo. También hablaron de música, y entonces Gardel, Aro-

las y Bardi se mezclaron con Paganini, Mozart y sobre todo El Tío Beto, que es como Hipólito llamaba a Beethoven.

Al día siguiente la familia de Hipólito, una acomodada e influyente familia de clase media alta, logró su libertad. Su padre, que sería en unos años ministro de la dictadura de Justo, fue a hablar personalmente con el comisario.

O me voy con el Nene o no me voy, les dijo Hipólito a su padre y al comisario, respaldando a su nuevo amigo al mismo tiempo que le daba el apodo que lo acompañaría para siempre. No sería el último nombre que le regale.

Salieron juntos.

Tiene que dejarse de estupideces, m' hijo, le dijo el padre a Hipólito una vez en la calle, *no hay lugar para estas cosas en mi casa*.

La discusión se hizo ardua e infructuosa. Hipólito decidió que se iría de la casa paterna para no comprometer a la familia, para no enfrentarse a ese hombre con el que nunca se entendería, para ir a abrazar aquello en lo que había empezado a creer al calor de las luchas del año anterior por la Reforma Universitaria.

Entonces su casa ya no es la mía, padre, dijo.

Si se va, se tiene que ir hoy, ahora mismo, amenazó el padre de Hipólito, *y olvídense de mí y de su madre*.

Como prefiera, contestó Hipólito, sin dudar.

Vení a mi casa, ofreció Miguel, *con mi viejo no va a haber problema*.

Una mano lava la otra, pensaron, entusiasmados con aquella resolución los nuevos camaradas. Juntos se dirigieron entonces a buscar ropa, algunos libros y unos cuantos discos a la casa de los Echeverría, en La Recoleta, y después a la calle Gascón.

Allí, consolada por el novio lechero, la hermana lloraba copiosamente.

Llegaste, estás bien, suspiró al ver a Miguel, golpeado pero entero, *al menos vos estás bien, gracias a Dios*.

Qué pasó, preguntó Miguel.

No sabés cuánto hemos rezado, dijo la hermana, refiriéndose a ella y al novio lechero.

Qué pasó, preguntó Miguel.

La hermana rompió a llorar nuevamente.

No se sabe nada del tío y..., dijo.

Dónde está papá, preguntó Miguel.

Fue el novio lechero el que dijo: *a tu papá lo mataron*.

X. La vida breve y feroz del Nene Echeverría

Y tú de dónde eres, Nene, me preguntó la enfermera que me cambiaba las vendas del pie a los pocos días de llegar al hospital de campaña de Siétamo, después de mi salida del frente de Lérida.

Argentino, de Buenos Aires.

No, pero tu origen, pregunto... Echeverría, de dónde es originario, insistió mientras sus manos, con toda la suavidad y la eficacia de que eran capaces, manipulaban la venda sobre mi pie izquierdo, allí donde solían estar los dedos más pequeños y ahora sólo quedaba escozor.

Y era, es, una buena pregunta: cuál es mi origen.

¿La Polonia judía de una madre que casi no recuerdo? ¿La Génova de mi padre? ¿Su apellido, que es el asesino apellido que lleva mi tío? ¿La breve tradición cultural de la pretenciosa capital sudamericana en la que crecí? ¿Dónde buscar mi origen? ¿En la temprana enfermedad, en las amenazas de esa enfermedad, en sus consecuencias? ¿O en una celda, una calurosa tarde de enero de 1919, entre el miedo, el entusiasmo y las anécdotas del Tren Blindado? ¿En las melodías grandilocuentes del tío Beto y la perfecta voz canyengue de Carlos Gardel? ¿O será que cada uno se construye a sí mismo y habrá que buscar ese origen en el relevo de los amores? ¿Cuáles amores, cuál amor? ¿Aquel primero por la amiga de Mika llamada Raquel, o los lujuriosos e intercambiables de las múltiples mujeres de la noche? ¿El de la muchacha de las fotografías, perdida en mi

memoria pero que arde en mi cuerpo y en algún lugar de mis maltrechos recuerdos? ¿O el de los meses de romance con Tina? ¿Cuál Tina? ¿La que conocí en New York? ¿Sobre la que leí en la revista *A/Z*? ¿La que se hace llamar María Ruíz en la Columna Acero?

¿Qué origen, entonces? ¿La sangre de mezcla racial, la familia, las ideas, una amistad incorruptible e irrecuperable, los amores dispersos en el tiempo?

¿Cuál es mi ayer, cuáles mis pasados, los pasados anteriores al pasado?

XI. Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre

Los siguientes fueron días de definiciones. Importantes definiciones.

Cuando la Policía, después de numerosos trámites burocráticos, burlas veladas, denuestos y averiguaciones, finalmente les entregó el cuerpo del padre, decidieron llevarlo a la cuadra de la panadería, su lugar de trabajo: su lugar.

Se acercaron algunos compañeros de la FORA y unos cuantos vecinos, clientes habituales de las figucitas y las medialunas de la panadería de los hermanos Di Liborio. En cambio no estuvo el tío, del que nunca más supieron nada.

Acaso haya caído también, conjeturará algunas semanas después el Nene junto a su nuevo amigo Hipólito, o quizá haya tenido que pasar a la clandestinidad y dejar el país.

Sus compañeros de la FORA cubrieron el austero cajón de madera barata con una bandera rojinegra, después de arduas discusiones entre el Nene y su hermana en las que el novio tuvo una activa participación.

Activa, interesada y desubicada participación, pensará, con rabia aún, tras el humo de la pólvora, en esta mañana de mayo en Barcelona, deciocho años después.

Bastante daño nos hicieron ya esas ideas, dijo la hermana. Que llegue ante Dios sin más blasfemias, agregó el lechero. La bandera se queda, dijo el Nene, los compañeros se quedan.

Así, tres de los militantes de la FORA allí reunidos colocaron la bandera sobre el ataúd y elaboraron junto al Nene un número póstumo de *Pan y Libertad*, con una breve nota biográfica del padre.

Hijo del Pueblo, te oprimen cadenas, cantaron al despedirlo.

Una tarde cualquiera, hacia fines de ese enero, una lluviosa tarde de verano, el Nene, tirado en la cama de su pieza, fumaba y rasgaba en la guitarra unos acordes forzados y toscos que pretendían emular el tango “Mi noche triste”, mientras, en la mesa que estaba junto a la cama, Hipólito iniciaba en los secretos del ajedrez al Chueco — los tres amigos se enseñaban unos a otros lo que sabían: guitarra, historia, boxeo, ajedrez, fotografía, literatura, anarquismo, marxismo — que, a cambio, había prometido enseñarle los primeros movimientos del boxeo, cuando la hermana entró y dijo *tenemos que hablar con vos*.

Tenemos, preguntó el Nene, con más desdén que curiosidad, el pucho colgándole de los labios y sin apartar la vista del diapasón de la guitarra donde intentaba con éxito parcial un do sostenido.

Sí, mirá, voy a vivir con ustedes y..., intervino el novio lechero.

A vos quién te preguntó nada, dijo el Nene, mirándolo a los ojos, calmado y desafiante. Y dirigiéndose a la hermana: *decile al coso ése que no se meta*.

Por favor, Miguelito, rogó ella.

El ambiente se enrareció en un tenso silencio quebrado únicamente por el sonido de las gotas sobre el techo.

Mirá, mocoso..., dijo el novio.

A vos quién carajo te preguntó nada, repitió el Nene, sin soltar la guitarra.

El Chueco levantó la vista del tablero, Hipólito no.

Afuera arreciaba la lluvia, un aguacero de verano que estaba arrancando el calor del empedrado de las calles, una lluvia desmedida, desproporcionada como todo lo que pasó aquel mes de enero.

El Nene — en una postura que se repetiría muchas veces a lo largo de su vida, el pucho que le colgaba de la boca, la guitarra en la mano — y el novio de la hermana se miraron con desprecio. El Nene sonrió, calmado y desafiante, y volvió la vista al diapasón. Entonces el otro — amenazador, bigotudo, prepotente, gordo y furioso — dio un paso, menos que un paso, y se encontró con la certera trompada del Chueco que lo desparramó por el piso y, apenas se recompuso, con la boca del caño de un revólver que lo miraba incommovible desde la mano de Hipólito, que seguía sentado frente al tablero.

Hubo un grito de la hermana, apagado y breve, y luego un sollozo que fue llanto.

Mejor te vas, dijo Hipólito al lechero, el acero negro del revólver firme en la mano derecha.

Déjenme hablar con ella, che, pidió el Nene.

Al fin se quedó a solas con su hermana.

Conversaron largamente, con una tristeza de última charla, de saber que se querían pero que en algún momento habían elegido caminos distintos y divergentes. Se tomaron las manos, ella le acarició el rostro, él le secó las lágrimas.

No llores, dijo el Nene.

La hermana no le pidió, porque sabía que era inútil, que permanecieran juntos, que no siguiera el camino de su

papá, no le dijo que si le daba una oportunidad al novio lechero, éste sería como un segundo padre para él. Le recordó, sí, su temprana enfermedad. Intentó regalarle un rosario, que Miguel rechazó dulcemente.

No podés recibir golpes, tenés que dejar de ir a boxear con el Chueco. Y no podés hacer trabajos pesados ni tendrías que fumar, Miguelito.

Necesitás que te cuidemos, le dijo.

Un gesto de disgusto se dibujó en la cara del Nene para perderse tras el humo azul.

Que yo te cuide, se corrigió la hermana y agregó, con resignación, aceptando en esa frase la tragedia de la separación: *de qué vas a vivir, además.*

Él le dijo que no se preocupara, que no le iba a pasar nada. Dijo, con un gesto que había sido de su madre: *ya sabés, hay que hacer lo que hay que hacer.*

Me las voy a arreglar con la imprentita, trató de tranquilizarla después.

Yo te quiero mucho, agregó.

Permanecieron callados un rato, con las manos entrelazadas, escuchando el sonido grave de la lluvia que iba decreciendo en una garúa suave.

Acordaron entonces que ella y el novio, futuro esposo, lechero — *y dueño de una panadería a partir de ese momento,* feliz en su afán propietario, recuerda ahora el Nene, con el Winchester calzado en su hombro, parapetado tras el anca muerta de un caballo que les sirve, en esta calurosa mañana de mayo en Barcelona, de trinchera— se quedarían con la panadería y la vivienda que había sido del tío; él con la casa de la calle Gascón, los libros y la pequeña imprenta.

Cuidáte, se dijeron, tomados de las manos.

XII. La muchacha de las fotografías

Cualquier día, antes o después, la situación se repite a diario y parece ser el único signo de continuidad en la vida del Nene Echeverría.

Nada más.

Ni el dolor en el pie izquierdo, ni la comezón en el lugar dónde solían estar los dedos que le amputaron, ni el zumbido permanente que resuena en su cabeza, ni los recuerdos o la búsqueda de recuerdos perdidos, ni los ayeres distintos.

No.

Un fantasma atraviesa su vida.

El Nene —la espalda contra las almohadas, el pie en alto— mira una de las fotos que llegaron en la valija con sus pertenencias, una foto en blanco y negro, blanco sobre negro y grises, donde se ve a la muchacha: pelo lacio, labios generosos y desmesurados, ojos claros desprolijamente maquillados. La muchacha de ojos desmesurados en blanco, negro y grises es bella y lejana.

Bella y lejana, piensa el Nene, y se le seca la boca. Saca de entre las sábanas y el colchón la botella de whisky y bebe, espiando que las enfermeras no lo vean.

Lejana en el tiempo, en el espacio y en los huecos del olvido, piensa.

Piensa, la boca seca: bella, lejana, irreal.

Irreal.

Después de todo, irreal, piensa.

Irreal, se repite y mira la foto —blanco, negro, grises— que lo desmiente: la muchacha de la foto, los ojos claros desprolijamente maquillados, a través del tiempo y el espacio y los huecos del olvido, fijos en los del Nene que mira su foto, puede ser cualquier cosa, bella y lejana, por ejemplo, pero no irreal.

El Nene, con la boca seca, no puede creer que la belleza de la muchacha que tiene el pelo lacio, desmesurados ojos claros desprolijamente maquillados y labios generosos y tentadores; que la belleza de la muchacha que, en blanco, negro y grises, lo mira fijamente desde la fotografía, sea real.

Y tan bella.

Y lejana.

Insulta. Se insulta.

Carajo, dice mientras se le seca la boca frente la foto: blanco, negro, grises.

Y toma otro trago de whisky.

XIII. Y no haya más

Fue negro y perfecto. Una armónica tensión de músculos, la dosis exacta de fragilidad y solidez. Tuvo los ojos de un expresivo marrón oscuro y un andar gallardo. Hasta hace unas pocas horas. Ahora es la primera línea de defensa en la trinchera detrás de la cual combatís junto a Casanova y Blair. Escuchás el sonido y sentís en tu pecho, que se apoya en su anca, cada vez que una bala, alguna de las balas que podrían llevar tu nombre, se incrusta en su cuerpo sin vida.

Bang.

Bang.

Bang.

Tac tac tac.

Ya fue dicho: querrías contar tu historia. Una vez. Completa. Empezando por cualquier lado y terminando en esta tarde, esta calurosa tarde de mayo, entre el olor seco de la pólvora, el nauseabundo aroma dulzón de la sangre y el castañeteo de tus dientes, entre el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones, el tableteo de las metrallas y el zumbido de las balas cortando el aire, entre el miedo y las vidas breves, las feroces, las felices y las otras; la rabia de aquello que pudo haber sido distinto.

Contarla.

Contártela.

Antes que la bala que lleva tu nombre, que te está esperando en algún arma desconocida, te encuentre y ya no haya más.

Pero, te preguntás ahora, con el olor seco de la pólvora que se mezcla con el nauseabundo aroma dulzón de la sangre colándose en tus fosas nasales, apenas por encima de tus dientes que castañetan, ¿qué nombres llevan tus balas? ¿A quién, a quiénes disparás? ¿Qué historias estarás dejando sin contar, Nene, esta calurosa mañana de mayo en Barcelona, frente al edificio de la Telefónica? ¿Tendrán amores, hijos, perro, aquellos cuyos nombres estén en las balas de tu Winchester? ¿Será Rioja el vino en sus botas? ¿Qué libro cargarán en sus mochilas, si cargan alguno? ¿*El 18 Brumario* de Luis Bonaparte; *El ABC*, de Bujarín; *Estado y Revolución*? ¿*Los tres Mosqueteros*? ¿*Los Tigres de Mompracem*?

Bang.

Bang.

Bang.

Tac tac tac.

Disparos, pólvora, miedo, el nauseabundo aroma dulzón de la sangre y canciones.

Y preguntas. Preguntas que no te dejan contar tu historia.

Porque contarla entre el estrépito de las balas que te buscan y acaso lleven tu nombre y el calor de esta mañana de mayo; entre hedores, olores, aromas, la camaradería de tus camaradas y el cadáver del caballo, que fue negro y perfecto, y les sirve de trinchera, te impone ser honesto, absolutamente honesto. Brutal. Honesto hasta llegar a ser despiadado, honesto hasta la crueldad.

Y entonces, si tu historia tiene que ser contada antes de que la bala con tu nombre y vos se encuentren y ya no haya más, tendrías que animarte a contar su historia también, la de ellos. La de uno de ellos al menos.

¿Te animás, Nene, tras el cadáver negro del caballo que fue una armónica tensión de músculos y ahora es trinchera, entre el humo que producen los edificios destruidos, el ruido de los balazos, el nauseabundo aroma dulzón de la sangre y olor seco de la pólvora, a imaginarle una vida a uno, sólo uno, de los tipos a los que en cualquier momento, alguna de tus balas, su nombre en ella, va a encontrar y ya no habrá, para él, más?

Sacarlo del anonimato, Nene.

Ponerle un nombre, el nombre tácitamente escrito en la bala que cargás en el Winchester afirmado entre el anca del caballo que les sirve de trinchera y tu hombro derecho. Darle una historia plausible: un pasado, futuros hipotéticos. Futuros que ya no serán, Nene, porque vos, con el Winchester afirmado entre el anca del cadáver del caballo detrás del cual estás atrincherado y tu hombro derecho, la cabeza apenas ladeada, el ojo izquierdo cerrado y los dientes que castañean por el miedo, entre el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallass, dispararás la bala que sesgue su vida.

Digamos, José Manuel, Nene.

Digamos, por comodidad narrativa, nacido en Gijón en el invierno de 1912. Hijo de una familia de mineros, minero él mismo.

Decidamos que entró a las Juventudes Comunistas en 1929.

¿Te parece bien que le adjudiquemos un amor adolescente, una chica de grandes ojos azules y pelo enrulado? ¿Que la llamemos Martina? ¿Que les adjudiquemos un primer beso una tarde cualquiera de agosto?

¿Que lo imaginemos, a José Manuel, apasionado por el ajedrez? ¿Qué lo construyamos con la mirada de su madre y la voz de su padre?

Podemos, por qué no, pensarlo en sus largas jornadas de trabajo en la mina, Nene, y después, cansado y sucio, con un cigarro de tabaco negro entre los dedos, llevarlo a intensas reuniones de célula o grupo de estudios. ¿Leyó José Manuel, en esas reuniones de estudio, *Historia de la Comuna de París* de Lissagaray o *Los bakuninistas en acción*, de Engels? ¿*Contribución a la historia del materialismo*, de Plejanov, *La doctrina económica* de Karl Marx, de Kautsky? ¿Discutió los vaivenes de los primeros años de la Revolución Bolchevique, como vos hasta 1930, año en que te separaste primero del Partido y después de la idea misma de Revolución, para reencontrarla, en una vida breve y feroz hace unos pocos meses, cuando llegaste a España y algo te arrasó? (Hagamos un alto: ¿qué es lo que te arrasó? ¿Qué pasó, qué te pasó, en España, Nene? ¿Para qué habías venido? ¿Para ser espalda de Mika, para entender la muerte de tu amigo Hipólito, sacar fotos para unos reportes bélicos que escribiría Blair — a quien ahora todos menos vos llaman el Inglés, o el camarada Eric — para enviarlos al *Birmingham News*? ¿Qué encontraste, Nene, acá en Barcelona, que te hizo olvidar tus planes periodísticos y te restituyó, de alguna manera y pese a las dudas, aquel temprano entusiasmo, el de los diez años que hubo entre la primera noche en una celda junto a Hipólito hablando del Tren Blindado y la Comuna y los últimos meses del '30, después de la que fue para vos la última ruptura de la millonésima versión del Partido? ¿Fue lo que encontraste en el mitin conjunto de

la FAI y el POUM, esa camaradería que tendría que forjar al hombre de la sociedad sin clases, y la voz profunda de Andreu Nin preguntando *qué es la dictadura del proletariado?* ¿Contestó a su propia pregunta Andreu Nin? ¿Recordás la voz profunda de Nin hablándole a los compañeros de la FAI, de la CNT, del POUM, los fusiles al hombro los compañeros, dispuestos a cantar sus canciones y a pelear hasta la muerte, dispuestos a que la revolución dejara de ser una promesa, una utopía improbable, una excusa, y se transformara en esto: en las calles en armas, la autogestión de los trabajadores y la solidaridad? ¿Contestó *que la dictadura del proletariado es la autoridad ejercida única y exclusivamente por la clase trabajadora, la anulación de todo derecho político y toda libertad para los representantes de las clases enemigas?* ¿Terminó por decir Andreu Nin, su voz profunda, *que si la dictadura del proletariado es esto, compañeros, yo os afirmo que hoy en Cataluña existe la dictadura del proletariado?* ¿Y fue esto lo que te arrasó? ¿O fue aquello que viste en las calles, más claro que en que las palabras de Nin en el mitin de banderas rojas y rojinegras, y que Blair definirá tan bien: *los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes de la máquina capitalista?*.)

Y volviendo ahora a José Manuel, ¿qué lo trajo a él — al tipo que del otro lado de las trincheras, entre el olor seco de la pólvora, el humo gris de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, dispara y espera que una bala que lleve su nombre y que quizá esté en la recámara de tu fusil hasta esta mañana de mayo en que, frente a la puerta de la Telefónica, intenta sacarle a tiros una fábrica al control obrero para restituirla a la Generalitat?

En un medio dominado por los anarquistas, el joven José Manuel, militante temprano de las Juventudes Comunistas, ¿dudó ante la propaganda ácrata que se repetía en Asturias tanto como en Buenos Aires: Krotpokin prohibido por la Tcheka (Policía política soviética), un régimen estatista, unipartidista y centralizado, el Ejército Negro de Makhno (Ejército anarquista de origen campesino dirigido por Héctor Makhno) destruido por el Ejército Rojo de Trotsky, los marinos de Kronstadt y campesinos ucranianos fusilados? ¿O insistió en que había que entender que la Revolución Soviética tuvo lugar en un país atrasado, que no podía construir el socialismo a solas y se encontró aislada por el fracaso de la revolución en Europa, que el país fue devastado por la guerra civil y, para peor, murió Lenin?

Vos solías preguntarte, Nene, ayudado por las ideas del camarada Federico, cómo podía afectar la muerte de un solo hombre, por extraordinario que fuese, a la organización del proletariado en armas si el germen de la burocracia no estaba ya ahí, instalado. Repetías, te repetías allá por 1930, que *lo único que nos queda por hacer entonces es rezarle a San Marx* —y había ironía y tristeza en tus palabras, esa cadencia tanguera de los porteños, una suerte de melancolía socarrona *para que las futuras revoluciones sucedan en países más desarrollados, no queden aisladas, sus líderes no mueran jóvenes y apopléjicos y las guerras civiles no sean devastadoras.*

Pero José Manuel, el minero asturiano militante de las Juventudes Comunistas, con la mirada de su madre y la voz de su padre, enamorado del ajedrez y de Martina, una muchacha de ojos azules y pelo enrulado a la que besó una tarde cualquiera de agosto, ese joven minero asturiano que

después de largas y extenuadoras jornadas de trabajo tenía reuniones de célula o grupos de estudio, ¿tuvo esas dudas? ¿O no tenía tiempo ni ganas de cuestionar a aquellos que sí habían hecho una Revolución?

¿Cuándo dejó de creer, si dejó de hacerlo, este hipotético pero cada vez más real José Manuel, que el sujeto histórico de la Revolución era la clase trabajadora, para creer que la edificación del socialismo dependía de las directivas de Stalin, el Gran Jefe Genial? ¿O estaba muy enfrascado en la construcción del Partido para debates sobre la construcción del socialismo soviético?

¿O estaba preparando, desde el primer día de su militancia, las condiciones para el levantamiento de los mineros asturianos de 1934? ¿Vio morir a compañeros suyos, en Asturias, en 1934? ¿Sintió, José Manuel, que podían ganar? ¿Pensó, en esas jornadas violentas y ardientes, en Martina, la muchacha de los ojos azules y el pelo enrulado a la que había besado por primera vez una tarde cualquiera de agosto? ¿En su madre? ¿En la partida que Rubinstein le ganó a Capablanca en el país vasco en 1911?

¿Cómo llegó hasta esta calurosa mañana de mayo frente al edificio de la Telefónica? ¿Será que en seguida de escapar de la prisión, donde estaba condenado a veinticinco años después de la gran huelga minera, el Partido lo mandó al frente catalán a luchar contra el franquismo? ¿Y después?

¿Cree José Manuel en la construcción del socialismo en países aislados? ¿En la revolución mundial? ¿Cree que el camarada Trotsky, el segundo al mando en el Octubre Rojo de Rusia, es un agente del fascismo? ¿Lo cree de los militantes del POUM, tipos que hasta ayer, en Lérida, en Huesca,

en esta misma Avenida Las Ramblas, eran sus camaradas? ¿Estuvo, pudo estar, a las órdenes del Capitán Di Liborio? ¿Escribió, en las paredes de Barcelona, José Manuel, *si coges a un fascista, deténlo, si coges a un trotskista mávalo?* ¿Lo leyó? ¿O cree simplemente que el Partido es el bien supremo, la vanguardia de la clase que tiene la razón histórica y si para que se haga con el poder hay que aplastar a unos cuantos trotskistas y exaltados, es un deber revolucionario hacerlo?

¿Querrá ahora, entre el humo y el olor seco de la pólvora, entre el nauseabundo aroma dulzón de la sangre y el hedor de los cadáveres, ya sea de caballos o de humanos, este José Manuel, contar al menos una vez su historia? ¿Pensará, mientras dispara y canta *La Internacional*, en Martina, la muchacha de los ojos azules y el pelo enrollado a la que besó por primera vez un atardecer de agosto? ¿En su madre? ¿En la partida que Rubinstein le ganó a Capablanca en el país vasco en 1911?

Ahora, Nene —el fusil afirmado entre tu hombro derecho y al anca negra del cadáver de uno de los caballos que les está sirviendo de trinchera— empezás a presentir a José Manuel, más allá del humo y el olor seco de la pólvora, del nauseabundo aroma dulzón de la sangre y el hedor de los cadáveres, más allá del miedo y el zumbido de las balas. Empezás a adivinar la voz del padre de José Manuel en su voz, una de las voces que desde el otro lado de los balazos les grita que se rindan y los insulta.

Bang.

Bang.

Bang.

Tac tac tac.

¿Por qué está ahí disparando José Manuel, Nene?
¿Por qué vos?

Alguien canta *La Internacional* en francés y te preguntás de qué lado estará.

Sentís, amarga como ginebra, espesa como sangre, la saliva en tu boca, que se cuele entre tus dientes que castañetan de miedo en esta calurosa mañana de mayo frente al edificio de la Telefónica, en la Avenida Las Ramblas.

Il n'est pas de sauveurs suprêmes:

Ni Dieu, ni César, ni tribun,

¡Producteurs, sauvons-nous nous-mêmes!

¡Décrétons le salut commun!

Ahora más que nunca querés decir tu historia: antes que la bala que lleva tu nombre te encuentre, pero también antes de que una de tu impreciso Winchester encuentre a José Manuel y te gane el silencio. Porque quien vivió esa feroz forma de felicidad que tuvo tu breve vida de estos últimos meses, aunque hoy castañeteen sus dientes entre el hedor del caballo muerto, el miedo y el río que le crece adentro como un animal herido y agonizante, tiene que ser honesto.

Hasta la crueldad.

XIV. Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre

Se sentó en su lugar preferido, cerca de la ventana y con el sol de final de la tarde derramándose sobre su mesa del Bar Ramos, en la esquina del Almagro Boxing Club, mientras esperaba que el Chueco terminara de entrenar.

Pensó en pedir una ginebra. O un pinal. Ginebra, mejor.

Desde una mesa colocada a un lado le llegaron los murmullos de una discusión. Se hablaba de El Partido. Así, con mayúscula. Reconoció las palabras pero también el tono, las miradas de los tres que discutían. Un tono que pretendía tener un algo de conspiración.

Pensó en la carta de Hipólito que había leído en aquella misma mesa, en la revista, en Mika, en Federico Sánchez.

Sonrió.

A ver.

1930.

Hacía un tiempo ya que el Nene había empezado a preguntarse si la revolución sería un monólogo repetido por un idiota lleno de ruido y de furia. No podía, por mucho que quisiera, entusiasmarse con el entusiasmo que había sentido al comienzo, con la revista *Insurrección*, ni con el de sus amigos Hipólito y Mika.

Quizá ya sea hora de contar algo acerca de Mika.

Mika Samuelson nació el 14 de marzo de 1902 en la colonia judía Moisés Baistoing, de la Provincia de Santa Fe. Sus padres, rusos judíos, llegaron a la Argentina huyendo

de los pogroms algunos años antes de su nacimiento. Al momento de su llegada, el padre consiguió trabajo enseñando idish en una pequeña colonia rural, cerca del río. Algunos años más tarde, la familia se trasladó a Rosario, donde instalaron un pequeño restaurante. Desde niña, Mika escuchó los relatos de los revolucionarios fugados de Siberia o de las cárceles rusas. No fue casualidad, entonces, que ya a los catorce años, mientras cursaba aún el colegio secundario, adhiriera a un grupo anarquista de esa ciudad y que luego, junto a otras militantes libertarias, integrara la Agrupación Femenina Luisa Michel. Al llegar a Buenos Aires, a fines del '18, con otras anarquistas ganadas por la revolución soviética, fundan al efímero Grupo Socialista Rosa Luxemburgo para después, al conocer a Hipólito, ingresar al grupo *Insurrección*. Políticamente, Mika estaba a la izquierda del resto del grupo, además siempre tenía, a través de contactos misteriosos, información de primera mano de los grupos opositores de la URSS. Sobre todo del de la Kollontai. Practicaba un feminismo de acción, estudiaba Odontología y tenía unos bellísimos ojos verdes. Casi de inmediato había unido su vida a la de Hipólito y se había mudado con ellos —el Chueco Bazán, Hipólito y el Nene, que ya formaban una mínima comunidad de hombres libres— a la casa de la calle Gascón.

El comienzo para el Nene, como dijimos, fue *Insurrección*.

Ahora bien, la revista *Insurrección* es hasta hoy apenas una confusa referencia en los libros de historia del movimiento estudiantil y pertenece más al orden del mito que al de la historia. Sin embargo no pasó inadvertida a sus contemporáneos. Incluso su nombre fue retomado por

otro grupo, poco más de diez años después. Este homenaje ayudó a hacer todavía más equívoca la historia. Y es que no faltan quienes confunden la primera *Insurrección*, el emprendimiento independiente, de carácter marxista libertario en el que participaron Mika, Hipólito y el Nene, con la segunda, un periódico del mismo nombre que fue vocero de la Juventud Comunista oficial, entre el '23 y '35.

Pero el espíritu de la primera *Insurrección* — en la que el Nene dio sus primeros pasos como activista político — se movía entre el comunismo anárquico y el marxismo libertario, donde entraba, incluso, y esto no era raro al calor de lecturas de textos de Lenin anteriores a Octubre como *El Estado y la Revolución*, un leninismo leído en clave antiparlamentaria y consejista. Era, de alguna manera, un área similar al espacio en el que se movía el tío del Nene cuando se dio la ruptura de *Pan y Libertad* y su posterior desaparición, tras la Semana Trágica de enero del '19. La revista *Insurrección* se movía, entonces, dentro de este arco, manteniendo vínculos con el recién creado PSI y con los terceristas del PS, tanto como con núcleos libertarios de corte marxista.

Lo cierto es que la experiencia duró menos de un año. Y entonces empezaron los partidos. O mejor, El Partido: una fracción, un cambio de nombre, luego otra fracción y entonces una ruptura y otra y otra, y al mismo tiempo otros partidos que se forman, se escinden, forman fracciones; partidos minúsculos que serían, siempre, El Partido.

Y el Nene empezó a preguntarse, allá por 1930, en una de las muchas divisiones, si la revolución no sería un monólogo repetido por un idiota. Y a contestarse: puede ser, puede ser.

A ver.

Hacia 1919, de una ruptura por izquierda del Partido Socialista, principalmente a causa de la posición ante la naciente Rusia Soviética, surge el Centro de Estudios Carlos Marx, que edita la revista *Adelante*, luego serán el Grupo Palabra Socialista — que después de vaivenes, escisiones y adhesiones varias — será el Partido Socialista Internacional (casi enseguida Partido Comunista).

Entonces: Partido Comunista Obrero.

Entonces: Partido Comunista Región Argentina (luego Partido Comunista Concentración Obrera).

Entonces: Comité Comunista de Oposición (más tarde Izquierda Comunista Argentina).

Entonces: Liga Comunista Internacionalista.

Y luego el entrismo en otra escisión del Partido Socialista, el Partido Socialista Obrero: la Fracción Marxista Revolucionaria.

Entonces: Partido Mundial de la Revolución Socialista.

Entonces: Grupo Obrero Revolucionario.

Entonces: Organización de Izquierda Revolucionaria.

Entonces: Liga Obrera Socialista.

Entonces: Liga Obrera Revolucionaria.

O sea: PS, CECM, GPS, PSI, PC, PCO, PCRA, PCCO, CCO, ICA, PS, PSO, FMR, PMRS, GOR, OIR, LOS, LOR.

Todo esto en poco más de una década.

¿Qué diferenciaba a estos grupos? ¿Qué los unía?
¿Qué discutían?

Pasados los años el Nene no sabrá decirlo, recordará apenas su hastío y su desazón y que, hacia 1930, el pro-

ceso de estalinización estaba en pleno auge en la URSS y en el PC oficial, el único de la izquierda con peso real en las masas, mientras los cientos de subgrupos —que publicaban periódicos llamados *Voz Proletaria*, *Adelante*, *La Chispa*, *Tribuna Leninista*, *La Verdad*, *La Internacional*, *Frente Proletario*— debatían nimiedades y problemas personales e insistían en ser más ortodoxos, más aferrados al libretto, en cuestionar cada vez menos las ideas y los métodos. En cualquier tema, en todos los temas, la palabra clave era principismo. Por ejemplo: la construcción partidaria. Incluso aquellos que venían del anarquismo o de la escuela de Luxemburgo, Pannekoek o Porter, no hacían más que replicar el formato bolchevique de partido, como único camino a la revolución.

Único. Ya se sabe: el Proletariado, su Vanguardia conciente y el Partido.

Una cuestión de principismo, decían.

Y a nadie se le ocurría pensar (so pena de ser acusado de revisar el marxismo, como si esto no fuera el sino del marxismo y de todo el pensamiento revolucionario) que, acaso, aún cuando un partido de militantes profesionales y fuertemente centralizado hubiera sido funcional en Rusia, esto no tenía por qué ser así en todos los momentos o en todos los lugares, o más todavía, que el aporte de Lenin, más importante en lo táctico que en lo estratégico, fuera un cuerpo doctrinario heterogéneo e, incluso, parcialmente contradictorio, con grandes aciertos pero también con momentos de un pragmatismo cuanto menos excesivo.

O a casi nadie.

En aquella última ruptura, entre el hastío y las frases e ideas repetidas, hubo una voz disonante, una voz que le

dio al Nene los argumentos que le faltaban, los que él no podía encontrar, para los repetidos fracasos, las rupturas inútiles, la incomodidad que sentía en el cuerpo y no podía explicar ante el centralismo democrático, tan centralista siempre, tan raramente democrático. La voz de Federico Sánchez, un camarada español que venía de la revista *Centro de Estudios Carlos Marx*, donde había sido compañero del tío del Nene.

Los partidos comunistas no sirven para nada, dijo, ninguno de ellos, cualquiera sea el nombre que les pongamos. Esa forma de organización no sirve para lograr aquello para lo que fue creada: ni para tomar el poder ni para avanzar en la construcción de la sociedad sin clases.

Por supuesto hubo gritos, insultos.

Y qué tiene para decir el camarada de la Revolución Rusa; única revolución triunfante en el mundo, le recordamos, le contestó con sorna uno de los dirigentes de aquella versión de El Partido.

En ese caso, compañeros, tampoco, respondió Federico, tranquilo, doblemente seguro: seguro de lo que iba a decir y de que no estaba siendo escuchado.

¿Qué es lo primero que hizo Lenin, en abril de 1917, al llegar a Petrogrado?, preguntó, y sin dar tiempo a que lo interrumpieran, contestó, lo primero que hizo fue dismantelar la que había sido su estrategia, la concepción de las diversas fases de la revolución, y la estructura orgánica misma del partido, esa estructura que ustedes pretenden ahora copiar y que era dirigida por un puñado de viejos bolcheviques. El ingreso de Trotsky y de su grupo en los puestos de máxima responsabilidad en el Partido es el símbolo de la nueva visión leninista. De hecho, el

tipo de partido que preparó en aquellos meses la conquista del poder, estaba en las antípodas del partido de revolucionarios profesionales, férreamente cohesionado que Lenin había defendido con intransigencia despiadada. El que se lanzó a la conquista del poder era un partido de debates permanentes, de enfrentamientos teóricos, de tendencias y hasta de fracciones. Las mismas que ahora, acá, no aceptamos en nombre del leninismo. Un partido donde la libertad de expresión brillaba. Y es que lo decisivo eran las masas, su movimiento ascendente en la ciudad, en el campo y en los frentes de la guerra imperialista. Que se sepa, la consigna del momento era todo el poder a los soviets y no todo el poder al partido bolchevique, porque con esta última consigna no hubiera habido ninguna revolución. Y es que el germen de universalidad que había en la Revolución Rusa se localizaba precisamente en ese tipo de vinculación de la vanguardia con las masas, el germen de universalidad residía en las formas soviéticas de un poder de nuevo tipo. Cuando el Partido dejó de ser eso, cuando comenzó a devorar el tejido social, a homogeneizar todas las formas de vida social en función de una concepción despótica de la hegemonía; cuando el partido destruyó el pluralismo y liquidó las formas de poder de los consejos y la autonomía de la clase, cuando se volvió, en definitiva, al viejo formato leninista de partido; entonces, y no después, la Revolución Rusa se transformó en el embrión de lo que ahora conocemos como estalinismo.

Hubo insultos, abucheos. Las dos fracciones que estaban enfrentadas, en lo único que coincidieron fue en repudiar a Federico. El Nene, acaso el único que lo haya escuchado aquel día, lo vio irse: la gorra bajo el brazo, la mirada limpia y azul, el pelo despeinado y sudoroso sobre la frente llena de arrugas, vio como se volvía hacia los demás e in-

tentaba una última frase, que tampoco iba a ser escuchada. Y aunque al Nene no lo terminaban de convencer sus argumentos, le parecían más atendibles que las discusiones banales entre aquellos grupos insignificantes con nombres grandilocuentes. Por eso, con la realidad política argentina en pleno periodo de reacción y los grupos de izquierda revolucionaria autofagocitándose, para cuando recibió la primera carta de Mika e Hipólito desde la Patagonia, donde se habían ido a vivir un tiempo, la vida militante del Nene ya casi había terminado.

Era hora de otras cosas y el futuro seguía abierto como un interrogante.

Esta tierra es una tentación muy grande, Nene, paisajes bravíos, solitarios, entre los vientos de la costa y las quietudes de la Cordillera, tierras de aventura, con la posibilidad de la fortuna fácil al cabo de tres o cuatro años de trabajo y una existencia vasta, sin trabas, junto a seres que parecen salidos de un libro de Jack London (el Chueco tendría que ver esto); da ganas de olvidarse de todo y quedarse acá. Pero nuestro destino, el que hemos elegido, es otro, así que aquí estamos, ganando conocimientos militares, estudiando mucho y trabajando arduamente, creemos que con lo que vamos a ganar en una temporada más nos va a alcanzar para llegar a Europa, donde hay organizaciones obreras mucho más sólidas y la Revolución sólo depende de darnos la política correcta, había escrito Hipólito en aquella carta que el Nene leyó sentado en la misma mesa del Ramos, cerca de la ventana y con el sol de final de la tarde derramándose sobre él, en la que ahora escuchaba la conversación de los tres conspiradores de la mesa de a lado.

El Nene, que tomaba cerca de dos litros de café diarios, se calzaba los protectores y guanteaba tres o cuatro asaltos con el Chueco o algún otro de los muchachos del Almagro Boxing Club —había tenido su mejor *performance* una tarde en la que no sólo le aguantó los cuatro asaltos al aficionado estrella del Almagro, Pepe Roldán, sino que, en el segundo, con un rotundo gancho de izquierda, lo hizo apoyar la rodilla derecha en la lona y se sintió, por un instante, Jack Dempsey —; pidió otra ginebra —la última prescripción médica que le faltaba romper, el alcohol— y pensó que debía ir a la imprenta a terminar el trabajo que había que entregar el lunes. Pensó que esa noche, si lo convencía al Chueco, podían hacerse una escapada hasta La Cachila, donde siempre era posible encontrar variedad de mujeres.

El mozo se acercó con la ginebra.

Lo dicho: era hora de otras cosas y el futuro seguía abierto como un interrogante. Todo era posible. La música, la fotografía, el boxeo, el periodismo, los viajes; todo.

Miró la hora.

Había tiempo, mucho tiempo.

XV. Y no haya más

¿Acaso no fue Marx quien escribió que es como si todos los hechos ocurrieran dos veces: primero, como tragedia; luego, como farsa?

No es de extrañar, entonces, que la imagen en la que estás metido ahora, entre el humo y el olor seco de la pólvora, el nauseabundo aroma dulzón de la sangre y el hedor del cadáver del caballo que les sirve de trinchera, parezca una repetición de otra imagen.

Un duplicado impreciso. La transcripción de un texto borroneado y confuso, Nene. Una réplica en colores inasibles. Indescifrables. Vagos. Una copia inexacta pero rebelde que quiere ganar fuerza de autenticidad, que rasguña las membranas de lo verosímil para aparentar estar aquí, ahora, ante nuestros ojos por primera vez.

Está todo: los caballos muertos sirviendo de trinchera en una calle de Barcelona, los milicianos apostados detrás, con los fusiles afirmados en el hombro, con camisetas sudorosas y cartucheras de pistola al cinto.

Aunque ustedes forman un grupo menos homogéneo, con la desmesurada altura delgada de Blair, el pelo hirsuto de Casanova y tu gorra de lana metida hasta las orejas. Hay un algo menos marcial en sus fusiles, en sus posiciones. Una sombra de resignación en sus rostros cansados, entre el humo de la pólvora y el estruendo de las balas. Y es sólo uno el caballo tras el cual están atrincherados.

La fotografía, la imagen original, salió, si no me equivoco, en la tapa del *New York Times* hace varios meses, bajo el título de “War in Spain”.

El fotógrafo, Centelles, capturó el momento: las miradas de los tres fijadas en las miras de los fusiles, apuntando al enemigo que está más allá, tras el cadáver de otros caballos que también fueron bellos y negros, en una calurosa mañana de Barcelona. De la Barcelona antifascista y revolucionaria. ¿Qué le amputaron a la Barcelona revolucionaria en este año, menos que un año? ¿Quién la amputó? ¿Qué es una amputación, Nene? ¿Un aborto, un parto, un orgasmo? ¿Qué es una revolución?

¿Y dónde estarán ahora los tres milicianos de la foto que sacó hace poco más de un año Agustí Centelles? ¿Dispararán de tu lado o del de enfrente?

Tus dientes golpean porque estás temblando de odio, de asco, de miedo. Sí, tu cabeza ni se mueve, como pasó las primeras veces que te dispararon, por cerca que pasen las balas, por más que sientas el estruendo cuando el percutor les encuentra el culo, el chasquido cuando penetran la carne muerta del caballo detrás del cual estás atrincherado, el zumbido que promete muerte, pero temblás de miedo y tus dientes tiritan como si estuvieras cagado de frío en esta calurosa mañana de mayo, acá en la Avenida las Ramblas, frente al edificio de la Telefónica, en Barcelona.

¿La Barcelona revolucionaria?

¿La Barcelona del proletariado en armas?

¿La Barcelona amputada?

Tac tac tac.

Bang.

Bang.

Bang.

¿Cómo es el sonido de un cráneo cuando la bala que llevaba su nombre escrito lo encuentra? Crack. ¿Ahoga el grito, el bramido último, ese crujido que produce el impacto de la bala contra el hueso? Ough. ¿Cuánta sangre salpica un disparo de Mauser en el medio de un rostro? ¿Qué tanto se mueve el cuerpo de un tipo cuando su frente se encuentra con la bala que lleva escrito su nombre?

Un tipo, digamos, que dispara al lado tuyo, digamos separado apenas por unos metros. Un tipo que acaba de compartir, con vos un cigarrillo y que ha vuelto arrastrándose a su trinchera de adoquines. Un tipo que era militante de Los Amigos de Durruti. Un tipo llamado Marcial —el nombre en la bala— para el que ya no habrá más. No más miedo, ni olor a pólvora y sangre, ni triunfo de la reacción o Revolución Social. Ni nada.

Un animal herido y agonizante.

Nada.

El eco de los disparos, el estruendo de las explosiones y el tableteo de las metrallass.

Una mañana calurosa de mayo.

Un río que rompe el dique de los espíritus.

El nauseabundo aroma dulzón de la sangre se hace más fuerte a tu alrededor.

Y, dentro tuyo, todo empieza a oler a mierda.

XVII. Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre (cuenta el Chueco Bazán)

Puedo verlo como si fuera hoy.

Gruesas gotas de sudor, gordas, espesas, saladas las gotas de sudor que me corren — recorren — la frente, el pecho, la entrepierna, la espalda. Golpeo con entusiasmo en la zona hepática de mi rival que me busca la cabeza.

Pof, pof, suena el acolchado de los guantes contra el acolchado de los protectores y el entrenador nos grita que no nos trencemos, que golpeemos y salgamos, que no dejemos de mover las piernas.

Pof, pof.

Pof.

Golpea saliendo mi rival, un muchacho tucumano bajito y macizo que pega como si me odiara. Respiro profundo, doy un paso al costado, largo un *jab* de izquierda, pof, y me pregunto cómo serán los golpes del tucumano cuando la cosa es en serio, si golpea así mientras entrena.

Busca y busca el muchacho tucumano, aunque ahora empieza a ser menos efectivo. El entrenador le indica que regule un poco el aire o se va a quedar sin resto y va a errar demasiados golpes o estos van a llegar sin fuerza. Yo respiro trabajosamente, rogando que aquello pase, y lanzo una combinación *jab-recto-gancho-upper*.

Pof, pof, pof, pof.

Tiempo, grita el entrenador.

Mientras el tucumano se queda de pie, recuperando la respiración, apoyado contra las cuerdas, me acerco a uno de los rincones a buscar agua.

El entrenador me dice que quiere presentarme a alguien que tiene una oferta para mí. Asiento con la cabeza y pienso que cualquier propuesta tiene que ser una buena propuesta, mi récord no es muy bueno —doce ganadas, siete perdidas, seis de éstas por descalificación— y mi sueño de triunfar en el boxeo grande se desinfla como el neumático de un auto abandonado.

El tipo que tiene una oferta para mí es alto y gordo. Lleva camisa negra, corbata gris y un sombrero de cuero que le queda pequeño sobre la cabeza inmensa. Cada mano del tipo de la oferta debe pesar cinco kilos, calculo. En un dedo de la mano izquierda de peso exagerado, brilla un anillo de oro y rubíes.

El Nene, que entrena en la bolsa en un rincón, me mira haciendo un poco más lento el ritmo de sus golpes y con un leve arqueado de ceja me pregunta si todo está bien. Cierro apenas mis ojos como respuesta: sí, todo en orden.

Cuántos años tiene, pibe, me pregunta el tipo alto y gordo. Veintiséis.

Muy bien, veintiséis, y el pescado sin vender. Bien. Yo soy Camilo Lucciani, Don Camilo, me puede decir. Manejo una casa de bare-knuckle fights. ¿Sabe qué es eso?

No.

Es boxeo sin guantes, a puño limpio, regido según las antiguas reglas del London Prize Ring. Yo lo he visto pelear, pibe, y usted no tiene ninguna oportunidad en el boxeo profesional. Es demasiado dure, demasiado rudo, capishe. Lo que le propongo

es que venga a pelear al verdadero boxeo: sin mariconadas, sin guantes, sin descalificaciones absurdas. Sin boludeces, pibe.

Apenas recuperando mi ritmo respiratorio, sigo con atención las palabras de Don Camilo. Sé que en casi todas las peleas que perdí me descalificaron por excesos en los golpes o por golpes antirreglamentarios. Sé que no me estoy volviendo más joven y que se me acaban las oportunidades. Pero no puedo dejar de pensar en cómo se sentirán los golpes del tucumano — pof, pof — sin aquellos guantes.

Crak, crak, pienso con una mueca de dolor en el espíritu pero, espero, sin un gesto en el rostro cansado.

Se nota que le gusta boxear, y tiene coglione, pibe, sigue diciendo Don Camilo, le ofrezco un espacio en el que podrá pelear, ganar y hacer buen dinero.

No sé, Señor Lucciani...

A ver, hagamos una cosa, contesta automáticamente Don Camilo, como si desde un primer momento hubiera contado con que yo iba a dudar, esta noche venga a mi local, mire algunas peleas, y fíjese si puede y quiere hacerlo. ¿De acuerdo, pibe? Y traiga a su amigo si quiere, me dice señalando al Nene con un gesto de cabeza, como para demostrarme que está atento a todo.

Entonces saca un papel y anota una dirección, una contraseña — como puede imaginarse estas peleas no son del todo legales, dice — y abajo escribe una cifra.

Eso es aproximadamente lo que estaría ganando por velada, agrega.

Cerca de las diez de la noche entramos al local de Don Camilo. Un largo pasillo separa el billar que sirve de pantalla del galpón en el que está instalado el ring. Justo en el

momento en que llegamos sucede primer el nocaut de la noche y la fascinación es inmediata.

Bienvenidos, muchachos, grita Don Camilo Lucciani cuando nos ve. *Pídanle un trago a Marcos y díganle que lo cargue en mi cuenta.*

Pido una cerveza, el Nene un vaso de whisky.

Habrán tres peleas, los boxeadores — casi todos ex marineros enganchados por alguna razón en el puerto de Buenos Aires; italianos, polacos, vascos e irlandeses — tienen las caras llenas de marcas y los puños abollados de golpear sobre el hueso.

La lucha estelar de aquella velada es entre dos muchachos curtidos, ásperos ambos. Uno de ellos, al que llaman Lako, tiene la cabeza rapada, el párpado del ojo izquierdo cerrado hasta casi la mitad y, se dice, es ciego de ese lado. Hijo de polacos, vive en Barracas.

En la espalda del otro, Milton — un tipo enorme, cascado y con larguísimos brazos de mono — un tatuaje de una cruz en llamas con la inscripción *Jesus Christ & Irish Pride* cubre las heridas de una quemadura. Cada uno debe pesar noventa y tantos kilos. La pelea durará veintiún rounds, Milton buscando constantemente la cabeza, tirando unos puñetazos criminales y dando luego un paso atrás para recuperar el aire y la distancia, Lako tratando de meterse en el cuerpo a cuerpo, acortar las distancias y machucarle la zona baja.

El griterío del centenar de apostadores reunidos en el garito de don Camilo no alcanza para tapar el quejido y el ruido de peso muerto del cuerpo de Milton cuando, en el vigésimo primer round, la zurda de Lako le llega de

llo con un gancho al hígado y luego tres rectos al rostro (el tercero, que pasa rozándolo, en realidad es un codazo) terminan la faena. El grandote Milton cae como una bolsa de papas y hay un breve silencio. Después empiezan a cobrarse las apuestas y los dos boxeadores — uno caminando con dificultad y con la cara ensangrentada llena de magulladuras, el otro arrastrado por dos tipos de seguridad — dejan el *ring*.

El parvulario pugilismo profesional argentino nos parece, al Nene y a mí, un juego de niñas al lado de estas peleas francas y bestiales.

No irás a hacer esto, ¿no?, pregunta entre asustado y entusiasmado el Nene.

Todo el miedo que había sentido a la tarde cuando Don Camilo me hizo la propuesta ha desaparecido. Siento que la sangre me recorre el cuerpo acelerada y los puños me tiemblan de ansiedad. Tomo el vaso de cerveza que me había dado el tal Marcos y contesto *claro que sí*.

Así, unas semanas después comienzo pelear para Don Camilo y el Nene a levantar apuestas.

Si va a estar ahí parado sin apostar nada, al menos trabaje un poco, le dirá Don Camilo al Nene la noche de mi segunda pelea en el local detrás del billar, *de esa manera los dos ganamos algo: yo no tengo un vago dando vueltas y usted puede ver todas las peleas que quiera, hacer algo de dinero y acompañar a su amigo por si algo pasa*.

Y algo pasó.

Durante meses ésa fue nuestra rutina: peleas, que ganaba mayoritariamente, apuestas, unas cuantas cervezas a cuenta de Don Camilo, ir a la Cachila a escuchar al sexteto

de Julio de Caro, con los mágicos bandoneones de Los Dos Pedros, Maffia y Laurenz, o al Ramos a jugar al ajedrez.

Hasta la noche fatídica.

No hay mucho para contar.

Estaba peleando al Negro Tino. Era el *round* diecinueve y los brazos casi no me respondían, supuse que si intentaba un golpe cruzado podía engancharlo cerca de la mandíbula y ponerlo culo para arriba.

No fue así.

Avancé desguarecido y Tino dio el paso atrás a tiempo, no tuvo más que levantar el brazo para engancharme de lleno en la cara. Por desgracia él también estaba muy cansado y no terminó de cerrar bien la mano: su pulgar entró de lleno en mi ojo izquierdo. Resultado: Tino se quebró el pulgar y mi ojo explotó como una gota de lluvia contra el empedrado.

De todas las cosas puedo olvidarme, me escribirá después, mucho después, el Nene, menos de tu grito el día que te reventaron el ojo: no hay desmemoria que pueda matar ese recuerdo.

Pero esa tragedia nos salvó la vida a los dos: unas semanas después una cuantiosa balacera terminó con el local y la vida de Camilo Lucciani. Y de todos los demás que estaban allí.

Deudas con la mafia, se dijo.

Al poco tiempo, después de las tres peleas como *amateur* que hizo el Nene, en las que estuve en su rincón y en la tercera de las cuales después de que terminó en el hospital con convulsiones, hubo que declarar su temprana enfermedad y le retiraron la licencia, decidí irme de viaje a buscar material para escribir un libro, con un parche en el ojo. El

Nene, que ya no la usaba, vendió la vieja imprentita para pagar la primera parte del viaje y nos despedimos en el puerto.

Era agosto de 1931.

Un par de años después el Nene también dejó Buenos Aires rumbo a Nueva York, donde casi nos cruzamos. Su vida ya era un desastre y lo habían amenazado de muerte por un quilombo con una putita polaca. Creo que viajó con Lobo, un fotógrafo amigo nuestro que trabajaba en la revista *Nocaut*, que era un gran tipo, aunque le tiraban demasiado las polleras.

Lo cierto es que yo seguí viajando por algunos años y el Nene también.

Para que volviéramos a vernos faltaba mucho, mucho tiempo.

XVII. La vida breve y feroz del Nene Echeverría

El contacto lo hicimos en el mitin del Gran Price en el que Nin llamó a la unidad de los anarquistas y los poumistas. Había militantes de distintas partes de Europa, tanto de grupos afines a la CNT —grupos anarquistas de Italia, Francia, los países nórdicos, Polonia y el oeste de Rusia— como al POUM, como la Izquierda Socialista del Partido Socialista francés que dirigía la Federación del Sena, el Partido Laborista Independiente de Inglaterra, el Partido Socialista Obrero Revolucionario de Holanda; el Partido Socialista de Suecia, el Partido Socialista Obrero alemán y el Partido Socialista Maximalista italiano.

Con los compañeros anarquistas hoy puede haber un acuerdo perfecto, dijo.

Blair todavía llevaba su cuaderno de notas y yo la Leika que me habría regalado Tina, serían nuestros últimos gestos periodísticos. ¿Cuánto pasó hasta que ingresamos en los Cuarteles Lenin? ¿Cuánto hasta que comenzó nuestro entrenamiento militar? ¿Se puede llamar entrenamiento militar a la casi absoluta ausencia de armas y de conocimientos? ¿A los partidos de fútbol entre equipos de veinte o veinticinco jugadores?

Blair que era bastante hábil pese a su altura excesiva, jugaba, lo que se podía en esos partidos superpoblados y salvajes, de delantero. Yo, en el fondo, de defensa, bien cerca del arco. Eran un espectáculo aquellos partidos jugados sobre el césped de la escuela de equitación, con las mochilas

formando los arcos y la cincuentena de milicianos corriendo en rebaño, con las pesadas botas de combate, detrás de una pelota semi-ovalada que picaba caprichosamente. Pese a todo era un buen ejercicio, estimulaba la camaradería y ayudaba a no pensar en que estábamos sin entrenamiento ni armas mientras allá afuera había una guerra en marcha.

Fueron dos largos meses hasta que aquello que en el Cuartel Lenin insistían en llamar entrenamiento militar terminó, pero fueron los dos meses de la transformación, los sesenta y pico de días en los que se gestó la feliz forma de ferocidad de aquella nueva vida, una vida que suponía sería breve como los días de Hipólito en España: podía imaginar, entonces, el estruendo del obús que terminaría con mis días como Miguel Echeverría. Y sin embargo, algo en el aire, algo de la dignidad que se respiraba en los Cuarteles Lenin, que se sentía desde el saludo, en el cual, como en toda Barcelona, *el salud* había reemplazado al burgués *buenas tardes*, que se respiraba en el trato entre los camaradas, en las órdenes discutidas a la oficialidad, en el rabioso entusiasmo con el que simulábamos que aquello — las explicaciones superficiales sobre los rudimentos más básicos, los peligrosísimos e improvisados modelos de granadas case-ras, que era más probable que te dejaran sin una pierna que destruyeran una posición enemiga, los fusiles defectuosos, las municiones escasas, las ametralladoras inexistentes — era un entrenamiento militar si no perfecto, al menos suficiente para ganar la guerra, para hacer la revolución. Algún tiempo después Blair — que ya no será Blair pero tampoco el camarada Eric o El Inglés, que tendrá otro nombre y otro apellido escribirá que: *dentro de las milicias se intentó crear*

una especie de modelo provisional de la sociedad sin clases. Desde luego no existía una perfecta igualdad, pero era lo más aproximado a ella que yo había conocido o me hubiera parecido concebible en tiempo de guerra. Y eso, exactamente, es lo que el que yo era entonces sentía: el entusiasmo de pensar que si la revolución que había soñado en un caluroso verano porteño de 1919 era posible en algún lado, era allí, con esa gente que desafiaba locamente al peligro y cantaba. Y que si no se llegaba a ganar, era una buena derrota en la que dejar lo mejor de uno, lo que hiciera falta: dos dedos de tu pie, un pedazo de alma, a tu mejor amigo, la vida.

XIX. Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre

Digamos que son las seis de la tarde y hace un calor sofocante en la toda la ciudad de Buenos Aires, en todo el barrio de Almagro. Y también en la cama del Nene que se ahoga y da vueltas entre las sábanas arrugadas.

Los rayos del sol, amarillentos y grisáceos, y una brisa que no es tal, que es un soplo de calor, el aliento fétido de una fiera sobre su rostro, se cuelan entre las cortinas e iluminan la penumbra pegajosa de la habitación.

De un lado de la cama una botella de whisky por la mitad y una guitarra de afinación dudosa. Del otro, la mesa de luz. Sobre la mesa de luz un reloj, otra botella de whisky empezada, dos libros abiertos en una página cualquiera. Más allá, un camino de ropa desordenada cubre la distancia entre la cama y la mesa. En la mesa platos sucios, una cámara fotográfica, una máquina de escribir Densmore, unas cuantas botellas vacías, papeles. A un lado el combinado musical y sobre éste pilas de discos, de libros, de fotografías; un tablero de ajedrez.

Y papeles, papeles y más papeles. Papeles con bitácoras que le permiten seguir, guías que le recuerdan qué hacer o dónde ir, una agenda multiforme y viva de papeles repartidos por todos lados en ese cuarto que se despereza en los rayos amarillentos y grisáceos de un atardecer caluroso de noviembre que cubre todo el barrio de Almagro y también su cama.

Los ronquidos sordos del Nene se van transformando lentamente en quejido. Se le desvanece de a poco el sueño y, malhumorado, presiente antes incluso de terminar de despertarse, el habitual dolor de cabeza del día siguiente.

Todos los días son el día siguiente, piensa.

Estira el brazo y alcanza la botella de whisky que descansa a un lado de la cama y toma un trago largo, uno de esos tragos a los que Buster Keaton llamaba abreojos.

Un trago para despertar, piensa, al día siguiente.

Después intenta alcanzar el reloj de la mesa de luz.

Sólo entonces descubre a la chica a su lado. La mira con más tedio que sorpresa y se pregunta de quién será la espalda larga y flaca de piel oscura cubierta por el largo pelo renegrado que cae y que oculta también la cara. Cómo será la cara oculta tras el pelo, se pregunta.

El Nene se incorpora de la cama protestando con el tono gutural que le deja siempre la resaca de whisky y tabaco.

La chica se despierta y lo escucha, atenta y divertida. La entretiene el mal humor del Nene, lo aguardentoso de su voz.

Tiene un rostro vulgar, la chica, piensa el Nene, como si hubiera sido hecho apuradamente y, aun sin llegar a ser feo, las partes no logran armonizar. Busca una palabra para definirlo pero hay demasiado calor, demasiado dolor de cabeza del día siguiente y el recuerdo, como un golpe, de que debe terminar tres artículos para entregarlos en *El Heraldo* mañana y está en blanco.

Y cansado.

De alguna manera es ridículo sentirse tan cansado a los 27 años piensa, sabe. Pero así se siente, cansado y sin

rumbo, ajeno en todas partes, lleno de entusiasmos pasajeros que no lo completan y sin llegar a dar nunca el tono.

Nada.

Siente la nada como podría sentirse una ráfaga de aire cálido, de manera vaga pero indudable.

La espalda de piel oscura parece más delgada aun, ahora que la chica se despereza. Debe tener, o eso parece, poco más de veinte años. Los ojos son tan negros como el pelo, y el rostro mal terminado está cruzado por una boca delgada y larga.

Buenos días, dice sonriendo. Le faltan tres o cuatro dientes y los que permanecen allí tienen un áspero marrón tabaco.

El Nene piensa cuánto le gustaría estar solo. Necesita que se vaya, necesita estar solo, necesita pensar.

Tengo que ponerme a trabajar, dice.

La chica se despereza y se sienta en la cama. Con un rodete recoge el pelo sobre su cabeza, y en ese movimiento muestra los pechos pequeños, los pezones oscuros, amaratados. Tiene un enmarañado pelambre en las axilas y huele, ligeramente, a arándanos y almendras tostadas.

El Nene la mira tratando de recordar el nombre o al menos de dónde la sacó mientras prende un cigarrillo, le ofrece uno para ganar tiempo y apura el segundo trago de la mañana. Va por el tercero cuando se da por vencido.

Su memoria, le avisaron hace años y no hizo caso, falla más y más cada día, como un dispositivo arruinado escondido en un aparato obsoleto: primero fueron fragmentos de cosas sucedidas mucho tiempo atrás que se desvanecían de los archivos de sus recuerdos. Ahora, desde hace algún

tiempo, cada vez que toma un poco de más, —lo que pasa bastante a menudo— extravía sucesos de pocas horas de antigüedad, hechos recién nacidos, recuerdos nonatos. Y no hay nada: ni lugares ni personas ni mierda de perro.

Se pone los pantalones que encuentra a los pies de la cama y busca en el bolsillo trasero. Encuentra, con alivio, que la billetera está ahí. Después dentro de su zapato la Beretta: todo está en orden.

Cree recordar que estuvo en el Ramos, que tocó la orquesta de Tito Astolfi, que jugó al ajedrez y al pase inglés, que ganó algo de dinero y bebió bastante. No mucho más.

Ese Astolfi sí que es un bandoneonista, eh..., comenta mientras larga una bocanada de humo azul y gris.

La chica desde la cama lo mira con curiosidad y pregunta de qué habla.

Bien, piensa el Nene, no es de ahí que la traje.

Nada, nada, contesta.

Con la botella de whisky en una mano, una camisa en la otra y el cigarrillo colgando de los labios, sale del cuarto dejando la puerta abierta, mientras, más allá de la ventana, el calor de las seis y pico de un atardecer de noviembre deja caer las primeras gotas de una lluvia aliviadora.

¿Café?, pregunta desde la cocina, la botella de whisky en la mano, buscando entre las cacerolas y los platos sucios un vaso —no le gusta beber directamente del pico— y cuando encuentra uno y se da vuelta, la chica, a la que ve por el marco de la puerta, ya tiene puesto un vestido amarillo y se maquilla frente a la ventana, que cerró con las primeras gotas.

Ni un espejo tenés, che, cómo se nota que no vivís con una mina.

No, contesta, el Nene.

Para qué podría querer un tipo como yo un espejo, piensa. O una mujer.

Le hubiese gustado tener un plan, una cosa a la que aferrarse, sin ironías ni sonrisas socarronas de porteño compadrito. Como Hipólito y Mika, consagrados a la causa de la revolución proletaria, pese a los reveses. O como El Chueco, que después del desastre de su ojo no se rindió y anda ahora empecinado en viajar por el mundo, probando bebidas, aprendiendo métodos de combate y tratando de escribir sobre eso.

¿En cambio qué hace él? Militó por más de diez años y nunca llegó a saber si por convicción o por costumbre, y el desgaste lo dejó aburrido y distante de la que fuera su causa. Quiso, aunque sabía que no podría, ser boxeador, y los médicos lo dejaron afuera. Pensó en ser músico, como su madre, pero ofende algunos tangos en una guitarra siempre mal afinada.

No hay nada.

Ni siquiera el amor, piensa.

Cuando conoció a Raquel supuso que sería como Mika e Hipólito. Ella, una bellísima pelirroja amiga de Mika, unos años más grande que él, se había quedado una noche en la casa de la calle Gascón y, después de la cena se había metido en su cama. Con ella el Nene probó, en los meses sucesivos, las mieles del sexo, el descubrimiento de la fotografía y las amarguras del primer desengaño amoroso. Un dolor que se le derramaba como una herida hacia adentro. Desde entonces las mujeres no son más que cuerpos, calores, humedades; sorpresas que encuentra al

despertarse, a veces bellas muchachas de pelos dorados o renegridos, a veces, como hoy, chicas desangeladas sin atractivo ni nombre.

Nada.

Lo mismo con el trabajo. Intentó con la imprenta, después con cientos de trabajos ocasionales: mozo, obrero de la construcción, camionero, vendedor de joyería, de manteles, de radios importadas. Y así.

Nada.

Aunque ahora, hace unos meses, consiguió unos trabajos que disfruta. Es cronista de la revista *Nocaut*, que sale una vez por mes con toda la información del boxeo local. Y también trabaja en *El Heraldo*, de fotógrafo y cronista en la sección de policiales.

Dos periodistas al precio de uno, le gusta decir.

De alguna manera, a través del periodismo, logró unir algunas de las cosas que más le gustan: la escritura, el mundo de la acción, la fotografía y, por supuesto, el boxeo. Y las mujeres, claro. Mujeres. Un desfile de mujeres intercambiables con las que se acuesta cada noche, mujeres jóvenes, alternadoras o aspirantes a actrices casi siempre, que pululan por los cafetines donde la flor y nata de la bohemia porteña discute, entre el humo de los cigarrillos y los vasos de pernod o de whisky, con las orquestas de tango sonando de fondo, quién será el retador del Toro Casares o el último afano que hizo la banda de Peralta. Es que —para todos aquellos que no son pugilistas, que no tienen la obligación de entrenar, cuidar la forma física y mental, levantarse temprano, salir a correr y después ir a saltar a la cuerda y golpear duro la bolsa y los *sparrings*— el universo del boxeo es, como el del crimen, un universo nocturno.

Tengo que ponerme a trabajar, repite el Nene, impaciente, la botella en una mano, un vaso no tan limpio en la otra. La chica de pelo negro y pocos dientes termina de arreglarse frente a la ventana, detrás de la cual caen gruesas gotas.

Bueno, llamáme, dice.

Después lo besa y se va.

Cómo carajo se llamará esta piba, se pregunta el Nene mientras se sirve whisky en el vaso no tan limpio. Busca la palabra que la defina, nuevamente, y piensa: vulgar. Le agrega dos hielos al whisky y se acerca hasta el combinado. Pone el disco *Vieja viola*, del Mudo, prende otro cigarrillo y va a sentarse frente a la Densmore.

Pone una hoja en el rodillo y gira dos veces. Truena sus dedos.

Tengo que ponerme a trabajar, se repite, ahora a sí mismo, sin la excusa de la presencia de la chica desconocida.

Y ahora, en esta tarde de noviembre que la lluvia le ganó al calor, sentado frente a la máquina de escribir, sabe que tiene que terminar la reseña de la pelea que Peretti perdió por puntos ante el Toro Casares, el artículo sobre el asalto a la Caja de Valores de San Esteban y revelar las fotos. Y sabe también que las gotas de lluvia, el color del whisky a través del vaso, la brasa del pucho o la voz que desde su combinado pregunta *cuántas veces bajo el ala de la zurda*, le importan más, mucho más, que la hoja en blanco y los plazos de entrega.

Otra vez la nada muestra su rostro.

Toma, entonces, un trago largo y reparador, le da una pitada al cigarrillo que se estaba consumiendo solo en el

cenicero y cierra los ojos. La lluvia se hace un poco más intensa y acompaña a la música, mientras el sabor del alcohol y el tabaco se mezclan en la boca del Nene, en su garganta. En su espíritu.

En blanco la hoja, en blanco su mente.

Decide dejarlo. Faltan datos, falta concentración, faltan ganas.

La melodía inquieta que susurra el tocadiscos va decreciendo como decrece la voz — perfecta, milagrosa, única — que susurra *pero estás vos, viola mía, hasta que me vaya yo*.

Y fuera de la música, la tarde se diluye en una estupidez de nada. Persiste el tableteo de las gotas al reventar contra el vidrio de la ventana y el Nene, renovados el pucho y el vaso de whisky, decide que cuando el atardecer termine su transformación y sea noche, saldrá a su encuentro.

Ya habrá tiempo de escribir más tarde. O mañana, a último momento, contra reloj. Como casi siempre.

Porque, se justifica ante sí mismo y ante la calidez del humo, le faltan datos sobre el asunto de la Caja de Valores, quizá si se diera una vuelta esta noche por el Noname alguien le sepa decir algo. Es que, fue dicho, es ahí, en la noche, dónde busca y consigue la información para su columna de policiales — entre tugurios, cabaret y cafetines — rodeado de gente del *ambiente*, averiguando cómo va tal o cual investigación, qué debe y qué no debe saber la Policía, sin *botonear* jamás a nadie, más amigo del hampa que de la Ley pero, quizá por eso mismo, consiguiendo las mejores notas pero cada vez con más problemas con la autoridad.

Así es que, desde hace unos meses, porta un arma, su primera arma, la pistola Beretta que buscó hace un rato dentro de su zapato, y que le regaló un ladrón italiano.

Con questo lavoro suo, no sabe cuando la vai necesitar, amici, le dijo cuando se la dio, envuelta en un periódico, en las últimas horas de una madrugada imprecisa, en una cantina del barrio de La Boca.

XIX. La muchacha de las fotografías

Tan sólo una mano apoyada en la cadera, un mechón de pelo y un collar en el cuello delgado, un hombro ligeramente alzado, un pecho donde la curva del pezón apenas se intuye, una mancha de luz, la muesca que es el ombligo en medio de la barriga, el prometedor declive del vientre que se pierde en los confines del papel.

La fotografía está quemada de resplandores y, en la copia, para resaltar detalles, el Nene hizo que los grises ganaran terreno, lo que le da a la imagen un algo fantasmal, inhumano; una vez más, irreal.

No parece un vientre por el que se pueda pasar la lengua, ese que, saturado de grises, el Nene mira ahora. No parece que él pudiera haber acariciado, besado, manchado ese busto donde apenas se intuye la curva del pezón.

Sin embrago.

Transpira, el Nene.

Vuelve a mirar la fotografía.

Toma un trago de la botella que esconde del control de las enfermeras, entre el colchón y las sábanas.

En los huecos de su memoria le duele un pasado con forma de mujer.

XX. La vida breve y feroz del Nene Echeverría

Así que a las ocho de la noche subimos al tren que finalmente nos llevó al frente de Lérida. Habíamos marchado poco más de seis kilómetros, habíamos cantado *A las barricadas* en español, *Els segadors*, en catalán y *Bandiera Rossa*, en italiano.

Ésta es la revolución más musical y más internacional de la historia, camarada, me dijo un miliciano que no debía tener más de 16 años, mientras hacía ondear, feliz y feroz, una bandera roja con la hoz y el martillo.

Ahora subíamos al tren.

Avanti il popolo alla riscosa

Bandiera Rossa, Bandiera Rossa,

E viva il socialismo e la libertà

Eso: por el socialismo y la libertad. Allá íbamos.

Que tremoli l'enemic

En veient la nostra ensenya

Eso: que el enemigo temblara al ver nuestra (roja) enseña.

Allá íbamos cantando, llenos de una feroz felicidad, dispuestos a todo.

Al frente.

A las barricadas, sí.

A las barricadas, qué joder.

Aunque nos esperen el dolor y la muerte

Contra el enemigo nos llama el deber

No sabía yo, entonces, que pasarían días, días interminables que se irían transformando en semanas, hasta que disparara por primera vez contra un fascista real, que durante las próximas semanas lo más parecido a la guerra que haría sería pasar frío, caminar sobre botas deshechas, cargar un fusil Mauser pesadísimo y comer delicias tales como ratas o serpientes.

They say it takes a thousand bullets to kill a man, well, at this rate it would be twenty years before we kill our first fascist, se quejaba Blair en su correcto inglés de las Islas Británicas. Pese a que ya manejaba el castellano correctamente y que era el idioma en el que hablaba con los españoles e incluso con los otros extranjeros, no se podía acostumbrar a hablar conmigo en otra que su lengua natal, porque era ése el idioma en el que nos habíamos conocido.

Ya lo dijo Bujarin, amigo Blair, como venganza yo le hablaba rápido, mezclando español y ruso, tierpinietz, tierpinietz, tierpinietz.

Paciencia. Todo valió la pena, todo cobró sentido, cuando al tercer día de mi llegada al frente de Lérida, durante mi primera guardia, escuché una voz a mis espaldas que me decía:

Así que Echeverría, eh.

Y ahí estaba. Por toda herencia de su gran amor había recibido, un sobretodo, una gorra de visera con una estrella roja en la frente, la pistola y el fusil, símbolos de su jefatura. De la compañera del jefe, pasó a ser jefa ella misma, La Capitana, una vez desplazadas las fuerzas de la columna de Sigüenza. Tenía en el rostro las marcas del cansancio escritas en unas ojeras profundas y violáceas y dos surcos que

se le prologaban desde las comisuras de los labios hasta los alrededores del mentón; bajo la gorra el pelo, sucio y mal trenzado, caía sobre su espalda. Pero en sus ojos brillaba el mismo fuego que le habíamos conocido años atrás cuando, recién llegada de Rosario, se acercó a la revista *Insurrección* como representante del Grupo Socialista Rosa Luxemburgo, para quedarse con nosotros, como camarada y amiga; con Hipólito, como mujer.

Solté mi fusil, que cayó de manera sorda, cómplice, para no poner en evidencia que la jefa y su amigo argentino estaban violando todas las normas de seguridad para unirse en un abrazo que era un abrazo pero también una frase no dicha, un duelo postergado, una certeza —la de que, mientras ellos estuvieran vivos, el apellido de Hipólito iba a seguir peleando— y un brindis silencioso y abstemio por la milagrosa alegría de estar vivos y juntos.

Mika, es todo lo que atiné a decir.

Después de un momento —imposible de medir en tiempo— en el que nos miramos sin hablar con las manos entrelazadas, recuperé mi Mauser y acordamos que al terminar mi horario de guardia me acercaría hasta su carpa.

¿Hay alguna contraseña para acceder a la carpa de la jefa?, pregunté.

Si alguien te pregunta algo, dile “la casa de la calle Gascón”, me contestó La Capitana, mientras una hermosa sonrisa, la misma de siempre, se dibujaba en su rostro.

XXI. Miguel, como Bakunin; Di Liborio como el padre

La noche que nos ocupa la habitación es diminuta, mugrienta, las ventanas están rotas y en la radio suena la *Heroica*. Se sabe, en ella Beethoven prescindió de toda introducción entrando rápidamente de lleno en el *allegro* con dos acordes feroces y secos de toda la orquesta.

El Nene Di Liborio, con la música llenándolo todo, estudia una partida de ajedrez. Como no tiene tablero, diseñó uno con tiza en el suelo y dibujó las piezas en pequeños pedazos de papel. Por una de las ventanas sin vidrio entra un soplo de viento frío que vuela los papelitos y termina con la partida y el Nene comienza a preguntarse cómo llegó hasta ahí. Hace días que no consigue dinero para rollos fotográficos ni papel de copiar ni bebida ni comida. Y, para peor, esa mañana se le rompió la cámara y sólo tienen para trabajar la de Lobo: saca fotografías a las familias en las plazas e intentan venderlas.

Y otra cosa lo está perturbando: no puede recordar algunas cosas. Bagatelas, generalmente, pero el tema lo preocupa y a veces, como ahora, los olvidos revisten alguna importancia: no tiene idea de dónde pueda estar su guitarra y lo que es seguro es que no está acá, en la habitación diminuta, mugrienta y con las ventanas rotas.

Hay un endiablado contrapunto entre su estado anímico y la energía de la música que se esparce por toda la habitación. El motivo Heroico A-1 estalla vigorosamente

con los violines batiendo un trémolo al unísono y entibia un poco la fría tarde de noviembre.

Empieza a ser tiempo de irse de acá, piensa el Nene, recogiendo los papelitos que hacían las veces de piezas de ajedrez.

Dejar Nueva York y volver a Buenos Aires, de incógnito, sopesa las posibilidades. Pero las amenazas de la gente de La Varsovia, después de su investigación sobre la muerte de Louise Brooksowic, fueron claras y además la casa de la calle Gascón la está usando su hermana, recién divorciada del lechero.

O rajar a Europa, piensa, ver un poco de mundo.

O empezar a bajar hacia el sur.

Por qué no.

Otra ráfaga de viento entra por la ventana rota y el frío devuelve al Nene a sus vacilaciones.

Vuelve a pensar en la huida. Quizá aceptar la invitación que le hicieron Hipólito y Mika la última vez e irse a Europa. Pero con qué dinero, se pregunta.

¿Seguirán ellos allá?, se pregunta. Hace meses que no recibe correspondencia y es raro.

Qué será de la vida del Chueco se pregunta. Se pregunta también dónde estará su guitarra.

En el dorso de uno de los papelitos que hace las veces de caballo negro lee *Casa de Empeño Mitzi, una guitarra: \$20*, aunque no hay ninguna dirección o teléfono.

Así que eso era, piensa el Nene. Lo cierto es que para él es como si no hubiera sucedido.

No recuerda nada.

Nada.

De improviso la energía de los violines cesa y comienza un motivo de tres notas, una transición como súplica dialogante.

Las cosas se complican y no se le ocurre cuál puede ser el próximo paso. Siente que en algún momento perdió la brújula, que ya no puede hacer planes más allá de la siguiente pitada, de un vaso rebosante de whisky de maíz y hasta eso le parece excesivo y difícil de conseguir.

Y así pasa un minuto, dos, tres; las horas se suceden sin solución ni sentido.

El Nene —tirado en la cama pequeña y destartalada, fumando una de las colillas que recogió esa mañana de la calle, los brazos debajo de la cabeza— siente el crujir de su estómago antes que, colándose entre los violines que estallan en la radio, suenen los golpes en la puerta y la voz aguardentosa y jazzera de la casera negra del edificio derruido en el que vive.

— *Hey, you, white boy* — grita la negra — *Phone, he said to hurry up.*

Así que el Nene deja la cama y descalzo, sin camiseta — pese al frío — y con el pantalón mal abrochado, el cigarrillo aún colgándole de la boca, abre la puerta y baja las escaleras detrás del culo gordo pero sólido, oculto bajo el vestido floreado de la casera negra que, mientras bajan, no olvida recordarle que debe dos semanas de alquiler, que se pone al día o se va.

— *Di Liborio* — dice el Nene una vez en el teléfono.

Es Lobo. Teresa, una argentina, dueña de una sala de arte en la calle 64th a la que conoció en el barco que lo trajo a Nueva York, y con la que mantiene una relación de aman-

tes esporádicos, está dando una fiesta en su casa, para la Liga Antifascista Italiana, una muestra fotográfica.

Fotos de una italiana amante de Teresa, dice Lobo.

Veníte, le dice, y se escucha tras la línea el susurro de una mujer, dice Teresa que quiere conocerte.

Bebida, comida, compañía quizá, ofrece.

Media hora después el Nene ha desandado de a pie las treinta cuadras que lo separaban de la galería de Teresa, una mansión en la calle 64th, que recibió como resarcimiento, junto con una casa y una jugosa cuenta bancaria, de su segundo divorcio. El divorcio se produjo después de que el marido — *católico, apostólico e imbécil*, se burlará Teresa al contarle — la encontrara en la cama con la fotógrafa italiana.

Unos cortinados rojos cubren las altísimas ventanas del salón principal donde, en grupos de tres o cuatro personas, se conversa animadamente, se toma champagne francés y whisky de Escocia y se come en forma copiosa.

Che, Nene, por acá, lo llama Lobo, del brazo de Teresa. Y los presenta.

Miguel, my dear...viniste..., Teresa, envuelta en un vestido de gasa blanco transparente — dentro de la galería de arte de Teresa no entra el frío del otoño neoyorquino; no hay rigores meteorológicos para los ricos, piensa el Nene, así sean ricos antifascistas — después de besarle en las dos mejillas, lo toma con su brazo libre y, caminado entre los dos hombres, los arrastra hasta uno de los grupos, en el centro del cual una bellísima mujer de pelo renegrado que no lleva vestido de fiesta sino un pulóver azul oscuro es retratada por un tipo narigón y algo calvo. La mujer no sonríe. Terminan la foto justo cuando Teresa, el Nene y Lobo

llegan al grupo. Todos juntos se dirigen a la habitación de a lado y varios camareros se acercan velozmente. Uno les acerca una copa, que el Nene vacía antes de saludar a nadie. Pide entonces un cigarrillo y, con el humo atravesándole el cuerpo, se siente mucho, pero mucho mejor.

Quedáte con ella, dice Lobo refiriéndose a Teresa, *yo tengo que hablar unas cosas con unos amigos*, y se pierde en uno de los balcones del fondo.

Bueno, va presentando Teresa en círculo, *Christal Parker, escultora, sus trabajos están allí; Carlo Tresca, director del periódico Il Martello; Vittorio Vidali, de Socorro Rojo Internacional; Tina Modotti, mi belleza italiana, podrás encontrar sus fotos en la habitación de la que acabamos de salir; Edward Weston, también fotógrafo, un amigo de la casa...*

El Nene hace una reverencia generalizada con la cabeza que tanto puede querer decir buenas noches, encantado de conocerlos como dejémonos de estupideces y denme algo para beber. El primer trago abrió en el Nene las puertas de la voracidad y la sed.

Él es Miguel Di Liborio, aunque todo el mundo lo llama Nene, dice Teresa al grupo, *un amigo de mi amigo Lobo; es periodista, escritor y fotógrafo...*

No, no, corrige el Nene un posible malentendido. De ninguna manera quiere que lo tomen por un artista o algo así. No es, no quiere ser, uno de ellos. Tiene hambre, tiene sed, le gusta el boxeo y la música intensa: no es un artista.

Escribí algunas notas policiales y sobre boxeo en un diario de Buenos Aires, acá sólo saco fotos por gusto mientras trabajo de cualquier cosa para mal pagar la habitación en la que estoy parando y tener tiempo para escuchar música en la radio y, cuando puedo, colarme a ver alguna pelea, agrega.

Aunque el Nene no lo nota, al director de *Il Martelo*, Carlos Tresca, le gusta la fiereza de su presentación.

Aclarado ese punto, saluda a todos y cada uno, pero su mirada queda prendida de la figura de la mujer de ojos grandes y oscuros, de pelo renegrido y largo a la que Teresa se refirió como su belleza italiana.

Y siente el impacto.

El pulóver, de un azul profundo, parece sostenerse sólo sobre la turgencia de los pechos de la mujer, Tina, que lo contempla descaradamente, parada muy cerca de Vittorio Vidali, un tipo alto de aspecto peligroso, que pese a su sonrisa tiene un gesto de disgusto dibujado en el rostro redondo y su mano izquierda juega nerviosamente con el ala de un sombrero negro.

La conversación gira en torno a la muerte de un tipo en México, asunto por el que Tina fue interrogada.

Repite, Tina, su versión de los hechos: caminaba del brazo del tipo —Julio Antonio Mella, el nombre no le dice nada al Nene—, quien era entonces uno de sus amantes, cuando desde un automóvil les dispararon. Ambos corrieron en la oscuridad, los disparos alcanzaron a Mella dos veces. Cuenta el interrogatorio policial, el apoyo de sus amigos Diego Rivera y Frida Kahlo, el horror que significó la reconstrucción de los hechos.

El Nene hace unas cuantas preguntas, más por deformación profesional y por conversar con aquella mujer inquietante, que por curiosidad. De qué lado le dispararon, cuánta gente iba en el automóvil, cosas así.

Ella, tranquila y seductora, contesta sin dudar cada una de las preguntas.

En un momento Vidali — los dedos largos y nerviosos de su mano izquierda jugando con el ala del sombrero negro, la mirada helada y feroz— interrumpe bruscamente; no le gustan tantas preguntas.

Quisiera saber si usted está acusando a nuestra amiga Tina de algo, desafía.

Hay un movimiento casi imperceptible de su mano derecha en dirección a la cintura que al Nene no le pasa desapercibido.

Pese a estar acostumbrado a tratar con gente de avería, con algunos de los tipos más hostiles de todo Buenos Aires, entre su trabajo de cronista de policiales y levantador de apuestas en el local de Don Camilo Lucciani, el solapado movimiento amenazante de la mano derecha y la fría dureza que habita los ojos de Vidali lo incomodan en las fibras del coraje. Tratando de que esa incomodidad no se note da un paso al frente — el paso que acorta las distancias y lo deja en una mejor posición de defensa en caso de que de la cintura de Vidali aparezca un arma— y, mientras le dice que no está acusando a nadie de nada, que sólo trataba de seguir la conversación con la *signorina*, mueve su pie izquierdo un poco hacia adentro y simula mesarse la barbilla para quedar, prácticamente, en posición de combate; reclamándose por andar desarmado. Desde que aquel ladrón del barrio de la Boca le regalara la Beretta es muy raro que el Nene no porte un arma.

Hay que tener mucho cuidado con las formas cuando se está hablando de un asesinato, mi amigo, muerde las palabras Vidali a medida que salen de su boca.

El Nene sabe entonces que en ese momento no va a pasar nada, que no habrá en la sala de su nueva amiga Te-

resa ruido de vidrios rotos, ni golpes, ni sangre sobre la alfombra y puede relajar la tensión de los músculos y los nervios. Pero sabe también que esa noche ha ganado un enemigo para siempre.

No quise ofender, dice mirando a Tina directamente a los ojos, *voy a buscar algo para beber y a mirar la muestra, si me disculpan*, y se aleja del grupo. Consigue un vaso de whisky escocés — no la porquería que toma en el local de Don Isaías — y se dirige a la habitación en la que están las fotos de Tina, no sin antes lanzarle a ésta una mirada incendiaria. Ella capta la intencionalidad y el fuego de la mirada del Nene y sin cuidar las formas, se aleja uno o dos pasos de Vidali.

Edward, se dirige a Weston, *me fotografiarías junto a mis trabajos*.

Por supuesto, querida, pero esta vez vestida, eh, bromea él.

Todos ríen, incluso Vidali, que tiene una sonrisa amplia y franca. Es que en su anterior etapa en Nueva York Tina se la pasó posando desnuda para Weston.

Ya en la habitación contigua Tina se deja retratar junto a una de las paredes de las que penden sus fotos mientras busca al Nene con la mirada. Cuando lo encuentra, a unos metros de ellos, le agradece a Weston y se aleja hacia él.

Ritorno subito, dice.

Las fotos de Tina son perturbadoras, piensa el Nene: planos cortos, cerrados, a los que su cámara, sin embargo, les arranca un algo de tragedia. El Nene se lleva un cigarrillo a la boca.

Más fotos: varias de hoces y martillos, entre ellas una en la que descansan sobre un sombrero mexicano, que el Nene se queda mirando con admiración.

Espléndida, piensa o dice.

¿Te gusta lo que ves?, es la voz de Tina a sus espaldas, que le acerca fuego.

Mucho. Gracias.

Perdónalo, le dice refiriéndose sin duda a Vidali, *me cuida*.

El Nene no contesta.

Ésta es mi serie mexicana, dice Tina, dando el tema por terminado.

Ven, agrega tomando al Nene del brazo.

Las primeras fotos son todas de madres amamantando a sus bebés, la mayoría son mujeres de tez oscura y ajada, de pechos rebosantes de leche pero caídos. Después encuentra una que es un primer plano del perfil de un hombre joven de nariz recta y pelo ondulado, el tipo tiene el ceño ligeramente fruncido (al parecer por la luz del sol, que cae sobre sus ojos) lo que le da un cierto aire de prócer.

Ése es Nicanor (Nicanor MacPartland era el verdadero nombre de Julio Antonio Mella), aclara Tina, *Julio Antonio*.

Otra fotografía atrapa su atención. Siente, el Nene, que por alguna razón ignota esa fotografía es distinta a todas las demás, como si estuviese destinada a cambiar su destino. Con la colilla del pucho entre los labios se queda mirándola largamente. De alguna manera esa imagen le habla.

¿Qué le dice esa fotografía? ¿Qué parte de su pasado, ese pasado que su memoria empieza a retacearle, es convocado por aquella imagen?

En la fotografía se puede ver el ángulo superior derecho de una máquina de escribir: el rollo de cinta, los brazos metálicos con los caracteres, las teclas correspondientes a los tipos U/7, I/8, O/9, P/0; más abajo K, L; y, saliendo del carro, un fragmento de página donde se lee:

...spiración

...ón artística.

... on en una síntesis

(...) existe entre la

Las palabras (y partes de palabras) sueltas de ese cadáver exquisito fotográfico retumban en algún rincón de la maltrecha memoria del Nene. Trata de rearmar la frase, que sabe que leyó en algún lado. Y nada.

Qué decía en esta hoja, pregunta señalando la fotografía.

Es la máquina de Nicanor, responde sin contestar Tina. Un gesto, menos que un gesto, la sombra de un gesto, cruza su rostro. El Nene supone dolor en el recuerdo de su amante muerto y no insiste.

A través del humo de su cigarrillo el Nene sigue avanzando y se encuentra con tres series: una de flores y florecillos, otra de campesinos leyendo o repartiendo *El Machete*, otra de primeros planos de manos de trabajadores, manos curtidas por generaciones de esfuerzo y las asperezas del sol y de la injusticia. Le gustan al Nene las fotos de Tina, pero sobre todo le gusta la mujer aquella.

Ella sonrío y vuelve a acariciarlo con la mirada. Le saca el vaso de la mano, lo apoya en una pequeña mesita y se acerca hasta rozarlo con el borde de sus pechos con la excusa de mostrarle un detalle en la imagen del sombrero. Así, con los cuerpos prácticamente pegados, comienzan una charla vaga, necesaria sólo como prólogo, hasta que Tina dice una frase corta, un susurro en su español amexicanado con eufonías italianas. El Nene responde con otra frase breve, las sonoridades italianas de su español se justifican por propia argentinidad porteña. Después se besan

largamente, un beso que sucede en las bocas mientras la imaginación lo va trasladando a las profundidades y tensiones de los cuerpos.

Tengo que volver allí, dice Tina, señalando al grupo en el que charlan Tresca, Vidali, Weston y la escultora Parker. Pero un rato después un taxi los está llevando a la casa de Teresa. Así como llegan se dirigen a la habitación de huéspedes, en la que Tina está parando por unos días. En las penumbras de esa habitación, cae el pulóver azul.

Tras él, caen los cuerpos.

XXII. Y no haya más

¿Se te hace difícil, Nene, — sobre el hedor del caballo muerto que les sirve de trinchera, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, entre el ruido de los balazos, los gritos y esa masa sanguinolenta y viscosa que ocupa ahora el lugar donde antes estuvo el rostro de Marcial — sistematizar tus recuerdos, ponerle, como quería el Marqués de Sade, un poco de orden a tus pasiones o, por el contrario, la presencia de la muerte, el clima de fin de historia, ese río que crece dentro de tu cuerpo como un animal herido y agonizante, te reclama una urgencia que congela tus furias, organiza tus terrores y te deja, al mismo tiempo, ahí, en esta calurosa mañana de mayo, y afuera del tiempo, solo frente a tus recuerdos, a las imágenes que, de una manera más o menos caprichosa, empiezan a armar la película de tus vidas?

Sí, tus vidas, Nene. Tus múltiples vidas: Di Liborio, como tu padre; Echeverría, como Hipólito, pero también las que hubo en el medio, las que sucedían al mismo tiempo — pensemos por ejemplo en Raquel, en las chicas de La Cachila, en Tina; en las peleas de Firpo o los tangos de Gardel —, las que serán si hay mañana para vos y, por supuesto, las que no.

A tu lado Casanova grita que se quedó sin municiones.
No tengo más balas, dice.

Mueve la cabeza con desesperación y el sudor que salpica su pelo parece ennegrecerse en el aire, corrompido

por el humo de la pólvora, Casanova busca con los ojos rojos y llorosos una respuesta que no está allí, en esa mañana calurosa y húmeda, en esa trinchera internacional y de ideologías diversas improvisada detrás de un cadáver de un caballo cuyo hedor, al mezclarse con el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, parece ser el olor de la muerte.

El olor de la Historia que tapa el olor de las historias.

¿Ves, Nene, a Blair, a ese tipo al que todos menos vos llaman el Inglés o el camarada Eric, ese tipo alto y desgarbado que cambió sin dudar la máquina de escribir por el fusil y que ahora deja por un momento ese mismo fusil apoyado sobre tu pierna y se agacha, largo como es, para llegar hasta su bolso? ¿O sentís el peso de su fusil en tu pierna sin verlo, la vista fija en el enemigo, un enemigo difuso compuesto de tipos que hasta hace muy poco eran compañeros tuyos, tipos con nombres como José Manuel, tipos enamorados de muchachas a las que besaron alguna tarde de un agosto cualquiera, tipos que cantan las mismas canciones que ustedes pero les disparan, entre el olor seco de la pólvora, el nauseabundo aroma dulzón de la sangre y el recuerdo de la partida que Rubinstein le ganó a Capablanca en el país vasco en 1911?

¿Escuchás a Blair cuando abre la despedazada mochila verde llena de bolsillos, que le dio Mika cuando llegaron al frente de Lérida, saca cuatro balas húmedas, se las pasa a Casanova y le pide que las cuide? ¿Cuando le dice a Casanova, pero también a vos, *casi no me quedan*? ¿Cuando se vuelve a parapetar detrás del anca del hediondo cadáver del caballo detrás del cual están atrincherados y grita, en inglés, una palabra corta y filosa que es un insulto pero también un placer o un desahogo?

Si Casanova ya no tiene balas, si quedan pocas en el bolso del Inglés –cada vez más Inglés o camarada Eric, cada vez menos Blair– si a vos sólo te queda un cargador para el Winchester cuyo caño está ligeramente torcido hacia la izquierda que afirmás entre el anca muerta del caballo que te sirve de trinchera y tu hombro, si esto es así y no puede ser de otro modo, la sensación de irrealidad se acrecienta al mismo tiempo que se hace más y más palpable –en el hedor del caballo muerto que les sirve de trinchera, el olor seco de la pólvora y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre, en el ruido de los disparos y el zumbido de las balas cortando el aire– la certeza de la realidad.

Y la realidad es Hipólito muerto en una batalla en los alrededores de Atienza.

La realidad es el ruido que hizo el ojo del Chueco cuando explotó por un mal golpe del Negro Tino.

La realidad es la cara de Marcial, frío su cuerpo, olvidada su voz, convertida en una masa sanguinolenta y viscosa.

¿Es la realidad que, sin balas, sin líneas de abastecimiento, sin relevos, en poco tiempo más no van a ser ni siquiera combatientes de una causa perdida y entonces tendrán que decidir entre entregar el edificio de la Telefónica a la Generalitat o entregar, inútilmente, la vida sólo para no ver caer uno de los últimos bastiones del poder obrero en Barcelona?

¿O la realidad es la historia que tratás de contar, al menos una vez, antes de que sea tarde?

XXIII. Miguel, como Bakunin; Di Liborio, como el padre

El Nene —que está trabajando como redactor en *Il Martello*, el periódico anarquista de Carlos Tresca— logró alquilar un cuarto mucho mejor que aquel de las ventanas rotas y la casera negra con voz de jazz. Los siguientes cuatro meses los pasa, entonces, más que en ningún otro lado, con Tina, entre las sábanas de ese cuarto o del que ella ocupa en la casa de Teresa, mientras espera, Tina, para subirse al barco que la llevará, vía Europa, a la URSS. Gastan entre esas sábanas sudores, gemidos, placeres y palabras brutales y dulces. Se reconocen con las manos, los sexos y las lenguas tantas veces como sus cuerpos se los permiten.

Y, entre una vez y otra, se cuentan.

Él habla de Buenos Aires, de la panadería de su familia, de los Echeverría, sus años militantes, de su pasión por el boxeo, el ajedrez y la música, de su trabajo periodístico.

Ella le cuenta de la época en que pretendía ser actriz, de su viaje a México donde ingresó al Partido Comunista, las aventuras de tequila, murales, fotografías y trabajo militante en tierra azteca.

Acaban de hacer el amor y Tina aleja su perturbadora desnudez rumbo al baño enorme de su cuarto en la casa de Teresa. Al sacar un cigarrillo del paquete que está sobre la mesa el Nene ve la carpeta de fotos, y se pone a curiosear un poco. Hasta allí llegan los ruidos de la ducha y la voz de Tina que canturrea en italiano. Ella sale del baño justo

cuando el Nene está mirando una foto que lo deja casi sin aliento: los ojos de la mujer cerrados en una suave crispación, las manos cruzadas en la espalda, los pezones oscuros en los pechos grandes y turgentes, la sugestiva línea de la cintura, la profusa mata de vello sobre el sexo.

La mujer desnuda en la fotografía es Tina Modotti.

Ah, encontraste las fotos, comenta ella.

Sí, el Nene se siente en falta, suena como un niño al que su madre lo encontró comiendo azúcar del tarro, *espero que no te moleste que...*

Mientras sigue secándose con una enorme toalla blanca, Tina le dice que de ninguna manera le molesta, que siga mirando, que si alguna foto le gusta se la lleve de recuerdo.

Igual tengo los negativos, dice mientras el pelo le moja la espalda y las gotas bajan hasta perderse entre sus nalgas.

Se acerca hasta el Nene y la foto que éste tiene en las manos: ella misma, algo más joven, recostada en el suelo.

Es una de las que me sacó Edward, lo conociste en la muestra, creo... Bueno, me la sacó hace unos años, antes del viaje a México; estaba un poco más delgada, no te parece, interroga, provoca.

El Nene Di Liborio compara a la mujer desnuda en blanco y negro con la mujer desnuda que tiene enfrente y no ve las diferencias de edad y de peso de las que ella habla. No ve más que a una mujer bella y tentadora en cueros y por duplicado: en blanco y negro en el papel; allí en colores, tridimensional, todavía húmeda. Entonces vuelven al juego de las sábanas y los cuerpos.

Es la última noche de Tina en Nueva York.

Al día siguiente el Nene se despierta solo y con una nota a su lado *Che vidiamo doppo*. Después de ducharse baja a la sala donde halla a Teresa y a Lobo desayunando.

Apareció el amante argentino, se burla Lobo.

Tina fue a hacer los trámites, nos encontraremos allá, en el muelle, le dice ella.

Así, después del desayuno, el Nene, Lobo y Teresa van a despedirla al puerto. El Nene descubre con sorpresa que Tina los espera con Vittorio Vidali, que viajará con ella, sospecha entonces el soterrado juego de dominación, poder y oscuro erotismo entre ambos. Vidali sube antes al barco. Los saluda con rapidez y desprecio y le dice a Tina que la espera a bordo. Después se aleja, el ala del sombrero negro rozándole la espalda curvada.

Tina se queda todavía un rato más charlando con ellos. Cuando suena la sirena los besa: primero a Teresa en los labios, rápidamente a Lobo, por último al Nene.

Teresa tiene algo para ti, le dice al despegarse del beso del adiós.

Después sube. Se oye la sirena una vez más. Arriba del barco la espera Vidali y, más allá, algún país europeo, escala antes de la Unión Soviética.

En el camino de vuelta, Teresa le da el paquete y la carta pero el Nene no los abre. Piensa, todavía, en el cuerpo de Tina, en el significado del viaje, en Vidali.

Déjenme en la redacción de Il Martello, por favor, pide.

Desde su escritorio pude ver los edificios del Harlem latino, las escaleras que bordean los edificios, la gris tristeza que tienen las ciudades en su cara más pobre. Abre primero el sobre.

Para que me recuerdes, dice la nota, por si no volvemos a vernos. Y para que puedas trabajar.

El paquete contiene tres fotos —la de la hoz y el martillo sobre el sombrero, el desnudo retratado por Weston y la de la máquina de escribir de Mella— y una cámara fotográfica marca Leika.

La Leika tiene rollo. El Nene apunta más allá de la ventana. Y dispara.

XXIV. La vida breve y feroz del Nene Echeverría

La comezón en el lugar donde solían estar los dos dedos de mi pie izquierdo es tremenda y constante. Resulta un esfuerzo enorme pensar en otra cosa, distraerme por un momento del escozor. Ni siquiera el zumbido permanente que tengo dentro de la cabeza desde la explosión logra distraerme. Sólo el dolor, cuando las medicinas disminuyen su efecto, me permite abstraerme de la picazón, pero no es agradable tampoco. Miro alrededor y veo seres sin nombre ni voz, sin sentido para mí, rostros que no me dicen nada. Vuelvo a sentirme como hasta antes de llegar a España, una isla humana, una pequeña isla perdida en un mar de desinterés.

Es mi cuarto o quinto día acá cuando la enfermera que suele cambiarme las vendas llega con la novedad de que me mandan de licencia, o en otras palabras, que cuando salga del hospital, me mandarán a Barcelona a colaborar con la redacción de *La Batalla*, hasta que esté recuperado del todo y, entonces, si todavía hay guerra y yo no he decidido irme de España, me reasignarán. Me tranquiliza saber que no piensan que el accidente no fue tal sino una maniobra para salir del frente.

Pasó así: la que fue mi última tarde en el frente la pasé preparando algunas granadas FM. Déjenme explicarles. Las FM las inventaron los anarquistas al principio de la guerra, siguiendo, precariamente, el modelo de las bombas Mills, sólo que la palanca que las accionaba estaba sostenida por un trozo de cinta adhesiva y no por un seguro.

Son granadas imparciales, me había explicado el compañero que me enseñaba a hacerlas, *matan tanto al enemigo como al que las arroja*.

Aquello le parecía graciosísimo. A mí también. Reímos.

Bueno, una de las FM que yo estaba armando esa tarde quiso estar a la altura de su propio mito y la cinta se despegó de la palanca.

Por suerte la vi a tiempo y llegué a patearla antes de que explotara al lado de las demás.

Pum.

Dos dedos menos en mi pie izquierdo.

Ahora el escozor no me deja pensar y la enfermera que me cambia las vendas me trae, además de la noticia de mi licencia, una valija con mis pocas pertenencias. Me explica que me las hizo llegar el camarada Eric. El Inglés. Mi amigo Blair.

Pregunto si sabe algo más de él.

Le mandó saludos, dice mi enfermera, *y pidió que le dijéramos que lo espera en Barcelona, que él está parando en el Hotel Colón con su mujer, que acaba de llegar a España*.

Cuando la enfermera termina con las vendas y se va, abro la valija.

Hay una botella de whisky, que destapo de inmediato. Tomo un trago. Después miro lo demás.

Una carta de Blair, que voy a leer más tarde.

Un cuchillo de caza que me trajeron hace años Hipólito y Mika de la Patagonia.

Varios ejemplares — de la *revista Nocaut*, *Il Martello*, el *Birmingham News* — con artículos que yo escribí.

Las cartas del Chueco y de Hipólito, atadas con una cinta verde.

Dos juegos de camisas blancas, una camiseta, un pantalón azul, dos corbatas negras, un traje gris, tres pares de medias, un par de zapatos, un gorro de lana.

Un reloj de acero, marca Hamilton, que no sé de dónde salió. Aunque tiene mi viejo nombre grabado en la parte de atrás, aunque tiene marcas de uso, de haber sido muy usado, no tengo ningún recuerdo que lo incluya. Como si lo estuviera viendo por primera vez.

Puede ser el shock por la explosión, me dirá más tarde mi enfermera.

Nada de alcohol, ni café, ni tabaco, nunca; ni deportes violentos, ni trabajos pesados; recordé las recomendaciones de los médicos, repetidas por mi hermana, después de la enfermedad de mi infancia.

Es muy común en casos de explosiones, seguramente en unos días recuperará la memoria, tratará de tranquilizarme la enfermera mientras me hace un nuevo cambio de vendas, no se preocupe.

Arritmia cerebral, tendencia a la epilepsia, una memoria frágil y una cordura que dependerá de cuánto se la cuide, resueñan en mi cabeza las palabras de mi hermana, repitiendo las amenazas o advertencias de los médicos.

Y sigo sin saber de dónde carajo salió este reloj. Como no hay nada que pueda hacer al respecto tomo otro trago de whisky.

Vuelvo al inventario.

Una carpeta de cuero, con papeles.

El papel que justifica mi ingreso a la División Lenin,

con el membrete del POUM, borroneado, prácticamente ilegible.

Una caja de balas calibre 45.

Una pistola Beretta, 9 mm., que me regaló hace años un ladrón italiano en un bar de la Boca. La miro una y otra vez. Me pregunto por qué no la habré llevado, pese a lo poco útil que resulta una pistola así en un frente de batalla, con las pocas armas que había en Lérica.

Sigo.

Dos sobres con fotografías.

En uno, las fotos que me regaló Tina. Resulta extraño mirarlas ahora, después de saberla sospechada de cómplice en el asesinato de su novio Julio Mella. ¿Recuerdo haber leído eso? ¿O alguien me lo contó? ¿O lo imaginé? Lo que sí recuerdo es que vi su foto en el mismo número del periódico del PC, *Nuestra Bandera*, en el que estaba el discurso de quien fue mi tío, ahora el capitán Di Liborio, del que no sabía nada desde hacía 18 años.

Estábamos en las barrancas, desayunando, cuando Mika me acercó *Nuestra Bandera*.

Mirá esto, me dijo.

Los ataques de los comunistas oficiales hacia el POUM se hacían más sanguinarios a medida que avanzaba la guerra y se acentuaban las diferencias entre unos y otros. Para colmo, en el último número de *La Batalla*, había aparecido un artículo que defendía a Trotsky y condenaba los juicios de Moscú.

En Moscú han sido fusilados, en las monstruosas condiciones que todo el mundo sabe, a Zinoviev, Kamenev, Smirnov y varios militantes bolcheviques más en número de dieciséis...

Trotsky, el compañero de Lenin, el gran organizador del Ejército Rojo, no ha podido ser fusilado por la sencilla razón de que no se encuentra en Rusia, bajo la férula de Stalin. Pero es sistemática y sañudamente perseguido. Desde hace años, su vida es un verdadero calvario. Hoy corre un positivo peligro. Se exige su expulsión o su confinamiento. Se le trata como a un criminal. Se incita, incluso, al asesinato contra él. Nosotros que no somos trotskistas, que tenemos divergencias con Trotsky, consideramos que se comete un crimen contra él y exigimos que cese ese escándalo internacional. La clase trabajadora española, la clase trabajadora catalana, no puede pasar por la vergüenza de permitir ese escándalo. Nosotros, seguros de interpretar su sentir, exigimos que se ofrezca un refugio a Trotsky en Cataluña, bajo la protección revolucionaria de la clase trabajadora. Sabemos de dónde vendrán las resistencias de este noble propósito. Contra ella lucharemos con toda energía, en cumplimiento de un alto deber de solidaridad revolucionaria, decía la nota de La Batalla.

Desde entonces se había agudizado la campaña en nuestra contra por parte del PC y el PSUC.

Mika no había llegado a conocer a mi tío, pero sabía más o menos su historia, por lo que yo le había contado: la huida desde Italia a Buenos Aires, la panadería, su militancia anarquista, *Pan y Libertad*, su posterior acercamiento al marxismo, su misteriosa desaparición después de los eventos de la Semana Trágica de enero del 1919, la tarde en que murió mi padre y que conocí a Hipólito.

Mirá esto, me dijo y me dio el ejemplar de *Nuestra Bandera* abierto en las páginas 4 y 5.

Ahí se reproducía el discurso que había dado un tal capitán Di Liborio en el plenario del Comité Central Am-

pliado del Partido Comunista Español celebrado el 5 de febrero de 1937. En el copete de la nota se leía que el Capitán Di Liborio era un compañero italiano que había vivido en Argentina y que, después de pasar por Chile, donde había participado de la fundación del Partido Comunista, estaba al frente de una de las columnas del Quinto Batallón.

Por los datos supuse que podía ser tu tío, me dijo Mika.

¿Quiénes son los enemigos del pueblo?, empezaba el discurso que transcribía el artículo, Los enemigos del pueblo son los fascistas, los trotskistas y los incontrolados.

Tragué saliva.

El discurso del tipo que había sido mi tío y ahora era un capitán del Quinto Batallón a las órdenes de la Komintern seguía:

Nuestro enemigo principal es el fascismo pero nuestro odio va también dirigido, con la misma fuerza concentrada, contra los agentes del fascismo que como los poumistas, trotskistas disfrazados, se esconden detrás de consignas pretendidamente revolucionarias para cumplir mejor su misión de agentes de nuestros enemigos emboscados en nuestra propia retaguardia. Deben ser eliminados de la vida política, no solamente en España, sino en todo el mundo civilizado.

Mi tío, aquel que trabajaba en una página de difusión anarquista hasta entrada la noche y se levantaba a la madrugada para hornear el pan, el que me regaló mi libro más querido, *Los Tigres de Mompracem*, el que se adhirió luego al marxismo después de la revolución rusa, convencido de que el consejismo soviético era el primer paso hacia la sociedad sin clases y sin Estado, el tipo en boca del cual escuché por primera vez el nombre de Trotsky.

La Batalla, órgano de la banda de contrarrevolucionarios y provocadores que dirigen el POUM, seguía diciendo, se ha presentado al fin a cuerpo descubierto. Le ha dado motivo para arrojar su disfraz el proceso que acaba de iniciarse en Moscú contra la segunda partida de terroristas, espías y asesinos trotskistas, cómplices de la Gestapo y dirigidos, como el POUM, por el propio Trotsky.

Dos páginas más adelante había una fotografía de María Ruiz y el comandante Carlos Contreras, jefe del Batallón Acero. No había duda: María y Carlos eran Tina y el tal Vittorio Vidali, el tipo de aspecto peligroso que estaba con ella la noche que en que la conocí y decía ser de Socorro Rojo Internacional, los presuntos asesinos de Mella.

Fue, de alguna manera, la primera información que tuve de lo que iba a pasar. El principio del fin, podría decirse, del entusiasmo, de la vida breve y feroz. La que había sido mi amante por varios meses y el tipo que cortó mi cordón umbilical ahora peleaban la misma guerra que yo, pero de la trinchera de enfrente.

En cualquier caso, volviendo a la cama del hospital de Siétamo y al inventario, en uno de los sobres las fotos de Tina: la de la hoz y el martillo sobre el sombrero mexicano, la de la máquina de escribir de Mella, la que le sacó Weston recostada y en cueros, al sol.

En el otro sobre varias fotos de una muchacha, fotos en blanco, negro y grises regularmente copiadas, que son como una palabra de la que conozco el significado, la sonoridad, el lugar exacto de la oración en la que tendría que usarla, pero, aunque la tenga prendida con alfileres de la punta de la lengua, no puedo articular. La misma sensación de familiaridad y de extrañeza que produce olvidar una

palabra. Nada, ni un recuerdo, ni su nombre, ni su voz, ni el lugar donde la conocí; nada. Y al mismo tiempo la certeza del sexo, del amor, de un dolor dulce y persistente como el perfume que queda en un pañuelo.

Saco una de las fotos y la miro. Hay, de fondo, una cortina. La muchacha está sentada de espaldas, montada sobre el sillón, de frente al respaldo al estilo cowboy y viste únicamente una corta enagua blanca. El sillón, creo recordar, es uno que tenía en el primer departamentito en que viví al llegar a Inglaterra. ¿Por qué, entonces, relaciono a la muchacha más con Buenos Aires que con Londres?

Ella, de espaldas a la cámara, mira un poco hacia su izquierda y deja ver, tras el pelo desordenado, el perfil de su nariz, la rotunda curva de los labios y más abajo la espalda, una espalda arqueada y tensa que es una invitación al sexo. Una de sus piernas escapa de la corta enagua, blanca y arrugada, y va a montar al sillón y sólo se ve la mano izquierda, apoyada sobre el respaldo del mismo.

Miro la espalda, las tensiones de la espalda arqueada, el pelo lacio desordenado, presuntamente rojizo, que cae por la espalda tensa y llega hasta la arrugada, corta enagua blanca, al final de la cual se ve una de las piernas de la muchacha y sé, lo adivino en la curva de los labios, el perfil de la nariz, la tensión de la espalda; lo intuyo en cada una de las arrugas de la enagua breve y clara, en la pierna montada sobre el sillón que sospecho londinense, en la mano que descansa sobre el respaldo, que tomé esa fotografía inmediatamente después de que hiciéramos el amor. ¿Adivino esto o lo recuerdo? ¿Puedo ver mis manos apretadas sobre la cintura de la muchacha de la fotografía mientras la mon-

to desde atrás, con la enagua blanca puesta, el pelo lacio y presuntamente rojizo desordenándose sobre las tensiones de la espalda? ¿O sólo adivino, imagino, supongo los labios abundantes entreabiertos y húmedos, la cabeza de ella dada vuelta para mirarme los ojos claros fijos en los míos mientras le acabo adentro?

Tomo un trago de whisky.

Vuelvo a la fotografía —la mirada perdida sobre su hombro, la curva de la espalda tras el pelo lacio, la boca entreabierta— y puedo sentir el ardor como un fuego interno que crece debajo de mi vientre. Es pura, absoluta excitación lo que siento y la fotografía me tiembla en la mano. Tengo una erección que me duele.

Así que dejo las fotos y vuelvo al inventario, a mis pertenencias, a la insistente e insoportable picazón en mi pie izquierdo.

Cuatro libros: *El Juguete Rabioso*, de Roberto Arlt, *Vida de Beethoven*, de Romain Rolland, *La tierra maldita* y *Down and out in Paris and London*, cada uno de estos dos últimos con una dedicatoria de sus autores.

Algunos discos: varios de Gardel, uno de la Quinta Sinfonía de Beethoven por la Orquesta del Teatro Ducal de Darmstadt dirigida por Erich Kleiber, *A pan y agua*, de los dos Ángeles: D'Agostino y Vargas.

Una máquina fotográfica marca Leika, regalo de Tina.

Los documentos que me hicieron en Inglaterra los amigos de Blair y dieron comienzo a esta, mi nueva, breve vida feroz.

Una lapicera de tinta, dos lápices negros.

Tomo un trago de whisky. El whisky adormece mis sentidos y la picazón se hace un poco más soportable. El

origen de la palabra whisky es gaélico, *uisge beatha*, que quiere decir *agua de la vida*, pienso que pocas veces la etimología de una palabra es tan acertada. Tomo otro trago, vuelvo a mirar los discos y pienso cuánto me gustaría conseguir un tocadiscos.

Desdoble la nota de Blair. Está escrita en inglés, claro. Leo despacio, se van sumando, en la carta y en mi ánimo, desencanto, alegría, espanto.

No me siento así de incómodo desde la noche en que hicimos el amor y peleamos con Mika.

Una vez más, déjenme que les explique: de alguna manera, después de la batalla de La Montaña, caímos juntos en su catre de campaña. Con lágrimas en los ojos, nuestras manos se enredaron en el cuerpo sudoroso, caliente y sucio del otro. Había que exorcizar la muerte, había que celebrar la vida.

Pero no así.

Si lo hubiéramos pensado un minuto, si hubiésemos previsto apenas lo que aquello iba a significar... Pero no lo vimos. Era ésa una forma, otra más, de estar juntos y vivos, de seguir adelante, de compartir con el otro los resabios del dolor por la partida de Hipólito. Así, sin desearnos verdaderamente y sin medir las consecuencias, sucedió. Y el catre de campaña de la carpa de Mika fue testigo de aquella triste forma del sexo, que no fue sexo sino amor, amistad y necesidad de compañía, entre los dos viudos que dejó Hipólito.

Después, con el pudor extremado y una inesperada sensación de vacío flotando en nuestros pechos, nos pusimos a hablar de la última batalla con los cuerpos semi-desnudos bajo la frazada gris, mientras compartíamos un último cigarro.

La mañana siguiente nos apretaba como un par de borceguíes dos números más chicos. Durante el desayuno —la taza de lata del café humeante y amargo, un tabaco en la otra— le dije que me parecía que estaba tomando riesgos excesivos y ella insistió en que no había otra forma de pelear aquella guerra. La discusión fue subiendo de tono a medida que se acentuaban las diferencias, pero también, detrás de ella, agazapado tras la incomodidad, el remordimiento.

Empezamos, sobre el final del desayuno, a levantar la voz, olvidados de los otros milicianos. Yo sentía, como la noche en que vi pelear a mi padre y a mi tío, que aquella disputa no era posible y sin embargo

Estás tomando demasiados riesgos, dije.

Los protejo y me protegen, Nene, respondió ella, son mis hijos y al mismo tiempo son mi padre.

Pero no son tus hijos, carajo, son soldados, grité.

Y no podés estar todo el tiempo en la primera línea de fuego, dejá eso para mí, para Paco, para los soldados sin visión estratégica, por favor, traté de bajar el tono, de apaciguar los ánimos, de pensar en los demás milicianos, pero ya no era posible, no pueden perder otro capitán, como perdieron a Hipólito.

Ya te lo dijo Hipólito en una carta mucho antes de que llegaras a España, retrucó Mika, el coraje es la condición más importante en España. Para que los demás avancen, hay que estar a la cabeza y dispuesto a morir, como hizo él.

Los trabajadores españoles están lavando la vergüenza de la derrota sin combate de los trabajadores alemanes y escribiendo las mejores páginas de la historia de las luchas obreras, me espetó después.

Como si yo no supiera eso, Mika. Como si yo estuviera acá porque me divierten los tiros, pero no es eso lo que está en discusión: querés jugar a la heroína, sos una boluda, terminé brutalmente la discusión.

¿Sabíamos los dos, suponíamos al menos, que ella tenía razón? ¿Que eso no importaba para mí, que lo único que quería era salvaguardar a mi amiga? ¿Que esta discusión iba a separarnos una vez más? ¿Que era hija de la forma equivocada de la tristeza en la que nos habíamos dejado caer la noche anterior? ¿Que estábamos hablando de otra cosa? ¿Que pronto ella partiría a Madrid, aun enojada, y no me llevaría?

Bebo otro poco mientras atrás, bien atrás, en la trastienda de mi memoria, de forma borrosa, como la imagen de alguien a quien vemos irse a través de una ventana empañada en una brumosa mañana de invierno, resuena el tanguísimo de un bandoneón y el rezongo querendón del piano y los violines, preparando la entrada de la voz de Ángel Vargas.

Canto, entonces, bajito, un tango lejano. Para no llorar.

¡1920!

¿Dónde estarán mis viejos amigos de entonces?

*A pan y agua, este tango nos unía
en las viejas noches de Armenonville.*

XXV. La muchacha de las fotografías

Toma de la mesa de noche, el Nene, la revista A/Z, la misma en la que habían trabajado Hipólito y Mika en su segunda estancia en París. Conoce la imagen de tapa, conoce el rostro de prócer que reproduce la fotografía de la cubierta. “El asesinato de Julio Antonio Mella”, dice bajo la foto.

Lee, recostado en la cama, desnudo, agitado aún por el ejercicio del amor:

La muerte de Juan Antonio Mella es uno de los asuntos más escabrosos de la ya de por sí escabrosa historia reciente del comunismo mexicano.

Nicanor MacPartland, más conocido como Julio Antonio Mella, cubano de sangre irlandesa no era un comunista demasiado apegado a la línea que bajaba de Moscú. Editaba una revista cuyo título hablaba por sí mismo: Tren Blindado. Estaba en contra de la participación de los comunistas en las elecciones y llamaba a enfrentarse a los sindicatos reformistas como el CROM. Organizó, pese a la oposición de la III Internacional y del Comité Central del Partido, una expedición a Cuba para iniciar la lucha armada contra Machado.

Cuando la muchacha sale del baño el Nene levanta la vista de la revista para mirarla mientras prende un cigarro y se deja caer en el sillón, desnuda y bella. Cierra los enormes ojos claros, la muchacha, y paladea el humo del cigarro. Dentro de la boca abundante su lengua acaricia el sabor del tabaco como un rato antes lo hizo con el sexo tenso del Nene. Busca con la nariz el aroma concluyente del

cigarro en el aire y en su rostro se dibuja un gesto adusto, como si se tomara el placer con inmensa seriedad.

El Nene vuelve a la nota de A/Z, firmada por el militante trotskista mexicano Félix Ibarra:

Mella fue asesinado la noche del 10 de enero de 1929 en la esquina de Páramo y Morelos, cuando caminaba de la mano de Tina Modotti, de dos tiros, el primero, que le atravesó el codo izquierdo y el intestino, de un Derringer corto calibre 25 de un solo tiro, el segundo, que le perforó un pulmón, de un revólver 38. Quien – o quienes, según la versión – lo liquidó era, queda claro, un profesional. O profesionales.

La versión oficial es que a Mella lo mandó a matar el dictador cubano Gerardo Machado. Dos o tres hombres desde un automóvil dispararon sobre la pareja Mella-Modotti que caminaba en las penumbras de la noche. Ella logró escapar de las balas (“no iban dirigidas a mí, por cierto”, dijo cuando la policía la interrogó) y tuvo tiempo aún para recoger las últimas palabras de su amante que acusaba a José Magriñat, sicario de Machado.

La muchacha va hasta el gramófono, pone uno de los discos del Nene y vuelve al sillón.

El aire se llena con la voz de Carlos Gardel.

El Nene sigue leyendo, en una suerte de trance:

Machado tenía sus razones para querer terminar con Mella, que era tenaz y decidido, aunque es un poco extraño que haya decidido hacerlo en tierra mexicana, lo que podría haberle generado un problema diplomático; pero no hay que descartarlo.

Un sicario de Gerardo Machado es, entonces, la versión oficial.

Ahora bien, tres testigos – un mecánico de nombre Luis Sajaritto y dos muchachos, que estaban en la puerta de su casa, a pocos metros, por la calle Páramo – coinciden en una versión en

la que dos hombres y una mujer avanzaban desde Morelos, discutiendo acaloradamente, hasta que uno de ellos sacó una pistola y disparó sobre el otro a quemarropa mientras éste corría hacia delante y la mujer se hacía tranquilamente a un lado. Lo que contradice la versión de la srta. Modotti.

No son celos lo que siente el Nene, para quién Tina es poco menos que un recuerdo. Es terror ante lo que la nota vaya a decir. Es la posibilidad de que algo ensucie los meses vividos en Nueva York.

Entonces, para juntar fuerzas, antes de volver a la muerte de Mella mira una vez más a la muchacha que suspira a la voz de Gardel y deja caer quedamente sus párpados. Le duelen al Nene esas bellezas perfectas.

Lee:

Tina Modotti, militante del Partido Comunista era, a la vez, amante de Mella y prometida de otro miembro del Comité Central, Xavier Guerrero. Y hay más, Vittorio Vidali, italiano, que decía trabajar para Socorro Rojo Internacional y era, según todos sabían en los círculos comunistas mexicanos, agente de la GPU, también estaba en relaciones con la bella srta. Modotti. El tal Vidali encaja perfectamente en la descripción que dieron los testigos de la calle Páramo, pero a las pocas horas del hecho éste había desaparecido de la Ciudad de México.

Mella ya había tenido problemas con la línea oficial del Partido en el IV Congreso de la Internacional Sindical, donde se alineó parcialmente con el catalán Andrés Nin. Entonces, Vittorio Codovilla, pidió la expulsión de Nin y arremetió contra Mella.

Cuando éste apareció en México, el PCM afrontaba una profunda crisis interna, que iría agudizándose, sobre todo después del asesinato del presidente Obregón. Mella, apoyado por

Diego Rivera enfrentó al ala derecha del PCM —Xavier Guerrero, Rafael Carrillo, el italiano Vittorio Vidali— en el tema de la organización sindical, desobedeciendo la línea que ordenaba Moscú.

El problema consiste en que México es, para Stalin, el eje de la política de la Komintern en América Latina.

En septiembre del '28 el ala derecha pide la expulsión de Mella por, como no podía ser de otra manera, trotskista. La expulsión no prospera pero poco tiempo después Mella mismo renuncia porque el Partido le prohíbe organizar la ya mencionada expedición armada a Cuba. Una vez más no prospera, Mella se da cuenta de que al quedar aislado del movimiento comunista iba a tener que trabajar con pocos militantes y sin apoyo, y decide volver. Pero los conflictos siguen: en diciembre de 1928 (cuando al autor de esta nota ya lo habían expulsado del Partido, después de que Codovilla lo identificó como opositorista), menos de un mes antes de su muerte, en la última reunión de la que participa, Mella discute con el italiano Vittorio Vidali que le espeta que recuerde que sólo hay dos formas de salir de la Komintern: expulsado o muerto.

El Nene toma un trago de whisky de la botella que descansa junto a la cama. Luego se la ofrece a la muchacha que, sentada en el sillón, con la luz de la ventana acentuando su belleza, paladea con los ojos cerrados el sabor del tabaco y trata de aprehender el alma de esa música de guitarras metálicas y la voz como un milagro.

Es obvio que a Vidali, Mella no le hacía ninguna gracia. Era una bomba de tiempo de fraccionalismo trotskista y, como si esto fuera poco, se acostaba con la bella Tina Modotti.

No sabemos si la srta. Modotti estaba enterada de lo que iba a pasar aquel 10 de enero o si lo descubrió en el momento.

Podemos entender por qué rechazó la versión de los tres testigos, declarando que los disparos llegaron desde la oscuridad: la justicia mexicana, la Policía y los jueces son el “enemigo”, hay que defender el ideal, la causa suprema, el Partido, aun a costa de la vida de un ser querido. Pero lo cierto es que todos los datos apuntan a demostrar que el asesinato de Julio Antonio Mella fue obra del agente de la GPU Vittorio Vidali (Enea Somenzi o José Díaz) con la complicidad de Tina Modotti.

El Nene deja la revista, asqueado y vuelve a la botella. Después se levanta y espía a la muchacha a través de la lente de la Leika que fue de Tina.

La luz que entra por la ventana y las sombras de la habitación le dan al perfil de la muchacha un semblante fantasmal sesgado por la nostalgia: los ojos azules que parecen aclararse hasta casi diluirse en la luz, el pelo rojizo que cae tras las rodillas, las zonas no iluminadas de las piernas, de los brazos, del rostro mismo. Pero la boca de labios abundantes y generosos la humaniza, funde todo aire espectral y la vuelve carnal, ferozmente deseable. Entreabre esa boca, suspira a la voz del Mudo y deja caer quedamente sus párpados. Cuando la canción termina vuelve a abrir los ojos.

Justo en ese momento el Nene, que después no recordará nada de todo esto, dispara la cámara.

Ella acaba de transformarse en la muchacha de las fotografías.

XXVI. La vida breve y feroz del Nene Echeverría

Así las cosas, estoy de regreso en Barcelona.

No han pasado más que ocho meses desde la primera vez que estuve acá y, sin embargo, tal como me advirtiera Blair en la carta que me hizo llegar al hospital de Siétamo, parece que estuviera en un lugar completamente distinto, una Barcelona mucho más parecida a cualquier otra ciudad europea que a la Barcelona que conocimos en septiembre del año pasado.

¿Es ésta la ciudad en la que Andreu Nin aseguró desde las tribunas del Grand Price, la voz firme, el rostro sudoroso, que *los hombres que empuñan el fusil no lo dejarán de empuñar hasta ver instaurado el socialismo?*

Hay un cambio sorprendente en el clima social, había escrito mi amigo Blair, algo que resulta difícil de imaginar a menos que lo hayas vivido.

Cuando llegamos a Barcelona, me explicaba Blair en la carta como si yo no hubiera estado allí o como si me estuviera usando de excusa para escribir, para decir en voz alta lo que le estaban haciendo sonar las cuerdas del desencanto, en la ciudad parecía no haber distinción de clases ni las grandes diferencias económicas, las ropas elegantes constituían una anormalidad, nadie se rebajaba ni aceptaba propinas; los camareros, floristas y limpiabotas te miraban directo a los ojos y te llamaban camarada.

Y pasaba, Blair, a la descripción:

Parece que en nuestra ausencia, o mejor, en nuestra presencia en el frente, las cosas empezaron a volver a los cauces de la

normalidad capitalista. Los mejores restaurantes y hoteles están llenos de gente rica que devora comida cara, mientras, para la clase trabajadora, los precios de los alimentos subieron muchísimo sin que aumentaran los salarios. Además, es frecuente que escaseen algunos productos, afectando, por supuesto, más a los pobres que a los ricos: los restaurantes y los hoteles no parecen tener ninguna dificultad para conseguir lo que sea, pero en los barrios obreros las colas para conseguir, por ejemplo, aceite o pan, son de cientos de metros.

Las formas revolucionarias del lenguaje han caído en desuso, Nene. Los desconocidos ya no te tratan de tú o camarada, sobre todo a los que somos extranjeros, sino que han vuelto el usted y el señor. Buenos Días ha vuelto en detrimento de Salud. Los camareros han vuelto a las camisas almidonadas y, tanto como los empleados de las grandes tiendas, a las adulaciones usuales, o peor. Por ejemplo, fuimos con mi mujer a comprar medias y al entrar en la tienda el vendedor hizo una reverencia y se frotó las manos, gestos que ya ni en Inglaterra se usan desde hace al menos veinte años. Sin prisa pero sin pausa, de manera apenas solapada e indirecta, la costumbre de las propinas vuelve a instalarse.

Por otra parte, han ordenado que se disuelvan las patrullas de trabajadores y las calles son recorridas ahora, nuevamente, por las fuerzas policiales de antes de la guerra. Y, por supuesto, con este estado de cosas, han vuelto los espectáculos de cabaret y los prostíbulos de categoría, que las patrullas de trabajadores se habían encargado de clausurar.

Recorro una vez más estas calles, que son ahora otras, y me confirman que sólo el pasado es modificable.

¿Veo igual mis meses con Tina en Nueva York a la luz de la nota de Félix Ibarra o desde que supe que ella es la María Ruíz, del Batallón Acero?

¿La discusión de mi tío y mi padre en enero de 1919 no fue cambiando a medida que sucedieron mi militancia revolucionaria, mi ruptura con la misma, la muerte de Hipólito, el discurso de Nin en el Grand Price, el de mi tío reproducido por *Nuestra Bandera*? ¿Y mi relación infantil con él? ¿Y la muerte de mi padre?

¿Fue la misma pelea la que libró Jack Johnson y que fuimos a ver con el Chueco y su papá, desde que al Chueco le reventaron el ojo boxeando sin guantes en el tugurio de Don Camilo Lucciani?

¿Cuál pasado quedó intocado?

¿Qué peso tiene la enfermedad de mi infancia?

¿Los años de boxeo, bebida, riesgos?

¿Qué peso la explosión que me sacó del frente? ¿Dónde están los fragmentos de mi memoria que se perdieron en el zumbido que siento permanentemente dentro de la cabeza desde la explosión de la FM?

¿Quién es la muchacha de las fotografías?

¿De dónde salió el reloj de acero con mi nombre grabado en el dorso?

Cada suceso le da un nuevo significado a los días que pasaron.

¿La ausencia de ropas elegantes y el reemplazo del buenas tardes por el *salud*, en los primeros meses de la revolución se ven igual ahora? ¿O, de pronto, se hace claro que en aquellos primeros meses muchos se pusieron el mameuco obrero y gritaron lemas revolucionarios para salvar el pellejo?

Camino por estas calles sin entender, las preguntas se amontonan en mi cabeza, compartiendo el lugar del zum-

bido y me aturden como golpes repetidos sobre un cuerpo cansado e indefenso.

El presente, pienso, es un engaño de los sentidos, una parcela de tiempo inexistente, una ficción de la narrativa. *Ahora*, no es nada; *ahora*, en el mismo momento que terminamos de decirlo, es, de hecho, pasado.

Y el futuro nunca llega, claro, siempre está dos pasos adelante. Además no sólo puede ser siempre modificado, sino que es indefectiblemente modificado: cada movimiento que hacemos o dejamos de hacer transmuta los futuros posibles y, por eso, es lo mismo que si nada lo hiciera.

Lo único que permanece vivo y modificable, entonces, es el pasado; cada nuevo evento, cada idea, cada cosa que sucede, le da nueva vida y provoca una lectura distinta de lo que pasó: un amigo muerto frente una ametralladora fascista o una madre por fiebre amarilla. Dos dedos de un pie o el ojo derecho de un amigo. La explosión de una granada o un perfil difuso de labios abundantes y generosos. Echarse un polvo o pelear con una amiga. Un discurso escuchado entre canciones o una nota leída al pasar.

Sin futuro, sin presente, sólo el pasado está acá, con nosotros.

Paseo este cuerpo cansado e indefenso por la Barcelona amputada, mientras siento finalizar mi vida breve y feroz.

XXVII. Y no haya más

Sabés que te quedan nada más que cuatro balas; que del otro lado de la trinchera, del hediondo cadáver de caballo que les sirve de trinchera, ellos tienen municiones o, al menos, líneas de abastecimiento; que el final se acerca.

Bang.

Tac tac tac.

Una ráfaga de metralla te saca de las vacilaciones.

Apuntás lo mejor que podés, pese a los ojos irritados y llorosos, el Winchester con el caño ligeramente torcido hacia la izquierda, y hacés fuego.

Le disparás a José Manuel — a los múltiples y anónimos José Manuel que están del otro — pero también a tus ilusiones, a tus entusiasmos, a tu desmemoria y a esta calurosa mañana de mayo.

Cada disparo es un número menos en la cuenta regresiva. Te tranquiliza apenas sentir la fría calidez del cuchillo que llevás atado al cinto, muy cerca de la pistola sin balas y la bota sin vino.

Tres disparos para el final, pensás.

Tiempo, volvés a pensar, para contar mi historia.

Igual que el río que sentís crecer dentro de tu cuerpo como un animal herido y agonizante, a medida que pasa el tiempo — con su lógica extraña, ajena, que se modifica tanto a lo largo como a lo ancho y que nada tiene que ver con lo humano, con aquello que vos podés entender incluso con el Winchester afirmado entre tu hombro y el anca

del hediondo caballo muerto detrás del cual estás atrincherado — comienza a hacerse palpable la certeza de que la historia que tratás de contar y los rastros escurridizos que venís siguiendo, van a lograr huir e irán a confundirse con las otras historias desparramadas por el pasado real y los pasados posibles, con los hechos que sucedieron y prefieren esconderse detrás de desmemorias y olvidos o los que no llegaron a ser por desinterés, por desidia, por —ya fue dicho— olvido.

O porque había que elegir, porque siempre hay que elegir.

Tac tac tac.

Hay que elegir, Nene, entre contar la historia —las historias— o vivirlas, entre inventarlas o reproducirlas, entre sentir el sabor espeso de la saliva en tu boca, la fría calidez del cuchillo atado a tu cintura y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre o volver sobre lo que tratás de contar aunque sea una vez más antes del final.

Elegir.

Los pasados posibles, los recuerdos difusos, las ilusiones perdidas, la vida breve y feroz, el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones, el tableteo de las metrallas en esta calurosa mañana de mayo en Avenida de las Ramblas.

Sólo tres balas en la recámara y, entre el miedo y el dolor, la fría calidez del cuchillo en tu cintura y el amargo sabor de la saliva en tu boca. Espesa, la saliva, con sabor a despedida, a último tango, a tren que se va.

La historia termina, tu tiempo se acaba, el río crece.

Elegir un último abrazo a Hipólito, entonces, en la batalla de Sigüenza, el cuerpo de Hipólito que se enfría, prác-

ticamente partido al medio por la ráfaga de metralla que acaba de alcanzarlo, y la sangre roja y brillante que baña sus ropas y las tuyas, baña su cuerpo o lo que queda de su cuerpo; el gesto de dolor, el último gesto de Hipólito que te secretea una frase corta y entrecortada que resume los años de amistad.

Bang.

O elegir a la muchacha de las fotografías, sentada frente al cortinado, los pies sobre el sillón, las rodillas y el pelo lacio y presumiblemente rojizo cubriendo su desnudez, la mirada clara perdida en una luminosidad que bien puede ser de una ventana, la boca abultada y generosa.

Bang.

O elegir tu última jornada en el frente de Lérida, la cinta que sostenía el seguro de una de las granadas FM que preparabas se zafa y revienta junto a tu pie, mandándote, con dos dedos menos, al hospital de Siétamo. Y más tarde a esta mañana calurosa de mayo en Avenida de las Ramblas, frente al edificio de la Telefónica, entre el estruendo de los disparos y el nauseabundo aroma dulzón de la sangre. La sangre de Marcial, la sangre del cadáver del caballo detrás del cual estás atrincherado, pero también la sangre de José Manuel o la tuya misma.

Bang.

Ya no hay balas, Nene, ya no hay tiempo. Fin de la historia.

El río que crece dentro de tu cuerpo como un animal herido y agonizante arrastra, entre las aguas de esa ilusión inapresable a la que llamamos presente, varios pasados: la explosión de una granada cuando tratás de armarla, una

muchacha hermosa perdida en viejas fotografías, el mejor amigo que te dio la vida muriendo en tus brazos.

Lo que sucedió.

Lo que pudo haber pasado.

Lo que no fue.

Algunas aclaraciones

Lo que no fue es una novela deudora de muchas páginas y algunas imágenes.

Hay unos cuantos libros cuya lectura — o relectura — fueron fundamentales para su composición, como *Mi revolución española*, de Mika Feldman; *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell; *La traición de la revolución española*, de Andreu Nin; *España revolucionaria*, de León Trotsky; *El POUM en la Guerra Civil Española*, de Francesc de Cabo; *Experiencias de la revolución española*, de José Iglesias; *Los Amigos de Durruti, los trotskistas y los sucesos de mayo*, de Frank Mintz y Miguel Pecina; *Revolución y contrarrevolución en España*, de Felix Morrow; *El Frente Popular abrió las puertas a Franco*, de Mieczyslaw Bortenstein; *La revolución y la guerra de España*, de Pierre Broué y Emile Témime; *Las sinfonías de Beethoven*, de Ernesto de la Guardia; *El antitrotskismo en México*, de Vera Kutéichikova; *Vida y muerte de León Trotsky*, de Víctor Serge; *Marxismo y anarquismo en la revolución rusa*, de Arthur Lehning; *Historia del trotskismo argentino*, de Osvaldo Coggiola; *Masas y balas*, de Liborio Justo; *En la Semana Trágica*, de David Viñas; *Orígenes del comunismo argentino*, de Emilio Corbière y *Masas, caudillos y élites*, de Milcíades Peña; entre otros que ahora no recuerdo. En unos casos el diálogo con los textos es directo. Otros, simplemente, aportaron conocimientos, ideas o sustento. El asunto del *iceberg*, bah.

Por ejemplo, los personajes Mika Samuelson e Hipólito Echeverría, deben gran parte de su vida, muchas de sus

acciones y sus voces (orales o epistolares) a fragmentos de la obra de Mika Feldman *Mi revolución española* y de cartas de Hipólito Etchebéhére. Así mismo, se pone en boca de un militante español en Argentina, con leves variaciones, un argumento que da Jorge Semprún en su *Autobiografía de Federico Sánchez*. Y casi todas las veces que el personaje llamado Eric Blair (nombre legal del escritor inglés George Orwell) habla o escribe, se trata de párrafos apenas modificados del libro de Orwell *Homenaje a Cataluña*. Aunque, claro, no todas las cosas que hace el personaje Eric Blair a lo largo de estas páginas concuerdan con lo hecho por el hombre Eric Blair entre 1936 y 1937. Lo mismo cuenta para los personajes Tina Modotti, Carlos Tresca, Vittorio Vidali. En cuanto a los libros directamente citados, estos son, si no olvido ninguno, *Dios y el Estado*, de Bakunin y *Pesadilla*, de Pinne Wald.

Hasta acá, los libros.

También hay partes de artículos periodísticos o de propaganda que fueron vampirizados o citados sin más, como “Historia de una pasión revolucionaria”, de Horacio Tarcus; “Motivos porque asesinaron a Julio Antonio Mella”, de Pino Cacucci, “Mika Etchebéhére: una heroica y desconocida combatiente de nuestra guerra civil”, de Luís Portela; “El papel de la ideología bolchevique en la aparición de la burocracia”, de Cornelius Castoriadis; “La unión libre”, de Elias Reclus y uno, cuyo título no tengo, publicado en el periódico *La Batalla*, el 3 de septiembre de 1936.

A lo largo de la novela se reproducen también fragmentos de discursos. El que se le adjudica a Andreu Nin, está compuesto por partes de un discurso que dio el 6 de

septiembre de 1936 y otras que corresponden a una arenga de Jordi Arquer en un acto de la Juventud Comunista Ibérica (sección juvenil del PUOM) en diciembre del mismo año. El otro discurso, que está puesto en boca del personaje al que llamé Capitán Di Liborio, lo pronunció José Díaz, en un plenario del Comité Central del PCE celebrado entre el 5 y el 8 de marzo de 1937.

En cuanto al papel fundamental de las imágenes baste decir que la historia del Nene sólo se dejó contar a partir de la fotografía *Barricada en la calle Diputación*, que Agustí Centelles le tomó el 19 de abril de 1936 a Mariano Vitini y que los capítulos titulados *La muchacha de las fotografías* nunca podrían haber sido escritos sin la serie que mi amigo Diego Tavicco le hizo a Sol Suar, mi mujer, allá por el año 2000, antes de que yo los conociera a ninguno de los dos.

Por último, al haber tantos personajes que se corresponden con personas de la historia real, me parece importante recalcar que *Lo que no fue* es una obra de ficción y que muchos de los sucesos allí relatados no se dieron en ese orden, de esa manera o en ese momento. Y que algunos, la mayoría, no sucedieron en absoluto.

Ya se sabe: lo que sucedió, lo que pudo haber pasado, lo que no fue.

O como escribió un amigo: todo es sueño, casi todo se vuelve pesadilla.

Kike Ferrari

Buenos Aires, 27 de julio de 2007.

Kike Ferrari. Seudónimo del escritor argentino Enrique Ferrari (Buenos Aires, 1972), un trabajador del subterráneo de Buenos Aires que es también un escritor reconocido en diferentes países, aunque quienes lo crucen día a día desconozcan su talento.

Tiene cuatro libros publicados: las novelas *Operación Bukowski* (2004) y *Lo que no fue* (2010), que fue galardonada con la primera mención en la 50ª Edición del Premio Literario Casa de las Américas, en 2009; el volumen de cuentos *Entonces sólo la noche* (2008), por el que recibió el tercer puesto del Premio del Fondo Nacional de las Artes de 2008; y *Postales rabiosas* (2010), selección de artículos aparecidos en la revista *Juguetes rabiosos* entre 2005 y 2007.

Su tercera novela, titulada *Que de lejos parecen moscas*, al igual que su blog, entronca en la tradición del género negro. Recibió en 2012 el Premio Memorial Silverio Cañada a la mejor ópera prima en la Semana Negra de Gijón, España, y le abrió las puertas para que su obra fuera editada en Francia, México e Italia, además de Argentina.

Por tres relatos publicados en *Nadie es inocente* fue premiado, de nuevo, en la Semana Negra de Gijón, en el certamen de cuentos policiales en 2010, 2011 y 2014. También en Francia fue finalista de dos premios: el Grand Prix de Littérature Policière, y el Prix SNCF du Polar.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de marzo del año 2017.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.